

Hazel (Radwulf 0,5)

Daniela de La Cruz



Capítulo 1

PRÓLOGO

Había sido una mañana tranquila, nada fuera de lo común para la modesta ciudad de Duhjía, ubicada entre Quajk y Real. Pero los soldados apostados en lo alto de las cuatro torres de vigilancia, notaron que algo extraño sucedía. Primero, distinguieron el oscuro humo alzándose en la distancia, exactamente por la dirección en que se hallaba la ciudad Real, más sabían que se podía deber a cualquier cosa. Sin embargo, pronto, y gracias a la altura de las torres, divisaron por la vía que conecta ambas ciudades y entre los árboles, la característica polvareda que un rápido galope de los corceles mensajeros suelen dejar atrás.

Desde la primera torre ubicada en el exterior oeste de la ciudad, los soldados dieron aviso al Comandante a cargo, Arlow, de que se había divisado una cantidad de humo preocupante emanando de la ciudad Real, y que al parecer se acercaban mensajeros desde ahí mismo. El hombre en persona acudió al Palacete, hogar del Alcalde, para informarle de todo con el presentimiento de que algo nada bueno había ocurrido. El Alcalde en cuestión, Lord Zand, trató de restarle gravedad al asunto descartando que alguna verdadera emergencia ocurriera en la ciudad Real.

Que equivocado estaba.

El Comandante apenas había puesto un pie sobre los adoquines frente al Palacete, con el pensamiento de dirigirse a una de las torres, cuando las campanadas de alarma que solo debían ser tocadas en caso de peligro inminente para la ciudad, resonaron con fuerza. Nunca, en sus treinta y un años al servicio del Reino, las había escuchado.

La gente se apresuró a sus hogares creyendo que serían bien resguardados, mientras que él se alejaba del Palacete por la calle principal que cruzaba de este a oeste la ciudad... y entonces les vio. Criaturas enormes y amorfas, de diversos tamaños y texturas, se alzaban por sobre los hogares adentrándose a paso acompasado.

Los gritos y las órdenes de sus Tenientes replicaron en sus oídos, sacándolo de la primera fuerte impresión. Volvió corriendo al Palacete y atravesó las puertas principales cerrando tras sus pasos. Corrió a un lado de los empleados que se asomaban por las ventanas, confundidos y asustados, quizás hasta ansiosos de saber qué había roto la tranquilidad de aquel día. Pero él continuó su camino hacia el estudio privado del Alcalde, donde supuso y acertó, el hombre se hallaba junto a su más grande tesoro.

—Señor... —jadeó—, deben descender a las catacumbas.

—¿De qué hablas, Arlow? ¿Qué es lo que ocu...?

La voz de Zand quedó ahogada por un rugido ensordecedor, compuesto por lo que parecían voces agudas y jadeantes.

El Alcalde fue tras los pasos de su hija, de tan solo once años, hacia la ventana más cercana por donde ambos pudieron divisar a una criatura larga, con múltiples extremidades semejantes a brazos y una enorme boca en el extremo que miraba hacia ellos, posada en el tejado de la vivienda más cercana. Por un eterno segundo la contemplaron aterrados y sorprendidos, hasta que el tiempo pareció volver a su cauce normal, y fueron arrojados lejos de aquella pared.

En un pestañear, Lord Zand vio como aquella monstruosidad se arrojó hacia la ventana, destrozando la mayor parte de la pared, mientras que Arlow desenvainó su espada y la enterró por un lado de la horripilante boca que se cerraba uniendo afilados colmillos.

—¡A las criptas, milord! ¡Es el único lugar seguro! —gritó el valiente hombre, dando solo un último vistazo al Alcalde y su hija antes de volver a clavar su espada en el cada vez más molesto monstruo.

—¡S-si! —balbuceo Zand, cogiendo la mano de su hija mientras intentaba mantenerse de nuevo en pie.

—¡Pero padre...!

Por un momento, la joven se resistió temiendo por la vida del Comandante, aunque nada podía hacer. Su padre la arrastró lejos de la perturbadora escena hacia la planta baja, y de ahí al húmedo sótano donde los empleados comenzaban a refugiarse, dejando que las mujeres y niños ingresasen primero a las profundas catacumbas resguardadas por potentes hechizos.

Con algunas lágrimas escociendo sus ojos, ella se internó en los pasillos y habitaciones polvorosos que conformaban las catacumbas de Duhjía, donde hace más de quinientos años los difuntos eran sepultados. Junto a su nana y las Doncellas, con el puñado de niños que los hombres todavía afuera iban incrementando en número a medida que los minutos avanzaban. Solo después de secar sus ojos y observar la impaciencia y miedo en los rostros de la gente a su alrededor, cayó en cuenta de que su padre no se hallaba a su lado.

El tiempo replicaba y no veía que él volviese, alimentando sus ansias y

miedos.

La espera fue eterna...

CAPÍTULO I

El noventa y tres por ciento de Duhjía fue afectado, de una forma u otra por el ataque de los Monstruos del Abismo. Casi dos días después, y sin señales de peligro, los soldados que todavía se mantenían en pie tras haber arrastrado hacia las catacumbas a sus compañeros heridos, salieron buscando más suministros y transporte. Lo poco que sabíamos, era que el desquiciado noble había tomado rumbo hacia Quajk, así que nuestros valientes soldados arriesgaron sus vidas para proveernos de una vía de escape en la dirección contraria. Los Dioses procuraron que todo saliera bien y los sobrevivientes consiguiésemos los suficientes caballos como para cargar a los heridos y ancianos. Los jóvenes debíamos permanecer cerca de los carros, y armarnos de fuerzas para el viaje que terminaría a la mañana siguiente.

Pero no pude seguir a los otros sin más.

Un momento de descuido de mi nana, fue todo lo que bastó para que yo corriera de vuelta a los restos del Palacete, y viera con mis propios ojos el estado en que había terminado mi hogar.

No importó que los soldados se tomaran un tiempo para recoger a los caídos, y reunirlos en la pira funeraria que encendieron en la plaza central de la ciudad. Justo frente al Palacete. No importó, porque no había forma de que gastaran tiempo en limpiar la sangre entre la destrucción. No importo... porque, de igual forma, encontré el colgante de mis padres sobre la sangre seca. Sangre que sin duda era de mi padre, pues él llevaba aquel colgante que simbolizaba su unión con mi fallecida madre colgado de su cuello, allá donde estuviera.

Todo en lo que podía pensar, era en los últimos momentos que estuve a su lado. Nuestras tontas discusiones, su apoyo incondicional, la forma en que siempre acariciaba mi cabeza ignorando mis quejas...

Huérfana.

Mi peor temor se volvió realidad. Y una realidad a la que no fui capaz de reaccionar, hasta que mi nana me levanto del piso ensangrentado.

—Niña, ¿qué haces? Tenemos que irnos —dijo, viendo a nuestro alrededor con aprensión, antes de detenerse en el colgante en mis manos—. Oh,

querida niña.

Me abrazo y arrulló, pero era inmune al calor de su cuerpo. Aun cuando una vocecilla me instaba a continuar, a vivir a pesar del dolor, me sentía sumergida en la fría corriente de un río. Presa, sin poder mover mis brazos y piernas, sin poder alcanzar el aire exterior.

—Vamos, Hazel. No hay nada que podamos hacer —insistió, jalándome hacia las maltrechas escaleras.

—Espera —murmuré con voz seca, antes de zafarme de su agarre y correr nuevamente por el pasillo.

Rápidamente fui hasta mi estudio de arte y, entre el desastre de lienzos y pinturas esparcidas, cogí la mayor parte de los frascos y pinceles todavía intactos, para luego encontrarme con mi preocupada nana en la puerta.

—Vamos —susurró, sosteniendo mi mano como cuando era pequeña.

Nos reunimos con el par de soldados que le habían acompañado en mi busca, y luego cruzamos media ciudad, hasta la caravana que se hallaba lista para partir.

El largo viaje en que solo nos detuvimos una vez, para descansar durante la noche, fue una gran distracción a mi dolor. El escozor de las heridas en mis pies, la sed y el ardiente cansancio de mis músculos. *Otro dolor*, bien recibido.

Como una de las personas que marchaban delante, pude percatarme y atestiguar la devastación que incrementaba mientras más nos acercábamos a la ciudad. Cada paso, cada mirada, cada bocanada de aire viciado con sangre y podrido. Mi profunda certeza de que todavía existía un Radwulf que proteger, recibió recompensa cuando nos encontramos frente a un puñado de soldados de Real.

Fuimos rápidamente guiados a un par de entradas subterráneas hacia las catacumbas, en las que nos recibió una hermosa mujer. El contraste entre su largo cabello marrón oscuro y ojos dorados, que analizaban con dureza a cada persona en que se posaban, me intrigó durante unos momentos.

—Sean bienvenidos. Mi nombre es Noemia, mano izquierda y consejera personal de su majestad Amilcar, y actual Custodia del príncipe Ambón. —Saludo, paseando sus ojos por todos los que nos congregamos en aquella especie de “sala”—. Siéntanse tranquilos, coman, beban, y recuperen sus fuerzas. Aún hay un Radwulf. Por lo demás, y si me permiten un momento, les ayudaré como mejor puedo.

Dicho lo último, se acercó al primer par de niños que se habían dejado caer en el empolvado suelo.

Me mantuve detrás de la multitud, viendo como la mujer charlaba un poco con cada persona, estrechando manos y acariciando las frentes de algunos. Bajo la luz de decenas de lámparas de aceite, pude notar como sus ojos brillaban y se oscurecían, logrando que la certeza de su naturaleza fuera demasiado evidente como para intentar negarlo. Y a pesar de saber que los Bletsun se hallaban bajo el servicio del Rey, además de las breves miradas que dirigí a algunos de los que solían visitar el Palacete de Duhjía, ver tan cerca a uno, utilizando su misteriosa fuerza divina para ayudar a personas que nunca antes conoció. Algo más que aprensión nació en mi pecho.

—Milady. —Le saludo mi nana, con una inclinación cortés.

Mi querida nana no dudo en acercarse a ella, e intercambiar unas breves palabras antes de volver hacia mi y presentarnos.

—Lady Noemia, ella es Lady Hazel, única hija del alcalde Zand.

—Un gusto —murmuró, deslizando su mirada por mi pequeña extensión.

Un breve vistazo a mi misma, confirmó ella no tenía una primera impresión que una semana atrás me habría importado fuera *buena*. Sin embargo, todo en lo que podía fijarme con atención, era en el gastado morral que colgaba cruzado sobre mi pecho, al cual me aferraba y en cuyo interior estaban mis francos con pinturas y pinceles.

—¿Ni el Alcalde ni el Comandante lo lograron? —preguntó, en algo que más bien sonó a afirmación.

Nana Nicole sintió efusivamente, sacando un ceniciento pañuelo para secar las lágrimas que volvían a agruparse en sus ojos. Y Noemia *suspiró* con un borde desalentado, que alguna vez noté en mi padre.

—Ya está a salvo, Lady Hazel. —Me dijo, extendiendo una de sus manos para coger la mía, pero le rehuí.

—Lo sé —repliqué con brusquedad.

Ella estrechó su mirada.

—Permita que le ayude. Puedo hacer que lo más desagradable desaparezca.

Volvió a intentar tocarme, pero me aparte dando pasos hacia atrás hasta

quedar contra la pared y bajo una lámpara.

—No. No quiero olvidar. —Alcé la voz, atrayendo las miradas de los cientos de personas que permanecían ahí, mas no me inmute—. No debo olvidar, no quiero hacerlo y no lo haré. Todo lo que ocurrió, lo que ocurre y lo que ocurrirá no es algo de lo que escapare *porque sí*. Aun si me siento mal, aun si quiero llorar y caer en el rincón más profundo y oscuro, ¡NO! ¡Me niego a avergonzar a mis padres así! ¡Ya no soy una bebe que necesita ser mimada! ¡Le haré frente sin importar cuanto duela!

Mi voz reverberó en las oscuras y desgastadas paredes. Pero no me atreví a apartar mi mirada de la imperturbable Noemia, a pesar del calor que quemaba mis mejillas y mi agitada respiración.

Luego de un largo y silencioso minuto, ella finalmente habló.

—Continuad acomodándose. Lady Hazel, venga conmigo. —Ordenó con dureza.

—¿Mi-milady...? —murmuró mi nana.

—Cuida mis pinturas por mi, nana. Por favor.

Le tendí el morral sin atreverme a desviar la mirada para comprobarla, y seguí a Noemia por entre la gente y hasta una de las aberturas que se abría a un largo pasillo.

Caminamos en silencio, con lejanos pasos, susurros y golpeteos que reverberaban desde los pasillos que de repente divisaba por uno u otro lado, y algunas puertas cerradas. Bajamos por unas escaleras y giramos. Luego volvimos a subir, girar una y otra vez, bajamos y así, sucesivamente, nos adentramos en las cada vez más oscuras profundidades de las catacumbas. Las lámparas de aceite se volvían escasas, cambiando en varios lugares por antorchas. Sin embargo, en ningún momento ella titubeo.

Finalmente, llegamos al fondo de un pasillo que se abría en dos direcciones diferentes, y ella giró sobre sus talones clavándome su mirada como si buscara algo en mi que antes no vio.

—Es importante que no recuerde dónde estamos. Por ahora —dijo.

Antes de poder procesar sus palabras, ella giro a la derecha y posó una mano sobre la estrella de doce puntas grabada ahí, que no hubiese notado sin ese movimiento. La giro hacia la izquierda y vi, con asombro, cómo aquella parte de la pared retrocedía y se deslizaba hacia un lado, dejando

a la vista una abertura iluminada. Con un gesto me indico que ingresara.

Frente a mí, y luego de pestañear varias veces para acostumbrarme a la cantidad de luz, se hallaba lo que parecía un abarrotado estudio. Los estantes a cada lado rebosaban de libros y documentos, pergaminos y frascos con tinta y plumas entre tanto. Un gran escritorio con un mapa de Radwulf mal doblado a mi derecha, y varias cartas y documentos en los pocos espacios vacíos. Un sofá con una raída manta, a poco menos de un metro de la desgastada puerta enfrente. Y junto al escritorio, con sus manos y mirada en un pergamino, un muchacho de no más de catorce años, con su camisa arrugada un tanto abierta, cabello oscuro y revuelto, y claros ojos cansados que no titubearon ni un poco a pesar del sonido deslizante de la pared tras de mí, que era cerrada por Noemia.

Ella se acercó hasta él por detrás, posando sus delicadas manos en sus hombros.

—¿Ya acomodaste a la gente de Duhjía? —preguntó él, con una voz baja pero ronca que erizó mis cabellos.

—Más o menos —respondió ella, inclinándose sobre su hombro—. Querido príncipe, le presento a Lady Hazel de Duhjía.

Su rostro se giró con rapidez en mi dirección, la sorpresa grabada en sus facciones unos segundos antes de que frunciera el ceño volviendo su atención a Noemia.

—Bienvenida —dijo entonces, manteniendo su mirada lejos de mi.

—¿Qué modales son esos? —Le gruñó ella.

—¿Por qué están aquí? —inquirió él, ignorando el regaño.

Noemia dio un paso atrás, dándome una mirada antes de explicarle.

—Quedamos en que necesitamos ayuda, ¿no? Gente que anhele vengar a los caídos y proteger a los indefensos...

—¿Y? —insistió el príncipe, con tal brusquedad que di un involuntario respingo.

Evidentemente molesta con tal actitud, muy lejana al título que ostentaba, apenas logre morder mi lengua antes de soltar un inadecuado y más que irrespetuoso regaño. Su mirada fue hacia mi mientras que su ceño fruncido se profundizaba, analizándome.

—Bueno, Lady Hazel es una perfecta candidata. —Continuó ella, sin

inmutarse ante su tono—. ¿Qué pasa? ¿A qué viene esa actitud?

Se acercó a él, interponiéndose de forma que fui incapaz de ver el rostro del príncipe, y por lo tanto, no logre ver lo que le alteró.

—¡Me mentiste! ¡No has dormido ni un poco, Ambón! —Le gruñó, alzando las manos en un gesto cargado de desesperación.

Dio media vuelta apartándose, y comenzó un enfurruñado paseo por la poca extensión de suelo vacío, murmurando por lo bajo.

—Yo... no comprendo —dije al fin.

La situación me parecía un tanto precipitada. ¿Qué hacía yo frente al príncipe? ¿De qué hablaba esa mujer? Y, ¿por qué el príncipe de Radwulf fue tan poco cortés conmigo? No era capaz de hallar sentido a todo ello.

—Pido nos disculpe, Lady Hazel. —Ambón se puso de pie soltando un suspiro, y fijó sus claros ojos en mí—. No ha sido nuestra intención incomodarle.

Su sinceridad aletargó mi enfado, mas no menguó la mala impresión que su descortesía dejó en mí. Así que no logre morder mi lengua antes de gruñir.

—Por supuesto, majestad. No ha sido su intención, ¿verdad? —dije con dureza.

La perplejidad en sus rostros no menguó mi firme postura defensiva. Ni siquiera el calor que se acumulaba en mis mejillas era capaz de frenar el impetuoso carácter que afloraba cuando menos debía, y que innumerables veces dio más problemas que soluciones. Sin embargo, mi semblante flaqueó cuando vi como Noemia y Ambón *sonreían*, con algo demasiado similar al *orgullo* que alguna vez creí ver en los ojos de mi padre.

—¿Ves lo que te digo? —inquirió la mujer al príncipe.

Ambón asintió, intercambiando una sola mirada con ella, antes de que la viéramos desaparecer por la puerta en silencio. Dejándome con él. *Solos*. Las palmas de mis manos se cubrieron con una capa de frío sudor y sentí como si el aire fuera demasiado cálido para mis pulmones, mientras él me dirigía una mirada que no supe descifrar antes de que hablase.

—Tome asiento, Lady Hazel. Debe estar agotada.

Señaló el sofá, dejando el documento a un lado para luego apartarse del escritorio en toda su elegancia y estatura. Sus al menos cinco centímetros más que yo, me impidieron mover un solo músculo por un largo minuto,

hasta que logré dar un paso, y otro, acercándome con la mayor firmeza posible hacia el sofá y su persona.

—Sigo sin comprender —dije, con la misma voz que utilizaba para exigir explicaciones a mi padre.

Me senté con brusquedad, sintiéndome extremadamente pequeña frente a él; quien tras suspirar me explicó;

—Como dijo Noemia, “necesitamos ayuda”. Le prometo que explicaré con detalle todo, pero acaba de llegar de un agotador viaje y necesita descansar.

Dicho esto, la puerta se abrió dando paso a un par de Doncellas. La primera cargando una bandeja con un jarrón, dos vasos, un pocillo con sopa, tres rebanadas de pan, un surtido de frutas picadas y lo que parecía un trozo de carne con legumbres salteadas en medio de dos rebanadas de pan. La segunda traía un cazo con agua caliente, y tras sus pasos venía Noemia con una manta en sus manos.

—¿En serio? —gruñó Ambón por lo bajo, cuando ella cerró la puerta tras sus pasos.

La primera Doncella dejó la bandeja en el espacio vacío del escritorio, y la segunda deposito el cazo cerca de mis pies.

—Permitame sus manos, milady —dijo, sacando un trapo de la cinturilla de su vestido.

Algo reticente, le permití limpiar mi manos y rostro con el agua, para luego ser secada con otro trapo enganchado en su delantal, mientras veía como Noemia le entregaba el pan con carne a un enfurruñado príncipe.

Ya limpia, Noemia me arropó con la manta doblando mis piernas sobre el sofá, y las Doncellas trajeron una mesita donde pude comer mientras Ambón terminaba su bocadillo, y ordenaba a Noemia con el ceño fruncido.

—Que nana Bubilleú acomode a Lady Hazel en una de mis habitaciones.

Capítulo 2

El reino se halla en serio peligro, me explicó Ambón.

Luego de una grata comida y una siesta de la que desperté a causa de mi nueva recurrente pesadilla, él se presentó en la agradable habitación que me fue dada junto a suya, en el rincón escondido de las catacumbas donde se mantenía oculto la mayor parte del tiempo, para contarme la realidad que se asentaba sobre nuestro pueblo.

Luego de dar muerte a Balkar de Ghnom y robar el Oscuro libro del Caos, Tarsinno de Wllnah y sus cómplices iniciaron pequeños fuegos en diversos lugares de Palacio, desviando la atención de los soldados cuando estos se extendieron rápidamente. Tras lo cual, el Traidor invocó una primera horda de Criaturas del Abismo, ordenando le dieran caza al Rey y su Guardia Personal.

La mayor parte de los ciudadanos intentaron llegar a las catacumbas, cuyo hechizo de protección, puesto ahí por el fallecido Balkar, y otro puñado de Bletsun poco después de la coronación del Rey Amilcar, mantuvo y mantiene a cualquier ser del Abismo fuera. Empero, a la hora después de que el primer esbirro emergiera, casi tres cuartas partes de las fuerzas armadas en la ciudad habían sido aniquiladas. Apenas la mitad de los plebeyos y casi la totalidad de los nobles, fueron los único capaces de llegar a las entrañas de las catacumbas, con rasguños o heridas de menor gravedad.

Una vez que la masacre se dispersó, los soldados comenzaron a llegar en grupos por las diversas entradas, cargando los heridos de mayor gravedad con sus últimas fuerzas.

La situación era alarmante. Sin la ciudad Real en pleno funcionamiento como centro de la entrada y salida de recursos, el alcalde de Hishka se vio obligado a acoger en su ciudad dicha función, mientras que los alcaldes de las ciudades restantes –Kuejt, Ro´ime, Ghnom, Preqk, Tallneh, Zufhwyth, Minkah, Onode y Wllnah–, enviaron misivas urgentes cuestionando las acciones que debían llevar a cabo desde entonces. Y que caían en manos del todavía príncipe y su custodia, Noemia.

Los nobles, incluyendo al Gran Consejo que logró refugiarse en las catacumbas, temían al poder que ostentaba una Bletsun como Noemia. Sin un Rey y ante la escasa edad del príncipe, veían el futuro de Radwulf en manos de *una poderosa mujer*.

Lo que los nobles no sabían, y que sin duda les habría sorprendido en su momento, era que aquella *mujer* jamás dio una orden o movió un solo dedo sin que Ambón lo supiera y autorizará. La imagen que proyectaban,

en que la poderosa Bletsun tenía a su merced al príncipe heredero y muy seguramente se había coludido con el Traidor –todo errado por supuesto–, fue de ayuda cuando las misivas en respuesta salieron de Real hacia sus destinatarios ansiosos; con las claras órdenes de ceder a las exigencias de Tarsinno y *resistir* durante el tiempo venidero. Pocas horas antes de que los sobrevivientes de Duhjía llegaran.

El príncipe me explicó que debía mantenerse oculto por dos principales razones. Primero, por mantener la apariencia de que el poder se hallaba en manos de Noemia. Y segundo, por proteger su vida.

El hermano del Rey Ambón, Márkoh, heredaría la corona si él moría. Pero una vez más, el Príncipe Márkoh de Real había demostrado la clase de alimaña que es, al correr hacia las catacumbas a la menor señal de peligro y no asegurarse de que su esposa e hijo llegaran a salvo. El resultado fue la muerte de ambos miembros de la familia Real, y el intenso resentimiento de la mayor parte de los sobrevivientes. Sin embargo, la posibilidad de que atentase contra la vida del príncipe, y además se uniera a Tarsinno sólo para conseguir la libertad que Amilcar le arrebató al ser coronado, como tantas otras cosas, cambiando los estatutos de las leyes que protegían a Márkoh de un castigo por los crímenes que más de una vez cometió, permanecía latente en la conciencia colectiva.

Su siempre presente estado como *Príncipe Márkoh de Real, segundo heredero de Radwulf*, no había sido un problema hasta entonces.

Toda la situación parecía agravarse ante mi con cada nuevo dato.

Dheugh, Dios de la Fortuna, solo estuvo de nuestro lado en una cosa: el Bletsun de Fuego, Clim de Kuejt, se hallaba a salvo en las catacumbas. La parte mala era que se encontraba algo más que inestable, malhumorado, y su contraparte, Amace de Quajk, permanecía desaparecida desde ese mismo fatídico día. Sin contar el hecho de que Clim todavía tenía nueve años, aún joven para ostentar el título de Lord, y mucho más como para pelear en una guerra.

Necesitábamos más que unos días para juntar fuerzas, y en eso entraba yo. Por alguna razón, que quizá fuera ser la hija del alcalde Zand, o tal vez mi breve arrebató frente a una buena cantidad de personas cuando conocí a Noemia, la mayor parte de los sobrevivientes de Duhjía alegaron que permanecían ahí *por mí*. Porque *yo* era su guía.

—Necesitamos soldados, Lady Hazel —dijo Ambón—. Pero soldados que conozcan lo que es enfrentarse a los Monstruos del Abismo. Soldados movidos por los fuertes sentimientos de dolor y venganza, adiestrados con un solo objetivo...

—No *son* soldados. La mayoría ni siquiera ha llegado a los diez años de nacimiento. Y los mayores, o están heridos o son muy ancianos para pelear —gruñí, cortando sus palabras con una extraña sensación de familiaridad, que jamás creí llegar a tener con el príncipe.

Sin inmutarse por mi tono, insistió, exponiendo sus puntos.

—Lo sé, claro que lo sé. Y odio tener que hacer esto, pero no queda de otra. Necesitamos llegar al maldito Traidor, y las opciones se limitan a un ejército que pueda enfrentarse a esos Monstruos, o que Clim no intente quemar algo cada cinco minutos. Y lo segundo no ocurrirá pronto. Debemos aprovechar que el dolor aún está fresco, no nos queda otra...

—¿Sabe lo horrible que suena eso? —Volví a cortar sus palabras, dejando la taza con que había estado jugueteando sobre la mesita con tal fuerza, que su contenido restante salpicó la madera.

—A veces un Rey debe hacer lo que es mejor para el pueblo, aunque *lo mejor* no siempre es lo *correcto* —recitó, con la mirada perdida en un punto lejano.

—¿Quién le enseñó aquellos burdos preceptos? —gruñí ofuscada, tratando de no ceder a la tristeza de sus ojos.

—Mi padre. —Fue su única respuesta.

Me force a inhalar necesario aire ante el brusco golpe de la obvia realidad. *Todos*, absolutamente todos perdimos *alguien* o algo importante por culpa del Traidor, y su majestad Ambón no era la excepción. Luego de haber perdido a su madre a la corta edad de cuatro años, él perdía a su padre quedando a cargo de un reino dividido. A sus trece años, debía centrarse en *lo mejor* para el reino, no lo mejor para él.

Se puso de pie, apartándose sin verme a la cara otra vez.

—Si me disculpa...

—Lo haré —dije cortante, deteniendo sus pasos y atrayendo su mirada—. No le prometo lograrlo, pero lo haré.

Pestañeó con la sorpresa reflejada en sus facciones, antes de asentir mostrando una ligera sonrisa tintada con humildad y agradecimiento.

—Gracias, Lady Hazel. Confío en usted.

La agradable sensación que nació en lo profundo de mi pecho, extendiéndose por mi cuerpo sin disiparse a pesar de la distancia, quemando, destruyendo y reconstruyendo, tenía su origen en la más

breve interacción con él. Lo sabía. Y no hallaba una explicación coherente.

Él era el príncipe, una figura inalcanzable incluso para una hija de nobles. Sólo una mujer, en un futuro lejano, sería escogida por y para él, con las aptitudes impecablemente correctas para ser la Reina de Radwulf. Y yo, con mi obsesión por las pinturas, pinceles y lienzos, mi irrevocable preocupación por la gente de mi ciudad natal y mi boca impertinente que aparece cuando menos debe, jamás calzaríamos en tal papel.

Así que deseché las sensaciones nuevas y me mentalice en ayudar como mejor pudiera. Y sí esa *ayuda* consistía en convencer a mil jóvenes de incorporarse al ejército, para una guerra en que más de alguno perdería la vida, pues, tendría que hacerlo.

Pedí entonces a la señora Bubilleú que encargara a algunos soldados el reunir a los sobrevivientes de Duhjía, en el salón más grande que hubiera disponible, y me dirigí al lugar inseguro de como proceder. Sabiendo que mi petición les llevaría al borde de la muerte, y cuanto me arrepentiría de ello. Pero... a medida que se fue llenando el salón y les observaba, con mi mejor imperturbable sonrisa titubeando, fui atisbando el dolor y la rabia entremezclados en los rostros de los más jóvenes.

Ambón tenía razón. Ellos estaban listos y dispuestos a hacerle frente al peligro, anhelaban destruir a esos Monstruos y su Invocador tanto, pero *tanto*, que sus miradas llenas de ferviente convicción y confianza apenas se apartaban de mí.

Cuando el salón se hallaba rebosante de los familiares rostros de Duhjía, y alguno que otro desconocido sobreviviente de Real y sus alrededores, subí al estrecho e improvisado podio con pasos pesados fingiendo firmeza. Su silencio y atención tensaba mis nervios a tal punto, que las palmas de mis manos sudaban y mis oídos zumbaban. No obstante, me obligue a hablar con el corazón.

—Gracias por estar aquí. Algunos me conocen, pero otros tantos no. Mi nombre es Hazel, única hija de Lord Zand y Lady Mizhel de Duhjía. Como una de los jóvenes nobles de más edad, su majestad Ambón y Lady Noemia me han concedido el liderazgo de Duhjía. Y me han pedido...

Titubee, tratando de recordar todas las razones por las que debía inculcarles la sed de venganza. Y entonces le vi. Caminando entre la multitud que se abría sin titubeos ante la fuerza que emanaba, con su mirada carente de inocencia puesta en mí. Clim de Kuejt parecía un furibundo Dios, rivalizando con Ahrénc, nuestro Dios de la Guerra.

—¿Milady? —murmuró la señora Bubilleú a mi lado.

Sacudí la cabeza despejando mis pensamientos, y me obligue a continuar.

—Su majestad Ambón me ha pedido que les hable de lo que ocurre y ocurrirá. Me ha encargado que les cuente la realidad y les pida... —Clavé mi mirada en Clim, inhalando profundamente—. Y les pida no rendirse. El reino se halla en serio peligro de perecer...

Comunique a todos los presentes cuán profundo era el daño causado por la alevosía de Tarsinno, y, arriesgándome a revelar demasiado, les conté que Ambón había ordenado a las demás ciudades ceder a las exigencias del Traidor, manteniéndose a sí mismas a salvo y al margen como mejor pudieran. Les dije que el Traidor tenía en su posesión el Oscuro libro del Caos, y a pesar de ello poseía un endeble control sobre aquellos Monstruos. Les recordé cuán terribles eran y a cuantos miles de personas perdimos. Confesé, sin reparo alguno, el dolor que todavía me colmaba, cada vez que me percataba de que no volvería a ver a mi padre, que había quedado sin familia en un abrir y cerrar de ojos. Y les encaré con toda la entereza de que fui capaz.

—El futuro de Radwulf se ve cubierto de oscuridad. No obstante... —Dirigí mi mirada a las pequeñas figuras de los hijos e hijas de los caídos, viendo asombrada que incluso con lágrimas en los ojos se mantenían firmes—, *nosotros* podemos cambiarlo. Está en nuestras manos unirnos y alzarnos en contra del Traidor. Bajo el estatuto de protección a la casta Real y las salvaguardas del Reino, cualquiera que pueda y desee incorporarse a la lucha...

—¿Qué hay de la bruja de los hielos?! —gritó alguien, interrumpiendo.

Varios niños ya se habían puesto en marcha hacia mi, con la decisión escrita en sus miradas, pero los adultos mayores les retuvieron.

—¿Y el niño de fuego?! —Intervino alguien más.

Noté la repentina tensión en Clim, quien giró buscando con la mirada a la persona que le mencionó, logrando que más de alguien gimotease asustado.

—No hay tal cosa como *la bruja de los hielos*. Amace de Quajk, Bletsun bendecida por Zafhró Regwós, no es otra cosa que una *niña* de la cual desconocemos paradero —dije fuerte y claro, acallando cualquier murmullo con mi ímpetu—. Pero díganme, ¿quieren dejar en manos de Clim o Amace todo el reino? ¿Esperaremos a ver como nuestra amada tierra cae en manos de la Oscuridad, o lucharemos por devolverle su esplendor? ¿Vamos a permitir que el sacrificio de nuestros seres amados

sea en vano?...

No necesite decir nada más. Un chico no mayor a los doce años se alzó sobre una polvorienta mesa, y con un largo puñal en su mano grito:

—¡¡Por Radwulf!!

Niños y niñas lo imitaron alzando sus puños al aire, seguidos de hombres y mujeres cargados de poderoso coraje. Entre el vitoreo que creció, distinguí la figura de un hombre que se recargaba en un bastón, con una mano y su cabeza vendadas; observaba con orgullo y convicción la fuerte bravura de nuestros indiscutidos aliados. Más sólo me bastó dar una mirada al huraño Bletsun de Fuego y comprender, tras sus penetrantes ojos, que no todos estaban convencidos de la eventual lucha.

Con una sonrisa forzada, me aparte de aquel salón tratando de no desmoronarme en cada medido paso. Sabía de la gran posibilidad de estar enviándoles a la misma muerte, donde Ehrinú les recibiría de brazos abiertos, y eso carcomía mi conciencia como ácido.

Una vez lejos de posibles miradas, trate de correr lejos del alcance de cualquier luz, pensando en cuanto merecía las terribles pesadillas en que veía a mi padre siendo asesinado por un horripilante Monstruo... pero alguien me detuvo. No reconocí quién era hasta que me cargó en sus brazos, y fue receptor de las lágrimas que se desbordaron de mis ojos, mojando sus ropas y cuello. Fácilmente me llevó hasta las habitaciones que compartíamos, sin molestarse en dar algunas vueltas para despistar a los curiosos, y se sentó en el gran sofá de la sala conmigo todavía en sus brazos.

Durante lo que parecieron horas, permanecí escondida en la seguridad del pecho de Ambón, regañándome por *tantas cosas* y a la vez, reconfortada por el calor de quien menos espere. En ningún momento me apartó o se inmutó por mi húmedo arrebató, y su extraño aroma a pergamino, tinta y cuero se instaló en mi nariz.

No supe cuándo me quede dormida, más al despertar, con una sola luz de vela junto al lecho, mis mejillas ardieron por la vergüenza de los recuerdos. Mostrarme tan débil ante el príncipe, no se sentía tan bien como podría haber pensado. No solo había hablado frente a una multitud a favor de que *niños* lucharan por nuestras tierras, también tenía que terminar empapando la camisa de Ambón y dormir sobre él.

El revoltijo de emociones amenazaba con lanzarme a las aguas del llanto, nuevamente. Sin embargo, las puertas se abrieron dejando entrar más luz, y tras pestañear por el duro golpe a mis ojos, reconocí la figura del

príncipe en el umbral.

—Discúlpeme, Lady Hazel. ¿Ya se siente mejor? —inquirió.

El tono de su voz no me permitió dilucidar lo que las sombras sobre su rostro ocultaban, así que respondí titubeante.

—S-si. Gracias por preguntar... majestad, yo... me siento mejor.

—Bien, yo... —Dio unos pasos dentro de la habitación, permitiéndome atisbar sus rasgos con un poco más de claridad— lo lamento. No tome en cuenta sus sentimientos.

Su sinceridad e inquietud eran evidentes.

—Está bien, majestad, era necesario...

Luche contra las mantas que de un segundo al otro parecieron pesar más.

—No, yo... a pesar de que era lo que *había* que hacer, no pensé en lo difícil que sería para usted...

—No, yo no... —Me puse de pie creyéndome libre de las mantas, pero mi pie derecho se trabó y perdí el equilibrio—. ¡Dioses!

Caí de costado sobre la alfombra, viendo que el vestido que llevaba puesto había sido reemplazado por un camisón. Mis mejillas ardieron ante el descubrimiento, y un gemido escapó entre mis labios.

—¿Se encuentra bien? —Indagó Ambón, inclinándose hacia mí con una sonrisa mal disimulada.

Su cercanía solo agravando mi vergüenza.

—S-si... —murmuré, levantándome sobre inestables pies, mientras cruzaba mis brazos sobre el pecho en un innecesario intento de cubrir la *casi* desnudez.

—Bien, este... si se siente mejor, hay un par de personas que esperan conocerla —Me informo, una pequeña sonrisa tirando de sus labios y sus ojos brillando con diversión.

—Si, yo... hum... —Dirigí mi mirada a mi cuerpo, y él finalmente comprendió que debía darme espacio.

—Le-le esperamos —balbuceo, yéndose rápidamente sin dirigirme otra

mirada.

Con las puertas cerradas, deje salir un gran y sonoro suspiro antes de lanzarme a los pies de la deshecha cama, y colocarme la bata que ahí reposaba con la mayor rapidez posible. Una vez más *decente*, deje la habitación titubeante, dirigiéndome a la sala principal al final del pasillo.

En medio del lugar, se hallaban dos muchachas no más de dos años mayores que yo. Sus cálidas sonrisas me recibieron y sus miradas cargadas de coraje, aunque empañadas con dolor, me llenaron de orgullo.

—Lady Hazel —dijo Ambón—, ella son Mara y Lorret. Sus Doncellas desde este momento.

—Un gusto... —dije, tardando algunos segundos en procesar sus palabras— espere, ¿*mis* Doncellas?

Observe al príncipe con sorpresa. No había pensado en ello hasta el momento, pues Noemia y la señora Bubleu había cuidado de mi, pero ¿*dos Doncellas*? Me sentí culpable y preocupada por los demás sobrevivientes.

—¿Es necesario? —pregunte directamente a él.

—Sí. Si pretende ayudarme, necesitará que alguien se ocupe de usted.

—Me explicó—. Como sabrá, las Doncellas personales no se imponen, se *brindan* a sí mismas por lealtad. Ellas... —Señaló a las muchachas con un sutil ademán—, desean ayudarle por propia voluntad.

—Pero... la gente... —murmuré, viendo a las muchachas y al príncipe alternadamente.

—Estamos más que felices de poder ayudarla, Lady Hazel —dijo Mara, dando un paso más cerca—. No solo por usted...

—Quedarnos de brazos cruzados sería una vergüenza para nuestras familias —terminó Lorret, acercándose tal como Mara.

Con mis palabras en boca de ellas, decidí no darle más vueltas al asunto. Si sentían que *mimarme* sería una de ayuda para los tiempos venideros, no era quién para tratar de impedirlo. Así que para zanjar el asunto y conocernos mejor, me acompañaron durante las siguientes horas.

Capítulo 3

Bajo tierra, con la única luz proveniente de farolas, antorchas o velas, era difícil saber si era de día o noche. Pero la señora Bubilleú, ama de llaves de Palacio, tan dura y constante como ella sola, imponía los horarios sobre toda la comunidad.

A medida que las horas del día transcurrían se aseguraba de que los soldados recibiesen alimentos, las Doncellas distribuyeran los alimentos y velarían por los heridos, y los jóvenes que comenzaron a adiestrarse con Frün –el mejor espadachín del reino, que había perdido media pierna y lastimado gravemente un brazo mientras protegía a las personas para que llegaran a las catacumbas– cumplieran con sus arduas sesiones de entrenamiento.

Por otro lado, gradualmente fui acostumbrándome a la falta de luz natural y aire puro, y a un horario en que debía aprender la formación de los túneles, las puertas de acceso y escondrijos secretos con los cuales cruzar de un lado a otro de la ciudad, sin arriesgarme a ser víctima de los Monstruos del Abismo que pululaban por ahí. Sin contar con el hecho de que era instruida por Noemia en todo lo referente a las leyes, costumbres y deberes que debía cumplir como “Alcaldesa” no regente de Duhjía. Bien, el tiempo avanzaba con rapidez. Antes de percatarme, ya habían transcurrido seis meses.

Los duros entrenamientos que *los y las* jóvenes realizaban ante los sabios y perspicaces ojos del señor Frün, daban frutos. Aunque no los suficientes como para entregarles una espada y enviarles a enfrentar Monstruos. Mi constante intervención y preocupación, era necesaria para la salud mental de la gente, según Noemia, ellos veían en mí la bondad y calidez que no podían obtener de Ambón.

Así que, a la corta edad de doce años, asumí un rol importante entre los sobrevivientes de Real y Duhjía.

No obstante, y tras mis primeras tormentosas noches en las catacumbas, acechada por terribles Monstruos, el desvelo fue una molestia que sólo perduró unos pocos días.

Con la inquietud cerniéndose sobre mí en la penumbra de mi alcoba, aquella particular noche decidí quedarme en la sala. Una de las aisladas habitaciones del príncipe que compartió de buena gana conmigo, y que se hallaba justo frente a nuestras alcobas. En su interior se podía encontrar un par de amplios sofás frente a una lumbre, una butaca ancha de un solo respaldo bajo, una mesa de seis comensales y encimeras a cada lado de las puertas principales. Todo sobre gruesas alfombras para mantener el

calor y lienzos en casi cada centímetro de las paredes.

Era un ambiente ameno si mantenía los candelabros encendidos. Pero esa noche, la única luz que hallé ahí fueron las casi extintas brasas, que no fui capaz de atizar a tiempo.

Contemple por un tiempo, con un fuerte temor oprimiendo mi pecho, segundo a segundo como la débil luz se iba extinguendo. Repentinamente, escuche el chirrido de la puerta al ser abierta, haciéndome saltar en el asiento. A través de la penumbra, con mi corazón latiendo desbocado, tardé en divisar la figura del príncipe. El alivio que me inundó aumento cuando este iluminó la estancia con una lámpara de aceite, dirigiéndose a una pequeña puerta escondida tras un lienzo, de donde extrajo otra. Su mirada finalmente dio con la mía.

—¿Lady Hazel? —jadeó sorprendido.

—Buena noche, majestad —murmuré apenas.

Él se acercó titubeante, viéndome a los ojos como si quisiera desenterrar todos mis secretos. Su preocupación por mí, a quien apenas conocía, causaba un revuelo en mi pecho que pronto era aplacado al ver esa misma preocupación dirigida a otros.

—¿Se encuentra bien? —inquirió.

—Bueno, yo... —balbucee un segundo, recordando nuestro acuerdo de *honestidad* entre nosotros, pues era imperioso que él depositase su confianza en mí y viceversa—. Tuve una pesadilla. —Le conté, restando importancia al hecho con un ademán.

Su mirada se estrechó antes de que asintiera, con un extraño brillo en los ojos que me provocó un fuerte estremecimiento. Esperaba que por frío.

—Ya veo. Y, ¿no puede volver a conciliar el sueño? —preguntó, a lo que asentí lentamente tratando de descifrar el extraño tono de su voz—. Eso no es bueno. Pero, ¿quién soy para reprender a alguien por ello? Le comprendo perfectamente...

—¿Qué?

—También tengo pesadillas. —Se señaló con la mano que sujetaba la lámpara apagada—. Es inevitable, ¿no? Después de todo lo que hemos vivido.

Su admisión agito mi pecho, un poco más. Saber que a pesar del par de años de vida que nos separaban, a pesar de las responsabilidades que comenzaban a pesar sobre nuestros hombros, él y yo continuamos siendo

dos “niños asustados”, calmó en gran medida la ansiedad dejada atrás por la pesadilla.

—¿Quiere acompañarme? Suelo pasar mis desvelos leyendo en el estudio.
—Me pregunto gentil, a lo que asentí sin dudar.

Desde esa noche y durante los seis meses siguientes, cada vez que despertaba acalorada, con el corazón brincando asustado y temblando ante el aroma a podrido de los Monstruos del Abismo golpeando mi nariz, me apresuraba a recorrer los metros del pasillo que separaban mi habitación del despacho privado del príncipe. Ahí, a la luz de las lámparas que él siempre mantenía bien surtidas, leía desde historia, geografía y matemáticas, hasta novelas y cuentos que yo solía leer durante mi ya perdida infancia.

Seis meses en la cómoda rutina de correr sin dudar hasta Ambón, y me halle con Noemia apenas abrí la puerta. *Sin siquiera tocar.*

—Honestamente, Hazel. No creí que me vería en la necesidad de vigilarte. No a ti —dijo con dureza, cruzada de brazos y con el ceño fruncido.

—Yo... —murmuré apenas.

—Ya te expliqué, Noemia. Yo la invite, no puedes reñirle por hacerme compañía. —Intervino el príncipe, sentado tras su escritorio.

—Una señorita no puede verse a solas con un hombre en medio de la noche —replicó ella con dureza, apartando su mirada de mi para dirigirla a él.

—¡Dioses! ¡Que solo tengo trece años! —gruñó él.

Por un momento se fulminaron con la mirada, hasta que logre conectar los pensamientos coherentes con mi boca.

—Lo siento, pero no hemos hecho nada malo, Noemia —insistí nuestra inocencia.

—No, me niego a permitir esto —dijo tajante—. Tienen prohibido abandonar sus habitaciones durante la noche.

—¿Qué?! —exclamamos los dos.

No importó que nuestros encuentros fueran completamente inocentes, Noemia no cedió ni un ápice. “No es *correcto* para una señorita que se vea con un joven a solas, y mucho menos en medio de la noche”, por lo que

deje de acudir a su despacho.

Aquellas nuevas noches llenas de pesadillas y soledad, se convirtieron en un suplicio del que apenas me lograba sobreponer. Temblando sobre la cama tan solo envuelta por mantas, en medio de la oscuridad más profunda y agobiante, no hallaba cabida al sueño. Pronto, comencé a quedarme dormida durante los breves momentos de quietud, ya fuera sentada o semi recostada en un sofá, o con la cabeza reposando en un escritorio. Ambón, por su parte, actuaba más enfurruñado que de costumbre cuando algo no iba como debería.

Así, transcurrieron quince días.

En la mañana del decimosexto día, Ambón esperaba junto a una de las entradas que desembocaban cerca del camino a Hishka, rodeado por una decena de soldados, a que Noemia volviera con los mensajeros que traían *importantes noticias*. Mientras que yo paseaba por el final de ese pasillo, desviando la atención de cualquier ciudadano que caminara por ahí. Mi objetivo primordial; evitar que la gente se enterase de la presencia del príncipe.

Al cabo de una larga hora, me acercaba hasta donde Ambón se hallaba cuando los soldados que le custodiaban se movieron del camino, permitiendo el paso del puñado de agotados hombres que eran secundados por Noemia y Ambón.

—Venid con nosotros, Lady Hazel —dijo Noemia.

Les seguí hacia las profundidades, apartándonos de los soldados en dirección a las habitaciones del príncipe. Tras ingresar por la puerta escondida hacia el despacho, ella nos pidió que esperásemos en la sala mientras se desviaba en dirección a la cocina.

A solas nuevamente, revolotearon por mi mente las ansias de contarle lo mal que estaban siendo las noches para mi. Sin embargo, cuando abrí la boca para dejar salir algunos de estos pensamientos, Noemia volvió con una Doncella tras sus pasos. La joven Doncella, que en realidad era una niña no mayor a diez años, dejó la bandeja con el té sobre la mesita en medio para luego servir un brebaje dorado de fuerte aroma a menta y retirarse. No lograba recordar su nombre, pero ciertamente destacaba como la más joven Doncella que se internaba por las habitaciones del príncipe.

Una vez solos, Noemia se sentó junto a mí, frente a Ambón, bebió un poco de la infusión y finalmente se quitó el largo abrigo gris. Mientras que el príncipe agitaba un pie sobre la alfombra, y no despegaba su mirada de

ella.

—Bien —suspiró—, beban un poco.

Señaló las tazas y espero a que ambos volviésemos a depositarlas en la mesita.

—¿La misiva? —inquirió el príncipe.

Ella extrajo un pergamino sellado, y se lo tendió sin alzar la mirada.

—No hay forma de ratificar su origen, pasó por varias manos —murmuró, dejando entrever algo de congoja en sus ojos.

Ambón de igual modo rompió el sello y leyó en voz alta lo que el alcalde de Hishka le informaba;

«Estimado príncipe Ambón, es mi deber el informarle de la gran pérdida que, más pronto que tarde, será evidente en todas las grandes ciudades del occidente; el noventa por ciento de las embarcaciones extranjeras han cesado su ingreso en los puertos.

Por esto, y como bien sabe, habrá una gran escasez de recursos en los meses siguientes, así como del ingreso monetario para los gastos territoriales de las entidades públicas. Siendo tan apremiante, pido vuestra ayuda.

La tensión de la población ante la intermitente presencia de aquellos Monstruos, aumentará en los próximos días, cuando la más que escasa presencia de los navíos mercantes sea un hecho irrefutable.

A vuestro servicio, Lord Lanham de Hishka»

Dobló el pergamino y lo depositó sobre la mesita. Su mirada, siempre cansada, cobró un nuevo matiz exhausto.

—Faltan recursos. —Sentenció.

Noemia se inclinó hacia él antes de hablar.

—Me parece que lo que Lanham espera, es *tú* tomes el control de una situación que *él* debió haber prevenido que ocurriera. No solo se trata de Hishka, y es el único lugar en que se depende tanto del exterior.

—Lo sé, pero hay algo en lo que no se equivoca; habrá escasez de recursos los meses siguientes —refutó él—. Wllnah está sitiado. Nada sale, nada entra. Mientras que Onode emigró hacia Minkah, los pequeños poblados o huyeron hacia Zufhwyth, o están aquí. Hishka no soportará por

siempre la carga que le he encomendado en cuanto al resto de Radwulf.

—¿Y cuál sería la solución? —Suspiró ella, cruzando sus brazos sobre el pecho.

Los ojos de Ambón dieron con los míos, recordándome que no era una simple espectadora en la conversación.

—¿Qué piensas, Hazel? —Me preguntó, con una voz que me pareció un par de tonos más suave que la utilizada con Noemia.

Imaginación mía, seguramente.

—Yo... —titubee—. No sé. ¿Cómo podríamos dar más recursos a las ciudades? —inquirí, viendo de él a ella—. Es imposible que tengamos la fuerza armada suficiente para enfrentar esos Monstruos, y Tarsinno está comerciando en el pequeño puerto del acantilado de Quajk, con las riquezas que ha robado y lo que sus cómplices han confiscado en Hishka y Zufhwyth. Solo los Dioses saben qué clase de planes está armando para atacar Real. Este problema de recursos es una molestia, si me preguntan.

—¿Qué quieres decir? —murmuró Noemia.

La observe un momento, tratando de dejar salir mis pensamientos como el príncipe me había aconsejado más de una vez.

—No sé... tal vez, hay que buscar la forma de cubrir las necesidades de las Ciudades. No tenemos tiempo para perder en este asunto.

Volví mi mirada a Ambón. Él observaba la taza en sus manos, bebió un poco de la dulce infusión, y por último alzó el rostro conectando nuestras miradas.

—Bien, tienes razón. No tenemos tiempo para esto. —Asintió, y girando hacia Noemia agregó—; Prepara un gran grupo de tus hombres de confianza. Enviaré una considerable cantidad de fondos a los erarios públicos.

—No deberías. —Negó ella, poniéndose en pie de golpe.

—Es *mi* herencia, Noemia. Hago con ella lo que me plazca. —Sentenció con evidente irritación.

Frunciendo el ceño y gruñendo por lo bajo, Noemia se marchó dejando el fuerte reverberar de la puerta como único rastro.

Poco después, y tras un silencio algo tenso, el príncipe se retiró tras informarme que utilizaría parte del tesoro Real para aplacar la crisis

financiera venidera, dejándome con la incómoda duda de si cometí alguna imprudencia. *Nuevamente.*

Aquella noche, di vueltas en mi lecho batallando contra el cansancio. El miedo de volver a las pesadillas era un buen incentivo para mantener los ojos abiertos, aun cuando el peso de mis párpados no parecía menguar. Mi batalla interna se extendió por lo que me parecieron varias horas, hasta que unos suaves golpes en la puerta me sobresaltaron. Sentada, con mi cuerpo agitándose ligeramente, murmuré un *¿quién es?* La penumbra menguada por la única vela que logré mantener encendida cuando se retiraron mis doncellas, me impidió ver más que una silueta asomándose por la puerta. Mi corazón latió desbocado y mi cabello se erizó antes de que mis ojos pudieran distinguir la figura de Ambón.

—¿Le he asustado? —inquirió, rascando tras su nuca con ojos preocupados.

—N-no... —Comencé a mentir—. Bueno, un poco.

Sonreí reticente antes de notar que continuaba acercándose, hasta quedar junto a mi lecho con una actitud nerviosa que nunca antes vi.

—Lo siento, yo... yo solo... —titubeo.

—¿Qué ocurre? —murmuré, acercándome un poco a él.

Olvide por un momento mi escasa vestimenta, centrando mi atención en su nerviosa figura.

—No puedo dormir. —Articuló, tras un suave balbuceo—. Me-me preguntaba si-si tu...

—¿Yo?...

—Este... ¿quieres hacerme compañía? —preguntó al fin, desviando la mirada hacia el más oscuro rincón de la habitación.

Pude notar, aún a la débil luz, que sus mejillas se oscurecían en lo que esperaba no fuese un *sonrojo*.

—Claro —murmuré aturdida, antes de quitar las mantas y coger la bata que me coloque a medias, antes de detenerme por un repentino pensamiento—. Oh, pero se supone que no debemos dejar nuestras alcobas.

Él titubeó un poco antes de responder, con una mirada decidida que me

lleno de cálido coraje.

—Olvídalo. Ven conmigo.

Extendió una mano hacia mi, la que tarde en sujetar los pocos segundos que me tomo terminar de colocar y atar la bata. Desde esa noche, lo acompañe en su propia alcoba. A puertas cerradas, inmersos en nuestro mundo particular en que lo único que importaba eran nuestras conversaciones y los libros que leíamos. Hasta que inevitablemente caíamos en el reino de los sueños.

Sueños tranquilos.

Capítulo 4

A poco más de un año, Ambón tenía como prioridad el entrenamiento de Clim, el Bletsun de Fuego que esperaba dejar al mando del ejército. Pero bien sabía, se hallaba demasiado volátil como para tal menester. Entonces, como encargo extra, el príncipe “ordenó” que intentase acercarme al pelirrojo, con *sutileza*.

Comencé asistiendo a sus ejercicios con el maestro Frün, entregando su vaso con agua o zumo cuando lo requería, o dándole un paño para secar el sudor que se acumulaba en su frente o cuello. Eventualmente, sus miradas cargadas de fastidio dejaron de ser frecuentes.

Luego, me aventure en asistir a sus sesiones de control con Noemia, donde ella le pedía que encendiera cierta cantidad de velas en diversos lugares de una habitación. Su enfoque disuelto, le llevó a casi encender todo el cuarto en más de una oportunidad, pero siempre sofocaba el fuego antes de que fuese peligroso para ella, y para mí.

Sin embargo... *aquel día*.

Me mantenía de pie cerca de la puerta, observando como Noemia instruía a Clim en el ritmo de su respiración, y este, a regañadientes, cerraba los ojos sentado en medio del húmedo y rocoso suelo, y permitía que las palabras de la mujer lo tocaran. No así sus manos.

—Arriba. Esquina derecha. Tres horizontal. Trece vertical. Tres no. Dos si. Abajo izquierda. Ocho no... —Le indicaba, consiguiendo que lentamente él encendiera las mechas de las velas que cubrían gran parte del lugar.

Errando en salto a tres, su fuego comenzó a consumir esas tres velas con mayor brío.

—Vuelve a empezar —gruñó Noemia, en lo que él abría los ojos y extinguía todo fuego, cerrando sus puños sobre la tierra.

—Lo intento —murmuró, con un deje de angustia casi imperceptible.

—Pon más empeño. ¿No querías servir al príncipe? En tu desenfadada condición, no puedes ni ayudar a un insecto.

Las duras palabras de la mujer tuvieron el mismo efecto que las veces anteriores. Clim se puso en pie de un salto, mientras era envuelto en ráfagas de enardecido fuego surgidas de la misma nada. No obstante, en lugar de quedarse a su alrededor, varias lenguas ardientes se lanzaron hacia Noemia. Una barrera invisible impidió que recibiera algún daño, pero

yo me hallaba a un lado de esa barrera.

Para cuando ambos se percataron, las faldas de mi vestido habían sido tocadas por el fuego, y este subía tratando de consumir todo el sencillo lino blanco. Fui incapaz de mover un solo músculo tras haber soltado un chillido ahogado... Segundos después, el fuego se extinguió de golpe.

Observe, con una mezcla inusual de miedo y fascinación, como las faldas se habían encogido en un revuelo negruzco hasta un poco más arriba de mis rodillas. Sorprendentemente, mi piel apenas fue rozada. Las voces del niño y la mujer resonaron lejanas, tras un estruendoso replicar de mi corazón.

Por poco.

—¡No me culpes!

—¡Si me permitieras...! ¡Esto no habría pasado!

—i... ¿Qué hace aquí?! ¡No debería...!

—i... aunque sea un poco más de...!

—¡Ella no debería estar aquí!

—¡Hey!

Detuve su griterío, cuando logre enfocar mi mirada en sus figuras de pie, mientras se tiraban dagas con los ojos.

Mis rodillas sobre el frío y húmedo suelo, recalcaron el hecho de que me hallaba *de rodillas* –sólo sabrán los Dioses en qué momento caí– y la única luz sobre nosotros, proveniente de una lámpara de aceite en medio de la habitación, dejaba ensombrecidas las facciones de ambos.

—¿Te encuentras bien, Hazel? —preguntó Noemia.

—S-sí. —Asentí.

Clim soltó una maldición y salió de la habitación azotando la puerta con tal fuerza, que retumbó y se agrietó en los bordes.

—¡Clim! —Le llamó ella, con una mueca cargada de disgusto.

—¡Espere, Lord Clim! —Corrí tras sus pasos ignorando el consiguiente llamado de Noemia.

Me aventure por los pasillos escasamente iluminados, siguiendo sus fuertes pasos y maldiciones que retumbaban en las paredes. La intensidad de las antorchas y lámparas aumentaba cuando él caminaba junto a estas.

—¡Clim! ¡Espera, por favor! —insistí.

Acelere mis pasos, comenzando a jadear por la falta de aire justo antes de perderle de vista en un pasillo lateral. El húmedo aire rozaba la piel expuesta de mis piernas, siendo parte de mi dificultoso andar.

Prometiéndome que comenzaría a ejercitar, giré hacia aquel pasillo casi tropezando con él a pocos metros.

—¿Qué quieres? —inquirió con un gruñido, dándome una mirada enfadada—. ¿No entiendes que soy peligroso?

—Pero, Clim... yo...

—¡Tu, nada! Ni siquiera sé qué haces siguiéndome. Estuve a punto de lastimarte, ¿por qué insistes? —Dio media vuelta, retomando su andar a brucas zancadas.

Le seguí tratando de no tropezar, mientras hilaba los pensamientos que debía expresarle antes de perder la oportunidad.

—Espera, Clim...

—¡No me sigas! ¡No tienes que ponerte en peligro, aunque te lo ordene Ambón! —Continuó gruñendo, sin perder el ritmo de sus pasos.

—El príncipe no me ordenó... quiero decir; me *pidió* que te hiciera compañía, pero no...

—¡No soy estúpido, Hazel de Duhjía! —Medio volteo, disminuyendo su velocidad, sin detenerse—. ¡Ni necesito una niñera! ¡Así que déjame en paz!

—¡Esa no es mi intención!

Gruñó, volviendo a darme la espalda. Pasando junto a la siguiente antorcha, hizo que esta ardiera con mayor intensidad que las anteriores. Y segundos después de que yo corriera debajo de la misma, esta estalló en potentes llamaradas.

—¡Por todos los Dioses, déjame solo! —rugió.

Conseguí cogerlo de su camisa y obligarlo a darme la cara.

—Ambón me lo ha pedido, pero no estoy aquí por eso, Clim. Debes comprender...

—Soy peligroso —dijo lentamente con voz ronca—. Pude haberte lastimado gravemente...

—¡Sin embargo, no lo hiciste! —Le gruñí, afianzando mi agarre sobre su camisa con ambas manos cuando intentó darse la vuelta.

—¿Es que no comprendes...?!

—¿Puedes escucharme un minuto? —Acerque mi rostro al suyo—. He estado observándote. He visto cuan fuerte eres, solo necesitas aplacar tu cólera.

—Yo no... no soy...

—Lo eres. —Solté su camisa y di un paso atrás. Podía ver perfectamente el borde *rojizo-dorado* en sus pupilas—. Comprendo cuán iracundo estas, pero debes céntrate. No puedes luchar contra los Monstruos si hieres a tus aliados. No puedes luchar *solo*.

—No me interesa hacer amigos —gruñó por lo bajo.

—No digas eso, todos necesitamos alguien con quien hablar, alguien en quien confiar —refuté—. Puedes confiar en mi, Clim. Quiero escuchar lo que tengas que decir.

Extendí una mano hacia su rostro, pero dio un paso atrás. Gruñendo nuevamente, dio media vuelta volviendo a caminar con prisa.

—¡Querida Ahpatijk! ¡¿No comprendes que solo quiero ayudarte?! —grite, segundos antes de chocar contra su espalda.

Trastabillé, casi cayendo. Con sorpresa y enfado observe su espalda, y por alguna razón divina escuche claramente sus palabras.

—¿Por qué arriesgas tu vida acercándote al peligro? No logro entenderte.

—Perdí a mi única familia —dije tras un suspiro—. Todo lo que me queda es luchar de la mano con otros como yo. Unirme con otras personas que desean lo que yo, y pedir a los Dioses que no perezcan por alzarse delante de mí hacia la oscuridad.

El fuego de una farola crepitó, y pude sentir como el calor embargaba aquel pasillo, durante el breve minuto en que transcurrió una de las

decisiones más importantes de mi vida.

—No quiero morir, Clim, pero tampoco puedo quedarme detrás, a brazos cruzados esperando que los demás arriesguen sus vidas.

—Estás demente —murmuró.

Sonreí con amargura. Tenía razón. Sin embargo, demente o no, quería estar ahí cuando él lo necesitase.

—El mundo está demente —refute.

—Hacen falta cuerdos —murmuró, comenzando a alejarse. Nuevamente.

—¡Estoy aquí, Clim! —Comencé a gritar, obligándome a no seguirlo. Su espalda comenzaba a ser tragada por la penumbra—. ¡Soy buena escuchando!

Mi lento progreso con el Bletsun de Fuego parecía haber sido inútil. Y así, cabizbaja, volví a mi alcoba para cambiar el arruinado vestido. Luego, me dirigí a la sala privada del príncipe, esperando poder beber una de las dulces infusiones de Noemia.

—Oh, bienvenida de vuelta, Lady Hazel. —Me saludo Ambón.

Entrecerré los ojos a la figura sentada frente a él, antes de responder.

—Gracias, majestad. ¿Interrumpo? —inquirí, acercándome titubeante.

—No, adelante milady —dijo el muchacho desconocido, poniéndose de pie.

Tras haber estado junto a Clim minutos atrás, quedarme de pie a poco menos de un metro del rubio chico, resultó un poco impactante ante la diferencia de más de diez centímetros. Alzando la mirada me concentré en sus todavía aniñadas facciones.

—Lady, ya he hablado con usted sobre Garb, pero permitan que les presente —dijo Ambón—. Lady Hazel de Duhjía, Garb de Quajk.

—Oh, mucho gusto —dije, dando un paso más cerca del chico con una sonrisa.

—El gusto es mío, milady —respondió quedamente, con una sonrisa que sus ojos no reflejaban.

—Precisamente, hablábamos de usted. —Comenzó Ambón, señalando el espacio vacío a su lado—. Le comentaba a Garb sobre sus observaciones.

Todo el progreso...

Me senté alzando una mano en su dirección, deteniendo sus palabras con la mayor cortesía posible.

—Lamento informarle que mi progreso se ha visto truncado —dije lentamente, incapaz de verle a la cara.

—¿Qué? —balbuceó el príncipe.

—¿Qué quiere decir con eso, milady? —inquirió Garb.

Tragando la repentina culpa, alce la mirada encontrándome con la confundida del príncipe. Titubee, voltee mi rostro avergonzada y hallé la curiosidad grabada en el tostado rostro del rubio.

Tras haber sido testigo de la masacre de Quajk, aquel muchacho fue enviado a Real por la decena de personas sobrevivientes. Todos adultos mayores. Quienes, tercamente y ante el horror de ver masacrados a los niños y jóvenes, decidieron quedarse en sus hogares sometiéndose al Traidor. Garb de Quajk, de catorce años, viajó sólo durante día y noche hasta que dio con unos soldados camino a Real. Como representante y portavoz de Quajk, él había estado participando en las conversaciones del príncipe con los altos cargos militares. Dando fidedigna información sobre Amace, de quién sabía lo mismo que todo Quajk; una niña incapaz de lastimar a alguien.

Pero en aquellos días, la certeza de que el fresco aire que se extendía desde lo alto de la montaña provenía de la fuerza de Amace, había logrado que la gente creyera lo peor de ella. Más Garb se mantenía firme en que algo no estaba bien. *Si ella quisiera, podría congelar todo Radwulf*, argumentaba.

—Yo... —murmuré.

—¿Algo ha salido mal hoy, Hazel? —inquirió Ambón.

Con dificultad, dirigí mi mirada a la suya, y tratando de no ahogarme en su preocupación balbucee;

—Bueno... hoy... sin querer, fue un...

Dos golpes en las puertas me detuvieron. La atención de ambos chicos se dirigió al lugar.

—Adelante —dijo Ambón.

Él bloqueaba mi visión, por lo que tuve que inclinarme hacia delante para ver. Clim se asomaba por las puertas, con una expresión tensa que no pude descifrar.

—Disculpe, majestad... yo... hum... —balbuceó, moviéndose incómodo.

—¿Ocurre algo? —Le pregunto Ambón.

—Justo a tiempo, Clim. Lady Hazel nos iba a contar sobre vuestro tiempo juntos —intervino Garb.

Observe al rubio boquiabierto. Sus palabras dejaban entrever una insinuación que no ayudaba, más bien parecía, pese a su mirada impasible sobre Clim, que intentaba provocarlo de una desagradable forma.

—¿Si? —gruñó Clim, cayendo en su juego.

—No, Clim. Yo no iba...

—Disculpe mi intromisión, majestad. —Se excuso, cerrando la puerta con algo de brusquedad.

—¡Clim! —Le llame preocupada, poniéndome en marcha para seguirlo.

—Veo que no hay mucho progreso —murmuró Garb.

Voltee enfadada desde las puertas que apenas había abierto, y entrecerré los ojos sobre el rubio. Fuera o no su intención, había perdido gran parte de mi estima con unas pocas palabras.

—Habría más sin su innecesaria intervención. —Le gruñí.

Cerré la puerta con fuerza tras de mí, provocando que su reverberación envolviera el pasillo. Localice a Clim doblando al final del pasillo, hacia donde se ubicaban las habitaciones de las Doncellas personales y la puerta oculta que daba a la cocina.

—¡Clim! —Le llame, prácticamente comenzando a correr tras él.

Llegue al final del pasillo, y le vi recargando la espalda en una pared. Su mirada oculta por las sombras y en la raída alfombra azul que no llegaba a cubrir todo el ancho del pasillo.

—Clim, yo no...

—¿Quieres que confié en ti? —Me preguntó, deteniendo mi explicación y

disculpa.

—S-si —dije, y asentí dando énfasis a mi murmurada respuesta.

—Bien, pero no me defraudes. —Alzó su rojiza mirada, clavándose en la mía con intensidad.

—No lo haré. —Le aseguré.

Y confiaba en hacerlo. Ser la persona que le escuchase y apoyase sin dudar.

Capítulo 5

Durante los siguientes cinco años, la resistencia asentada en las profundidades de Real continuaba los preparativos para el inminente enfrentamiento con el ejercito de Monstruos en torno al Traidor. Armas, armaduras e implementos varios eran creados y acumulados, mientras se daban por terminados los entrenamientos grupales, y eran nombrados los altos mandos.

Mi relación con Clim, era prácticamente igual de cercana a la que tenía con Ambón, exceptuando el hecho evidente de que solía pasar las noches con uno, y el otro gruñía más que hablar, además de su gran terquedad que a veces lograba sacar lo peor de mi. Por lo demás, ya había aprendido la mayor parte de pasillos, pasadizos y escondrijos de las catacumbas, así como las leyes, geografía e historia de Radwulf. Y, al parecer, mi constante presencia entre los ciudadanos alentaba los ánimos y sembraba la esperanza, como solía decir Ambón.

Sin embargo, sólo en mis horas libres lograba hallarme conmigo misma.

Poco más de dos meses después de que apareciera el primer Monstruo del Abismo, los soldados lograron asegurar el Palacio, permitiendo así que la gente pudiera abandonar durante algunas horas la humedad de las catacumbas, y disfrutar del escaso sol y el aire cada vez más gélido. Entonces, descubrí en una de mis excursiones por la quinta planta, una enorme habitación con más de la mitad de una pared derrumbada. La vista desde ese lugar, apenas cubierta por parte del tejado a medio caer, daba hacia Quajk. La montaña cubierta de blanco, era tragada por las oscuras nubes que se acumulaban en lo alto del cielo. Su silenciosa presencia provocando un familiar cosquilleo en mis manos.

Ansiaba trazar su forma.

No conociendo otra forma de remediar semejante urgencia, corrí de vuelta a mi alcoba casi sin detenerme ni escuchar algún saludo, y jale de debajo de mi lecho hacia mis brazos, el morral que aún contenía mis pinturas y pinceles.

Pronto, y tras un par de días de arduo esfuerzo acarreando pertrechos, escapando de mis Doncellas en cuanto se me daba la oportunidad, logré armar un improvisado *estudio de arte*. Sin lienzos ni pinturas profesionales, cogí lo que tenía a la mano; sábanas y marcos que algunos soldados me ayudaban armar, se convirtieron en mis lienzos; hierbas, flores y frutas en la base de pinturas. Y así, con el tiempo logre plasmar no una, sino cientos de imágenes que aparecían en mi mente. Un *talento*

que siempre he tenido.

Para cuando me percate, la gente solía visitar mi estudio tan solo para palpar con la mirada *cosas hermosas*, o un trozo de lo que fue Radwulf.

Aquel día, como tantos otros, no medí el paso del tiempo hasta que se me dificultó distinguir los colores sobre la paleta en mi mano. Por lo que, con prisa, cubrí mis obras con gruesas sábanas y corrí hacia el primer nivel de Palacio. Los extraños y atemorizantes rugidos de los Monstruos del Abismo, comenzaban a escucharse cada vez más cerca.

En lugar de intentar descender a las catacumbas por uno de los pasadizos, decidí desviarme unos minutos hacia las caballerizas. Ahí, los soldados habían asegurado los últimos corceles vivos tras la masacre, sumados a las varias decenas de Duhjía y un puñado traídos desde Quajk por Garb.

Por insistencia de Ambón, uno de los potrillos nonatos, de la cruce entre un semental de Quajk y una yegua de Real, sería mi corcel personal. Por lo que a veces, cuando necesitaba un respiro de las pinturas, visitaba a Riss. Su hermoso pelaje dorado me recordaba al matiz que vi en las tierras de Ghnom al sol de mediodía, en evidente contraste entre las pocas tierras cultivadas y el desierto, aquella vez en que viaje con mi padre. Su hinchado vientre me llevaba a imaginar la posible apariencia del potrillo, que dado el oscuro marrón del padre y el dorado de la madre, no era errado suponer que tendría uno o ambos.

—¿Lady Hazel? —Dí un respingo ante la voz masculina.

Enfocando mi mirada en la penumbra, a cada segundo más pesada, distinguí al señor Bartol. El soldado que cuidaba a los corceles durante la noche, y que en algunas otras oportunidades me había hallado ahí.

—Buena noche, milady. ¿Paseando tan tarde otra vez? —Inquirió, con una sonrisa que apenas logré vislumbrar.

—Si. Aunque no fue planeado.

Encendiendo una lámpara, el señor Bartol iluminó aquel espacio, llevándome a pestañear varias veces para acostumbrarme al cambio.

Si no fuera por los hechizos de protección que Balkar de Ghnom colocó ahí, hubiese estado asustada de llamar la atención de los Monstruos. Pero las únicas señales de que estaban ahí fuera eran sus rugidos y gruñidos, el raspar de sus garras y colmillos contra la piedra, y el suave *fru-fru* de los cuerpos deslizándose al acecho.

—¿Planea quedarse mucho? —preguntó, entregándome un cepillo.

—No, no. Cenaré con el príncipe, no puedo entretenerme demasiado

—Negué, centrando mi mirada en Riss. De repente, una idea muy *útil* vino a mi mente—. Señor Bartol, ¿han cortado el crin de los corceles?

—No. Todavía no. —Negó distraídamente, recargando su cadera contra la cerca que mantenía a Riss lejos de los otros.

—Em... ¿Cree que podría quedarme con un poco?

Viéndome con evidente sorpresa, el señor Bartol rasco su cabeza antes de contestar.

—No creo que haya problema, pero... ¿para qué sería? Si no es mucha la intromisión. —Sonreí ante su perplejidad.

—Me he quedado sin pinceles, así que pensé, ya que no utilizan la mayor parte, podría ahorrar tan insignificante gasto al príncipe y hacerlos yo misma. —Le expliqué.

Él asintió, con una sonrisa formándose en sus labios, antes de decir la única cosa que podía flaquear mi sonrisa.

—Usted sería una grandiosa Reina.

Desvié la mirada hacia la oscuridad. Por un momento, fui incapaz de lograr que mis pulmones respondiesen. Un fuerte e insistente peso se ciñó a mi pecho, mientras que mi garganta era quemada por el ácido de mi estómago. La verdad era muy dolorosa; nunca sería lo suficientemente *buena* para tal papel. Aun si Ambón llegaba a quererme, Radwulf merecía y necesitaba una mejor Reina de lo que yo podía ser.

—Hum... claro —murmuré apenas—. ¿Podríamos...? ¿Ahora...? —Titubee, apartándome un poco.

—Por supuesto. —Contestó, aparentemente ajeno a mi dolorosa conmoción.

Diez minutos después, me despedía del señor Bartol desapareciendo por el pasadizo al fondo de los establos, a toda la velocidad de que eran capaces mis piernas. El corazón me replicaba en la cabeza, mientras me internaba en la oscuridad con una lámpara de aceite en una mano y un paño en que envolvía las muestras de crin en la otra.

Me deslice por los pasillos que conocía bien, hacia el recodo que me guiaba directamente al despacho del príncipe. Titubeando un poco antes de apagar la lámpara y colocar bajo mi brazo el pequeño paquete, gire la

estrella de la pared hacia la derecha, y espere a que la abertura se abriera por completo. Sentado tras su escritorio, escribiendo en una libreta con su entrecejo fruncido por la concentración, Ambón parecía no haberse percatado de mi presencia.

No pude evitar que mi corazón reaccionara a su imagen.

Cerré la puerta secreta presionando una réplica de la estrella tallada en la misma, y me acerque hasta él tratando de no emitir sonido alguno. Un esfuerzo inútil.

—Es tarde, Hazel. —Me medio reprendió.

—Si... —murmuré—. Me entretuve en las caballerizas.

Mi escueta explicación fue seguida por un cansado suspiro, que logró atraer su atención. Dejando la pluma suspendida sobre el papel, me examinó de aquella forma que siempre, sin importar lugar o situación, estremecía mi cuerpo y atascaba mi respiración.

—¿Riss y el potrillo están bien? —Inquirió.

—Si. —Conteste, ya con mayor firmeza—. Se encuentran en perfecto estado.

—Ya veo —murmuró.

La rigidez de sus músculos se aplacó un poco, y rascando su cabeza con la mano libre, dejó la pluma a un lado. Podía escuchar con claridad su cansada respiración, el agitar nervioso de su pie bajo el escritorio, y el leve gruñido de su estómago.

—¿Cenarás conmigo? —preguntó al fin.

Reprimiendo a duras penas una sonrisa, me crucé de brazos y replique;

—¿Es una orden?

Una sonrisa apareció en su rostro como por arte de magia, y con sus ojos brillando se puso de pie.

—No.

Aquella cena transcurrió como cualquier otra. Nuestra distendida plática navegaba entre temas como la preparación de los cadetes, hasta Clim y sus avances, e incluso los suministros alimenticios que no podían escasear, y que sin duda eran una prioridad. Pero, mientras charlábamos, mi mente no dejaba de vagar por la verdad. La verdadera razón de que mi vida transcurriese en torno al reino, la verdadera razón de que permaneciera a su lado, fielmente.

Lo amo.

Todo, todo de él. Sus gestos, sus valores, su fortaleza e incluso sus arrebatos que trataba de mantener a raya. En ese momento, cuando supe que en mi pecho vivía un intenso amor hacia él, su sonrisa, apenas empañada por la profunda tristeza en su mirada, logró encantar a mi corazón.

—¿Estas bien, Hazel? —preguntó, devolviéndome al *ahora*.

La repentina preocupación en su mirada, intensificó el piquete doloroso en mi pecho.

—Sí. Solo un poco cansada —mentí. Una mentira que al segundo de decirla me golpeo con culpa.

Pestañeando las lágrimas no derramadas, me centre en continuar la velada como siempre. Pero tiempo después, con mi camisón puesto y la bata esperando a los pies de mi lecho, *esperando* que emprendiera mi camino hacia el suyo, fui incapaz de dejar de darle vueltas a mis sentimientos.

Ambón era el príncipe heredero, un día no muy lejano sería coronado, y la afortunada que convertiría su esposa debía ser un ejemplo de virtudes. Una mujer intachable, capaz de cumplir con los deberes reales sin titubear. Una mujer, que no solo le quisiera, sino que fuera hábil en todo, que no se avergonzará a sí misma cada cinco minutos, y que pese a las presiones no estallara en verborreas inadecuadas. Una mujer que, en pocas palabras, no era yo.

Incapaz de abandonar esos pensamientos deprimentes, cerré las puertas de mi alcoba con llave y permanecí tendida entre las frías mantas hasta que el sueño me venció. Por primera vez, mi pesadilla se convirtió en una realidad tangible.

Ambón jamás será mío.

Cuando Mara y Lorret ingresaron a mi alcoba, anunciando que ya era de día, no pude soportarlo más y lloré como una niña por largos minutos.

—Ya, milady. ¿Qué ocurre? —Me preguntaba Mara con ternura, envolviéndome con sus brazos.

—¿Le duele algo? ¿Llamó a Lady Noemia? ¿Está en esos días?...

—Continuaba preguntando Lorret, con evidente pánico.

—Yo... yo... est-estoy bien... —balbucee a penas.

—Oh, no venga con mentiras —gruñó Mara—. Llama a Lady Noemia, Lorret.

—¡No! —Salté, y me aparté de su firme agarre con brusquedad—. ¡No la llamen!

Aunque tarde unos minutos en convencerlas de que solo era un poco de melancolía y que no le contaran a Noemia, ni a nadie, ellas convinieron en dejarlo pasar mientras no se repitiera. Me ayudaron a vestir, y cuando me dirigía hacia el comedor para compartir el desayuno con el príncipe, fui incapaz de dar un paso más allá del metro que me separaba de las puertas.

—Yo...

—¿Lady Hazel? —murmuraron ambas, tras de mí.

—Re-recordé que Lady Maica me pidió... sí, me pidió le acompañara a desayunar. —Volví a mentir, una costumbre que comenzaba a detestar.

—Oh, claro —murmuró Lorret.

—Por supuesto, Lady Hazel —concordó Mara.

Dando media vuelta, sin atreverme a mirar sus rostros, me encamine hacia el área asignada a los nobles.

Lady Maica de Real, una mujer de cincuenta y tantos años, oscuro cabello entrecano y una singular fascinación por *la hora del té*. Razón que rumorea la gente, le ha conferido una aparente juventud envidiable. Su esposo, Lord Meir, solía ser el escribano de Palacio, hasta que Ambón lo reasignó como documentador oficial de la resistencia. Su arduo y agotador trabajo lo mantenía apartado de su esposa la mayor parte del día, por lo cual Lady Maica siempre buscaba la compañía de los jóvenes. Logrando de esa forma mantenerse al tanto de todo cuanto sucedía.

Desayunar con ella, por consiguiente, era algo que hacía por lo menos una vez a la semana, para mantenerme al tanto de lo que la población en general pensaba y hablaba.

Luego, tras pasear por los pasillos y habitaciones que los ciudadanos solían utilizar a diario, incluyendo el gran comedor, fui hasta el pabellón de entrenamiento físico y me senté junto al espacio en que Lesson y Clim blandían sus espadas de madera contra el otro. Ambos, se llevaban de las mil maravillas fuera de aquel pabellón, pero dentro, ante el fulgor de la ardua preparación y la sed de venganza que aún cargaban los jóvenes, se convertían en dos rivales temibles.

Para mala fortuna de Clim, Lesson siempre ha sido mejor espadachín que él. El fuerte replicar de un último golpe, y la espada de Clim caía de sus manos. La sonrisa satisfecha de Lesson brillaba con malicia, pero Clim le fulminó con su mirada más molesta antes de suspirar e inhalar profundamente, en un claro proceso de "calmarse".

—Bien hecho —Les dijo Frün, cojeando hacia ellos con un bastón—. Nada mal Lesson, pero tuviste otras oportunidades de desarmarlo. No vuelvas a jugar. Y Clim —dirigió su oscura mirada al pelirrojo—, pudiste haberlo conseguido, pero te distrajiste.

Dicho lo último, el hombre volteó hacia mí alzando una ceja. Mis mejillas ardieron y comprendí en seguida a qué se refería con "distracción".

—Descansen por ahora —agregó Frün, antes de girar y acercarse a mí—. Le agradecería que no distrajera a mis cadetes, milady.

Una sonrisa divertida surco sus finos labios.

—Lo siento —espete reticente, en lo que más bien parecía una pregunta.

Asintiendo, Frün se dirigió a otra pareja de cadetes, mientras Clim se acercaba a mí y Lesson era atendido por una joven Doncella. Dejándose caer a mi lado, recibió el paño que le tendí y el vaso con zumo que una Doncella le ofreció. Una vez solos, tome aire antes de dejar salir lo que me había llevado hasta él.

—Estoy enamorada de Ambón.

Sin apartar su mirada de mí, bebió todo el zumo y comenzó a secar su sudor. No pude dilucidar lo que mi confesión había provocado en él, ya que había comenzado a dominar sus reacciones, logrando ocultar a simple vista sus emociones.

—¿Se lo dijiste? —preguntó al fin. Negué suavemente, incapaz de decir nada más—. ¿Quieres saber lo que pienso? —Asentí efusivamente,

tragando la amargura seca—. Deberías decírselo.

—Pero yo no... —gimotee. Él me detuvo alzando una mano.

—Sé que no crees ser la indicada, Hazel. Pero, más allá de lo que crees, debes dejar que él lo sepa. —Abrí y cerré la boca, tratando de hilar una excusa convincente—. Es mejor habérselo dicho, te rechace o corresponda, a callar y preguntarte el resto de tu vida *¿y sí...?*

Durante un silencioso momento asimile sus palabras. Clim no jugaba, ni se iba con segundas, era o no era y todo cuanto me recomendaba terminaba siendo efectivo.

—¿Desde cuándo eres tan sabio? —murmuré con voz ronca, y las lágrimas empañando mi visión.

—No soy sabio —Negó—. Sólo es algo que mi madre habría dicho.

Capítulo 6

¿Decirlo o no decirlo?

En cuanto pude, deje las catacumbas y me interne por los pasillos escondidos de Palacio, evitando que la gente me viera. Ya en mi estudio, traté de centrarme en comenzar a hacer los pinceles. El crin de diversos grosores permanecía en un cazo con agua tibia, mientras preparaba las varillas en que los añadiría. Pero eso ni por asomo me distrajo.

Decidí entonces... comenzar un nuevo cuadro.

Frente al lienzo en blanco, cerré los ojos y analice mis sentimientos. Tenía miedo, eso no era algo de lo que dudar, no obstante, en mi pecho abundaba una calidez dolorosa. Una calidez que gritaba las palabras.

Cogiendo mi último pincel intacto, vertí algunas gotas de diversas pinturas sobre una paleta limpia, y comencé a trazar con oscuros tonos un fondo un tanto deprimente. Piedra pulida, escasa luz sin un lugar fijo del cual provenir, y un suelo pedregoso cubierto con una oscura sustancia rojiza. El espacio blanco en medio me parecía demasiado grande, pero no me atreví a cubrirlo.

Tras una pausa, deje mis herramientas y me sujete el cabello nuevamente, solo que en un desastroso rodete sobre mi cabeza, sujeto por dos pinceles ya inservibles. Comí una de las manzanas que guardaba en una caja, para recobrar energías, y volví a centrarme en el lienzo.

Perdiendo la noción del tiempo, otra vez, me dispuse a volver abajo cuando la poca luz del Sol fue bloqueada por nubes más gruesas. Baje a la primera planta dirigiéndome hacia la entrada de las catacumbas más cercana, cuando un rugido mitad chillido atravesó la quietud, deteniendo mis pasos. Tratando de dilucidar su procedencia, vi hacia la penumbra con mi corazón retumbando asustado... hasta que volví a escucharlo. Temblando por lo cerca que parecía estar, obligue a mis piernas a despertar. Avance tropezando y chocando contra las paredes, hasta que divise las antorchas encendidas a cada lado de la entrada, y entonces corrí esos últimos metros hacia la seguridad de los brazos del Guardia.

—Ha-hay algo. —Señalé a mi espalda, sin atreverme a voltear.

—Tranquila, milady —dijo el hombre, estrechándome con fuerza mientras daba unos pasos hacia el interior, comenzando a bajar la escalera en espiral sin soltarme.

No respire tranquila hasta que estuve frente al primer puñado de bien

iluminados túneles.

—Vuelva a sus aposentos, debo asegurarme de que nadie quedó en Palacio. —Se despidió, dándome un apretón sobre un hombro antes de dejarme de pie bajo la luz.

Reticente, voltee un poco y le vi subir las escaleras con prisa. Un poco de admiración por su valor me embargó, y luego inhale profundamente, obligándome a continuar mi camino por los pasillos húmedos.

Lentamente, evitando caer, me dirigí hacia la entrada secreta del despacho de Ambón, pidiéndole a los Dioses no hallarlo ahí. Fui escuchada. No había rastro de él, ni Noemia, solo una vela encendida en el candelabro del rincón. Me escabullí a mi alcoba y cerré la puerta, para luego deslizarme hacia el suelo recargada en esta, y abrazar mis rodillas contra mi pecho. Permanecí ahí, en la misma posición, ahogando sollozos cargados de pánico, por lo que me parecieron horas y horas. Hasta que unos familiares golpes resonaron tras de mí, y la preocupada voz de Mara llamándome me recordó la gravedad de la situación.

¿Un Monstruo del Abismo dentro de Palacio?

Enjuagando mi rostro en la jofaina, trate de borrar todo rastro de las lágrimas antes de que utilizara su llave y me viera tan desastrosa como me sentía. Más no funcionó. Mara ingreso a mi alcoba y me observo en silencio un minuto. Luego, me pidió que me recostara sobre la cama boca arriba, y comenzó a aplicar compresas frías sobre mis hinchados párpados.

Nunca preguntó, tan solo me cuido.

Cuando la hinchazón bajo, me informo que el príncipe y Noemia me esperaban en la sala, por lo que acudí hacia el lugar con ella tras mis pasos. No me sorprendió encontrarles con los entrecejos fruncidos, ni titubee al sentarme junto a Ambón. Aunque, sí me sentí un tanto excluída de su plática.

—No hay de otra —decía él.

—La gente no estará feliz, era el único tiempo en que podían disfrutar un aire más puro —acotó ella, envolviendo entre sus manos la taza que luego se llevó a los labios.

—Sin embargo, su seguridad es prioridad. No podemos arriesgarnos.

—Suspiró él, finalmente dirigiendo su atención a mi.

Me paralice por un momento, al vislumbrar en sus ojos una extraña mezcla de enfado y preocupación. La última algo común en él, pero la

primera jamás había sido dirigida a mi.

—¿Te encuentras bien, Hazel? —Me pregunto Noemia.

Desvié la mirada a su persona, frente a ambos, aliviada en parte de no tener que continuar una silenciosa regañina de causa desconocida, y me atreví a mentir.

—Sí. ¿De qué hablaban? —Inquirí, inclinándome hacia la mesita para coger mi habitual taza.

—Bueno, veras... —titubeo ella.

—He prohibido que los civiles abandonen las catacumbas —explicó Ambón, fríamente.

—Oh —murmuré apenas, girando hacia él.

—Incluyéndote, Hazel —gruñó, tensando su cuerpo.

—Pero siempre soy cuidadosa... —Intente refutar.

—No importa. No vas a arriesgar tu vida, y me importa poco lo que hacías en ese estudio. No saldrás, es mi última palabra.

Su tono imperioso hizo hervir mi sangre. *Nadie*, ni siquiera mi padre logró que dejara de pintar más de un par de semanas, ¿y él pretendía que lo dejará por miedo a los Monstruos?

—¡Nunca me he apartado...!

—¡Nada de excusas, Hazel! —Se puso de pie, alzándose sobre mi. En algún momento yo también había abandonado el sofá—. ¡Sé que estuviste afuera cuando el Monstruo apareció! ¡Pudiste haberte topado con él! ¡Pudiste haber muerto!

—¡Estaba volviendo! ¡No tenía forma de saberlo! —Medio chillé, comenzando a sentir un fuerte escozor en la garganta.

—¡Cada día es más peligroso, y lo sabes! ¡No me vengas con tontas excusas! —Continuo gritándome—. ¡No saldrás y punto!

El dolor que atezaba mi pecho y el renovado escozor en mis ojos, eran pruebas claras de lo cerca que estaba de romperme. No podía creer que me hablase de esa forma, no podía creer que me estuviese *ordenando* algo.

—¿Es una orden? —Pregunte con dureza, y un borde angustiado que no pude evitar.

—Si.

Su mirada titubeo un poco, pero ya estaba hecho. Acababa de confirmar la única cosa que me dijo que no haría: ordenarme hacer algo que no quería. Después de su primera "petición" al poco tiempo de haber llegado, él me había prometido que no lo haría. Jamás habrían "órdenes" que me lastimaran obedecer.

—Hazel... —murmuró Noemia.

Dí media vuelta y me fui cerrando la puerta tras de mí con fuerza. Sin titubear, pase a Mara ignorando sus llamados, y salí por la puerta que conectaba a la cocina. Las amables cocineras me saludaron, y permitieron que saliera por la puerta que les traía los suministros. De ahí me dirigí a uno de los rincones solitarios, hacia la única puerta que siempre parecía estar abierta para mí.

—¿Hazel? —murmuró Clim.

Me abalance a sus brazos, dificultando su trabajo de cerrar la puerta tras de mí. El que no fuera necesario llamar, abriendo esta antes de siquiera pararme en frente de su puerta, fue el gesto que terminó por destrozar mi poca fortaleza. Comencé a llorar a viva lágrima, siendo cobijada por sus fuertes brazos. A pesar de que él era dos años menor, se veía y actuaba mucho mayor. Su única pregunta en medio de mis chillidos fue "¿Se lo dijiste?", a lo cual negué y lloré con aún más brío. Ahí, sentados sobre la gruesa alfombra de su pequeña sala, permití que el dolor de la primera pelea con Ambón me consumiera.

Cuando volví a abrir los ojos, luego de desvanecerme por el agotamiento, me hallaba recostada en el sofá de Clim, con un puñado de almohadas aplacando la incomodidad y una manta cubriendo mi cuerpo. Él se encontraba sentado en su escritorio, al fondo, con un grueso libro en sus manos.

—Lo siento —murmuré, mientras me sentaba con dificultad.

El silencio de su estancia permitió que mis palabras se oyeran con fuerza,

atrayendo su atención.

—¿Por qué te disculpas? —inquirió. Su mirada impasible.

—Yo... —musite apenas—. No-no debí...

—¿Se lo dijiste? —preguntó cortante.

El borde molesto en su voz, no parecía proceder de la razón que hasta entonces creí.

—No —murmuré—. No, no lo hice.

Él asintió, devolviendo su atención al libro en sus manos.

—Entonces... ¿fue por la orden?

La dureza en sus palabras y la tensión en su cuerpo, fueron una vista demasiado habitual como para preocuparme.

Asentí, ganando un gruñido bajo antes de que él preguntase:

—¿Obedecerás?

—No. S-si. No sé.

Sacudí la cabeza, dirigiendo mi mirada a mis manos, ya cerradas en firmes puños. Segundos después, Clim se puso de rodillas frente a mí y envolvió mis manos con las suyas. Su calor traspasándose a mi piel con rapidez.

—No importa que decidas, Hazel. Sólo recuerda ser cuidadosa, ¿sí?

—Apartando una de sus manos, hurgó en su abrigo hasta extraer uno de los dos puñales que hace unas semanas había comenzado a portar—. Toma.

Dejó su mango entre mis manos, laxas por la sorpresa, y presiono mis dedos contra su fría consistencia. Alzando la mirada hacia la suya, me vi en el brillante fulgor de la suya, incapaz de distinguir la naturaleza de sus pensamientos.

—No espero que llegues a necesitarla, pero me sentiré más tranquilo si la llevas contigo. —Presionó mis manos una vez más, y las dejó ir apartándose un poco—. Ojala pudiera vigilar que no hagas locuras.

El amago de sonrisa en sus labios me disgustó, y aunque bien sabía que

era un cambio de humor calculado, me aferre a su *sutil* piquete.

—¿Qué estás insinuando? Tu eres el único que necesita vigilancia. —Me aparte bruscamente, recargando mi espalda en el respaldo del sofá.

El peso de aquella arma en mis manos, pasó de sentirse incómoda a ser una conexión más con Clim. Si hubiera podido escoger, le habría escogido a él. Lo habría amado a él.

Lamentablemente, no existe forma de mandar sobre el corazón.

Fastidiando adrede cada pocos minutos, Clim me invitó a cenar con él, y pasé aquella noche en sus habitaciones. Yo en su lecho, y él en el sofá.

Tras despertar, observe a la luz de un candelabro el gran tapiz de un inmenso sol, símbolo del Dios Déiw, que cubría una de las paredes, mientras tomaba una decisión. Le diría a Ambón mis sentimientos, pero primero buscaría un buen lugar donde pintar un último cuadro antes de rendirme a su ordenanza. Sabía de un lugar propicio para tal menester, pero tendría que realizar un viaje a mi estudio antes, sin que los guardias ni el príncipe se enteraran.

El peso del puñal que Clim me dio, me daba una cierta tranquilidad que *necesitaría*.

Capítulo 7

Ambón.

Me sentía herido, tenía que admitirlo. Aquella noche, la falta de Hazel a mi lado fue un duro golpe, al que no supe *cómo* reaccionar.

¿Qué debía hacer? Ella ni siquiera había desayunado conmigo la mañana siguiente. Pero todo en lo que podía pensar, apartándome de mis deberes pese al esfuerzo que hacía en concentrarme, era en *ella*.

Ella y su sonrisa.

Ella y su sinceridad.

Ella y la calidez que me brindaba sin reparos.

Había esperado durante horas a verla aparecer, casi sin apartar mi atención de las puertas. Cuando la preocupación se había presentado, y fui hasta su alcoba con el alma en un hilo, no recibí respuesta alguna a mis suaves golpes. Entonces insistí con un poco más de energía, y trate de abrir. Mi sorpresa fue mayúscula al descubrir que Hazel había cerrado con llave.

De vuelta en mi alcoba antes de que alguien me viera, no deje de darle vueltas a la última vez que le había visto: durante la cena. Su apagada mirada y escasa atención, lo había ligado con cansancio. Aparentemente erré.

Y ahí me hallaba, paseando por el escaso espacio de mi estudio, incapaz de desviar mis pensamientos hacia algo provechoso. Las mil preguntas nacidas durante la noche, y que había esperado en vano expresar durante el desayuno, martillaban en mi cabeza con molesta insistencia.

¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué...?

Noemia ingresó por la puerta escondida, deteniendo mi nervioso andar. La sutil sonrisa en sus labios murió, siendo reemplazada por un ceño fruncido.

—¿Qué te ocurre? —inquirió.

—¿Dónde está Hazel? —pregunté, ignorando su respingo por mi

brusquedad.

—Quién sabe —murmuró, estrechando su mirada—. No programamos clases para hoy, así que no sé. Puede estar con algún Noble, paseando por ahí, hablando con la gente... —Voltee, molesto por su imprecisa respuesta— o en su estudio.

Girando con brusquedad ante lo último, casi perdí el equilibrio antes de alcanzarla.

—¿Qué *estudio*? —Le pregunté bruscamente, sujetándola de los hombros.

Con una mueca cargada de disgusto se apartó, cruzando sus brazos sobre el pecho.

—No me toques —gruñó lentamente, antes de tomar aire y responder con igual hostilidad—. Su estudio de arte, Ambón. La conoces hace más de seis años, ¿y no sabías que ella ama pintar? ¿De qué se supone que han hablado?

Sacudí la cabeza, no queriendo escuchar su sermón.

—¿Dónde se supone que está ese *estudio*? —Gire hacia mi escritorio, para coger el abrigo colgado en el raspando de la silla.

—En el ala este de Palacio, quinto nivel. ¿Dónde se supone que vas? —Su último gruñido me persiguió hasta el pasillo.

Dejándola atrás, junto a sus regaños y quejas, me aventure a pasar por la cocina. Las sonrientes y gentiles mujeres ahí, me tendieron unas galletas y frutas antes de permitirme salir, alegando que debía comer más pues me hallaba *muy delgado*.

Una vez lejos del alcance de miradas curiosas, me interne por los pasillos, subiendo hasta uno de los portillos que daba hacia Palacio. El Guardia apostado ahí me saludo con torpes ademanes, evidentemente nervioso por mi presencia. Dejándolo atrás, con una disimulada orden de que no comentará mi presencia a nadie, seguí el camino más corto hacia el ala poniente. Desviándome sólo cuando divisaba algún soldado o civil que podría haberme detenido.

Una vez en aquella ala, ascendí hasta el quinto nivel sin molestarme en evitar las miradas. Ya arriba, trate de adivinar en qué habitación podría hallarla, cuando me tope con dos mujeres. Una señora que enseguida reconocí como Lady Maica, y una de sus Doncellas.

—Oh, majestad, buen día. ¿Qué le trae por aquí? —Me saludo lo mujer,

con su sonrisa apenas enmarcada por las arrugas.

—Buen día, Lady Maica, señorita. Busco a Lady Hazel. —Explique sin rodeos.

Los ojos de la mujer brillaron, antes de saltar en una diatriba sobre “el hermoso trabajo de Lady Hazel”, y “su fabuloso talento que, admite, envidia”, hasta que finalmente me señaló que en última la puerta, del pasillo interior que acababa de abandonar, se encontraba ensimismada en su *trabajo*.

Despidiéndome con la mayor cortesía posible, me apresure en la dirección indicada. Las puertas abiertas y desgastadas, me permitieron vislumbrar la infinidad de diversos paisajes, retratos y bocetos indeterminados que cubrían las paredes, o reposaban sobre algún destartado mobiliario. Sin embargo, mis ojos se posaron casi de inmediato en la figura medio iluminada, cerca de una sustanciosa abertura de la pared oeste. Moviéndose frente a un lienzo, con una firme mano plasmando trazo tras trazo una imagen que, desde mi lugar, no lograba vislumbrar. Hazel resplandecía. Iba ataviada con uno de sus sencillos vestidos dorados y un pequeño delantal manchado, su cabello recogido sobre la cabeza, y su entrecejo fruncido en concentración. Todo conjugando una inexplicable escena de ensueño.

Le observe por largos minutos, hasta que logre conectar con mi cuerpo otra vez y di un paso atrás, comenzando a alejarme de aquella habitación.

Tratando de convencerme a mí mismo de que existía, al menos, *una* buena razón para que ella no me contara sobre aquel lugar, o su evidente habilidad y amor por los lienzos y pinturas. Volví a las catacumbas inmerso en mis pensamientos. Cuando me percate, ya me hallaba de vuelta en mi estudio.

Las horas siguientes fueron un suplicio. No deje de pensar en esos seis años junto a Hazel, nuestras largas pláticas... y lo bien que creí conocerla. ¡No pude estar más equivocado! En mis recuerdos, pese a que me esforcé en rememorar algún detalle, ella no dio señales evidentes de su afición, que todos parecían conocer desde hace tiempo, ni mencionó su estudio.

¡Por todos los Dioses, soy el “príncipe”! ¡¿Cómo no fui informado de ello?!

Una potente sensación de decepción me embargó, pensando que ella había ocultado a mi esa información a propósito. Mi ánimo definitivamente se mantuvo en el suelo.

Noemia estaba en mi estudio, dándome un informe sobre la mantención y crecimiento de los cultivos, que ella supervisaba, y que crecían gracias a diversos objetos y conjuros mágicos. Cuando Garb ingresó por la puerta oculta.

—Majestad, milady. —Saludó agitado, con una leve inclinación—. Acaban de informarme... —Inhaló, centrando su mirada en mí—. Un Monstruo del Abismo ingresó a Palacio.

Me puse en pie de golpe, casi derribando la silla, mientras un pensamiento inmediato me ahogaba: Hazel.

—¿Los civiles? —inquirió Noemia.

—En eso se encuentran los soldados, aunque tengo entendido que todos volvieron dentro una vez comenzó a decaer la luz —explicó Garb.

Solté una maldición, regañándome mentalmente segundos después y ante la sorpresa grabada en sus rostros.

—Me parece que necesitaremos tomar medidas —dijo Noemia. La voz de la razón.

—Sí. Garb, pide a las Doncellas y soldados que hagan un recuento de los conocidos y familiares. De esa forma será más rápido que revisar los registros —dije. El rubio asintió y salió por donde vino.

—Ven, Ambón. Tomemos una taza de té. —Medio me ordenó Noemia, tras un breve silencio.

Sin poder hacer nada más, seguí a mi Guardiana hacia la sala, esperando que la preocupación y el enfado se atenuarían. Mala fue mi fortuna, ya que mi cabeza comenzó a palpar dolorosamente. Noemia me sirvió una infusión especial mientras esperábamos el pronto informe. La mezcla de sentimientos manteniéndome en vilo, entretanto ella intentaba una plática insustancial, hizo que la espera se extendiese por lo que pareció una eternidad.

Cuando el Comandante Row se presentó, al fin, yo paseaba por la sala tratando de inhalar a un ritmo acompasado el húmedo y templado aire. La tensión y el dolor de cabeza aumentando mi mal humor, tanto, que fui incapaz de prestarme a las manos de Noemia para hallar alivio.

—Majestad. —Saludó Row, inclinándose con una palma sobre el corazón.

—Informe, Comandante. —Espeté con brusquedad.

—El Monstruo del Abismo se ha trasladado al quinto nivel, señor —Comenzó, sin inmutarse—. Todos los civiles han ingresado a la seguridad de los túneles, siendo Lady Hazel la última que aún permanecía en Palacio, y los Guardias apostados en las entradas permanecen atentos a los movimientos de la criatura. La presencia de los Monstruos fuera de Palacio ha aumentado, pero ninguno se halla en las inmediaciones.

Con una inclinación, el hombre dio por terminado su informe.

El pesado ardor en mi pecho tras la mención de Hazel, me impedía hacer otra cosa que luchar por respirar y borrar las manchas que nublaban mi visión.

—Gracias, Comandante Row —dijo Noemia, logrando que me percatase de la cruda tensión por la que apretaba mis puños, y entrecerraba los ojos hacia la nada.

—Ningún civil puede abandonar las catacumbas —gruñí por lo bajo, sintiendo la fuerza de la medida como algo más que un soporte—. Asegúrese de informar a todos, Comandante. Ningún civil tiene permitido abandonar la seguridad de las catacumbas. La infracción de esta orden tendrá como castigo la reclusión inmediata, equivalente al nivel de la misma.

El Comandante aceptó la medida sin cuestionar, y se retiró dejándome ante la penetrante mirada de Noemia. Volví a sentarme frente a ella, tomándome un silencioso minuto antes de ladrar;

—¿Qué?

—Te oíste como un Rey —murmuró, inclinándose para servirse a sí misma un poco de su infusión—. Un Rey *muy* molesto. —Agregó, enderezando su espalda. Su mirada inescrutable.

La razón de fondo solo se centraba en una persona, y ella lo sabía. La misma persona que segundos después, mientras nos observábamos en silencio, ingreso a la sala y se sentó a mi lado.

—No hay de otra —dije al fin, logrando con gran esfuerzo no mirarla fijamente.

—La gente no estará feliz, era el único tiempo en que podían disfrutar un aire más puro —apostilló Noemia, cogiendo entre ambas manos la taza

que luego se llevó a los labios.

—Sin embargo, su seguridad es prioridad. No podemos arriesgarnos.

—Suspiré, rindiéndome al impulso de comprobar con mis ojos que se hallaba en perfecto estado.

Su inmediata tensión al cruzar miradas, se reflejó en su manía nerviosa de jugar con sus manos.

—¿Te encuentras bien, Hazel? —Le pregunto Noemia, atrayendo su atención.

—Sí —murmuró—. ¿De qué hablabais?

Inclinándose hacia la mesita, acercó la tercera taza sirviéndose un poco de infusión, para luego cogerla y acercarla a su rostro.

—Bueno, veras... —Comenzó Noemia, con obvia indecisión.

—He prohibido que los civiles abandonen las catacumbas. —Acote bruscamente.

—Oh —murmuró ella, volviendo a centrar su mirada en mi.

—Incluyéndote, Hazel. —Medio gruñí, luchando contra el enfado que el miedo y preocupación dejaban atrás.

—Pero siempre soy cuidadosa...

—No importa. No vas a arriesgar tu vida, y me importa poco lo que hacías en ese estudio. No saldrás y es mi última palabra. —Ladré, ya incapaz de contenerme.

Mis pensamientos y emociones se hallaban demasiado cerca de la superficie. Sus mejillas se encendieron al mismo tiempo que el enfado de su mirada, y se puso de pie, a cada segundo más tensa.

—¡Nunca me he apartado...!

—¡Nada de excusas, Hazel! —Le imite, saltando fuera del sofá—. ¡Sé que estuviste afuera cuando el Monstruo apareció! ¡Pudiste haberte topado con él! ¡Pudiste haber muerto!

—¡Estaba volviendo! ¡No tenía forma de saberlo! —Argumentó. Su voz comenzando a quebrarse.

—¡Cada día es más peligroso y lo sabes! ¡No me vengas con tontas excusas! —Insistí, negándome a dejar que sus bonitos ojos grises me

doblegaran—. ¡No saldrás, y punto!

Sus ojos brillaron, empañados por las lágrimas que se negó a dejar caer. Una vocecilla me gritaba que cometía un terrible error, pero me negué a dejar que *ella* y sus lágrimas me llevaran a permitirle arriesgar su vida.

—¿Es una orden? —preguntó. Su voz un murmullo angustiado, mal camuflado con aspereza.

—Sí. —Aseveré, arrepintiéndome en el mismo segundo en que su mirada se empañó son dolor, y el recuerdo de mi promesa me golpeo.

Pero ya estaba hecho, acababa de confirmarle la única cosa que le prometí jamás hacer: ordenar algo que le lastimase. Después de su amargo llanto tras pedirle a los jóvenes que se volvieran guerreros, el deseo de impedir que ella volviera a sufrir de esa manera me había llevado a la firme decisión de no hacer de ella *un súbdito más*. Tanta había sido la costumbre después de ello, que no asimile cuán importante era para ella que mantuviera mi palabra.

—Hazel... —murmuró Noemia.

Las lágrimas se asomaron por el borde de sus ojos, justo antes de que diera media vuelta y se fuera, cerrando la puerta con fuerza. La reverberación de su partida, dejó un pitido en mis oídos que no fui capaz de apartar.

Sabía que Noemia me hablaba, pero no fui consciente de nada más que el agudo replicar hasta que mi vista se nubló y vi la alfombra demasiado cerca.

—¡Por todos los Dioses, Ambón! ¡Respira!

Noemia me sostuvo, hasta que mi espalda dio contra el respaldo del sofá, y luego me vi inclinado hacia delante mientras ella tocaba mi frente con ambas manos, instando a mis pulmones a funcionar.

Cuando pude parpadear sin mareos, y mi palpitante cabeza parecía estar entre las nubes, o tal vez sobre las piernas de Noemia, logre articular un pensamiento.

—¿Qué hice?

Para luego caer en un pacífico sueño, guiado por las cálidas manos de mi Guardiana.

Capítulo 8

El puñado de siguientes días, evite con cierta dificultad a Noemia y exitosamente al príncipe. A pesar de la prohibición, tenía un enorme punto a mi favor: la cantidad de entradas son superiores a la cantidad de soldados. Así que, con mis conocimientos sobre las catacumbas, logre hallar un lugar propicio para mi “pequeño proyecto”.

Tras algunas vueltas por aquí y allá, antes de subir hacia el acceso que daba al interior de una de las mansiones circundantes a Palacio, logré mantener a raya cualquier mirada curiosa. La única pequeña dificultad había sido trasladar el lienzo y las pinturas que necesitaba desde el quinto nivel, ya custodiado por soldados. Lo cual me llevó a agradecer la insistencia de Noemia en enseñarme los pasadizos secretos de todo Palacio.

Algo *muy* complicado.

Pero al fin tenía un lugar, más o menos seguro, donde dedicar algunas horas al último trabajo que haría. Aunque me doliera.

Entonces, me hallaba terminando aquella imagen cuando escuche un estremecedor crujido desde el tejado. Sin permitirme titubear, cubrí la obra con una manta y la oculte tras el sofá de aquella habitación, tratando de ser lo más silenciosa posible. Luego baje las polvorientas y maltratadas escaleras, sorteando los escalones que crujían más de lo que era bueno, y fui directamente a la entrada a las catacumbas. Solo deteniéndome a encender la lámpara, antes de continuar por la oscuridad hacia el gran comedor.

Una vez sentada junto a Clim, Lesson y Garb, comí escuchando su escueta platica, respondiendo a algunas esporádicas preguntas sobre mi opinión de uno u otro tema. Mientras mi acelerado corazón se calmaba.

Cuando Clim y yo comíamos nuestras porciones de fruta, Lesson y Garb se marcharon, con la idea de una “revancha” en espadas *cuanto antes mejor*. Por lo que quedamos a solas.

—¿Cuándo terminarás? —inquirió, dejando su pocillo a un lado.

Evidentemente se refería al cuadro, por lo que fingí meditar un poco en ello. Mi lentitud, una molestia para él reflejada en sus facciones.

—Mañana —dije al fin, riéndome a costa de sus gruñidos.

—No olvides llevarla contigo. —Medio gruñó, poniéndose de pie.

Sabía que se refería al puñal, pero preferí ignorar su comentario y desviar la conversación. No es que lo fuese a olvidar, pero prefería evitar a toda costa tener que utilizarla.

—¿Te gustaría acompañarme? Se que le gustas a Lady Maica, y tu presencia me ayudaría a evitar sus preguntas sobre el príncipe. —Le mire con súplica, esperando que cediera aunque fuera por esa vez.

Tras desviar la mira con una mueca, él me explico:

—Lo siento, quede en entrenar mi puntería con Noemia.

Sintiendo algo de decepción, acepte su excusa como verdadera, puesto que nunca me había mentido ni decepcionado.

—Bien. —Asentí, levantándome a regañadientes—. Tendré que ingeniármelas. Tal vez pueda inventar una excusa, e irme antes de que comience con eso.

—Eso. No te desanimes. —Agito mi cabeza con una mano, enredando mi cabello.

—¡Hey! —Me queje, dándole un manotazo antes de intentar arreglar el enredo.

Él cogió nuestras bandejas y las llevó hasta la mesa de la vajilla sucia, con una sonrisa tirando de sus labios.

Una extraña sensación me persiguió hasta mi encuentro con Lady Maica, y no me dejo, incluso cuando me escurrí hacia mi alcoba, encerrándome a estudiar antes de que el príncipe o Noemia me vieran. A la mañana siguiente, la sensación parecía haber crecido. Ya fuera por la pesadilla habitual, o la soledad que me embargó al ver los oscuros rincones de mi alcoba. Pero presionaba mi pecho, instándome a buscar la seguridad que el príncipe alguna vez me brindó.

Con una triste sonrisa, ante mi renuencia infantil a siquiera pensar su nombre, espere hasta la llegada de Mara y Lorret, quienes me ayudaron a tomar un baño, vestir, y finalmente me acompañaron por el pasillo en dirección a la cocina. Pasando fuera de la sala, sentí la tentación de comprobar si Noemia o el príncipe se hallaban ahí. Reduje el paso, y escuche unos murmullos que finalmente me detuvieron. Mara y Lorret me imitaron, dándome una mirada cargada con curiosidad. Trate de esbozar una sonrisa, sintiendo que el impulso de verles ganaba mi batalla interna,

aunque luego tuviese que inventar una excusa si era descubierta.

Suspirando, retrocedí un poco y gire lentamente el pomo, para luego empujar la puerta poco a poco. Mis Doncellas tuvieron el tacto de no hacer ruido.

—... digas eso —decía Noemia.

—Sabes que es verdad —decía el principie, de pie frente a ella, dándome la espalda—. Hazel no será mi esposa, no será la Reina de Radwulf. Así que deja esa idea...

Su espalda se tensó. Vi el rostro de Noemia, observándome con sorpresa y... *lástima*. Y entonces él volteo. Su mirada reflejando la de ella, pero con un borde cargado de tristeza.

No se que revelaba mi rostro, pero él dio un paso hacia mi. Inmediatamente retrocedí ese paso, y luego otro, y aparte los ojos de aquella escena, tratando de evitar caer en el profundo abismo que se abrió en mi pecho.

—¡Hazel!

Ignoré su llamado, apresurando mi paso delante de Mara y Lorret. Correspondí a los saludos de las cocineras y Doncellas con un asentimiento, y me dirigí directamente a la mesa en que divide a Clim, y la silla libre a su lado.

—Pueden retirarse, chicas. Estaré con Clim. —Les dije, incapaz de voltear para verles a la cara.

Mis Doncellas, aún renuentes a mi distanciamiento de la realidad, se marcharon.

Una vez termine un apresurado desayuno, entre la plática insustancial de los cadetes y las miradas preocupadas de Lesson, Garb y Clim, me despedí y fui con decisión a dar los mismos giros de los últimos días, hasta llegar a la escalera que me llevaría directamente al sótano de aquella mansión.

Minutos después, mientras daba los últimos toques a *mi obra*, me preguntaba si aún valía la pena confesarle mis sentimientos. La verdad era que la pequeña esperanza en ser correspondida, se había esfumado tras sus palabras, pero, incluso si nuestra relación jamás volvía a ser igual, sabía que el primer paso para liberarme de estos sentimientos era decirlos. Mi honestidad. Guardarlos ya no tenía sentido, sólo incrementaría

mi infelicidad a largo plazo.

Así que di una última suave pincelada, y al fin me sentí conforme con la que sería mi *última creación*. Hasta que Radwulf volviera a la "normalidad", al menos.

Casi podía palpar la vida en los colores.

Retrocedí, contemplando a Real en todo el esplendor de mis recuerdos infantiles, y mordí la manzana que había traído en el bolsillo de mis faldas. La molesta opresión dificultando que tragara cada bocado.

Guarde los pocos materiales en el pequeño morral de lana, que luego cruce sobre mi pecho dejando el bulto a un lado. Y me dispuse a cubrir con una sábana el cuadro. Poco a poco, con tiras de cuerda trenzada, me asegure de que su extensión, apenas una mano más ancha y alta que la distancia entre mi mano y el codo, quedará protegida de todo daño antes de ser entregada.

Entonces, dando un último tirón a la cuerda, sentí un agudo ronroneo... demasiado cerca. Tragando el repentino nudo de pánico en mi garganta, entreabrí el visillo que cubría las ventanas, vislumbrando que las grises nubes se apretujaban oscureciendo aún más el ya oscuro cielo. A poca distancia, el movimiento acompasado de una difusa criatura erizó mis cabellos.

Apartándome de ahí, trate de escuchar con atención. El suave crujido de la madera en el piso inferior, no hizo mucho por calmarme.

Sujete el cuadro y saqué el puñal de mi corpiño, acomodándolo en la cinturilla de mis faldas antes de lentamente abrir la puerta y asomarme hacia el pasillo, apretando con fuerza la empuñadura cubierta de cuero. Sin peligro aparente me dirigí a las escaleras, bajando mientras recordaba cuáles escalones crujían. Tras un susurro viscoso, erré en uno de los últimos, escuchando un sepulcral silencio antes de lanzarme hacia la primera habitación, esquivando por poco la embestida de un Monstruo con unas grotescas patas velludas, y su enorme hocico cuadrado que se cerró sobre los últimos peldaños.

Corrí por el pasillo hacia la puerta que daba a la cocina, viendo mi camino bloqueado por una segunda y más pequeña figura. En un movimiento guiado por el miedo y desesperación, jale el pesado estante a un lado, dando un rápido paso atrás y observando cómo caía todo su peso sobre la criatura. Di media vuelta, encontrándome de frente con la aterradora imagen del otro Monstruo, quien abrió su hocico soltando la madera astillada antes de rugir. Así que corte a medio camino hacia la otra ala de la casa, pensando en dar una vuelta por el exterior e ingresar por la puerta trasera de la cocina, cuando el estruendo de los torpes pasos del

Monstruo me impulsaron a correr lejos de la mansión.

Mis pasos resonaron hasta que me detuve en un callejón, y escuché. Podía distinguir el estruendo de la madera y piedra de la mansión. Unos ruidos cada vez más cerca, y el arrastre y raspado de sus extremidades. Temblando, me centre en recordar dónde se hallaba la entrada más próxima. En el sótano de la casa a mi derecha, estaba la que me llevaría a un lado del gran comedor. A mi izquierda, la que se acercaba a la sala de entrenamientos físicos, donde los cadetes aún debían encontrarse. Optando por la última, me asomé por el callejón, sintiendo como mi corazón se detuvo ante la enorme presencia de un Monstruo con una forma similar a un felino, pero tan grande como una casa y el doble de garras y colmillos.

Obligándome a respirar, fije mi atención en la ventana que se alzaba sobre mí, y me planteé cuánto ruido posiblemente haría si la destrozaba. Decidí utilizar la daga para hacer palanca entre sus lados, esperando que su gastada madera cediera, pero el estremecimiento de la tierra bajo mis pies me envió al suelo. Apenas había logrado componerme cuando gire hacia la entrada del callejón, y vi con horror la mitad del rostro de aquel Monstruo. La pegajosa baba amarillo verdosa escurría entre sus colmillos hacia el empedrado, y sus gruesos bigotes se sacudieron mientras retrocedía un poco. Enseguida me lancé hacia el lado opuesto, sujetando el cuadro con mi mano libre antes de que derribara las paredes, casi aplastándome en el proceso.

Tropecé hacia la calle, no rompiendo el cuadro por pura suerte, pero si el par de frascos con pintura en mi cintura. Con mis antebrazos y manos magulladas solté el morral para lanzarlo a un lado, inhalando entre el dolor mientras escuchaba la caída de rocas y madera, tronando a mi espalda.

Me obligue a ponerme de pie y correr, aunque no llegue muy lejos.

Aquel Monstruo atravesó lo que quedaba de las mansiones, lanzándose a la calle con un estridente rugido. Perdí el poco equilibrio ganado, y apenas había logrado ponerme de rodillas cuando me golpeo con una pata. En un segundo me hallaba en el aire, sintiendo como el golpe hizo crujir todos mis huesos, y al siguiente el aire huía de mis pulmones, apaleados contra la pared cercana.

El replicar de la daga a mis pies, casi pasó desapercibido entre el estruendo de la estructura. Mi mente saturada por el dolor dio una orden a mi magullado cuerpo, y antes de que el hocico del Monstruo pudiera cerrarse sobre mí, cogí la daga y me lance al suelo, girando mi cuerpo boca arriba justo cuando sus colmillos se cerraron en el aire, y su

garganta palpitaba sobre mi rostro.

No titubee.

Quizá fuera el miedo. Quizá se debiera al instinto, no lo sé. Sólo sé que estaba ahí un momento, observando el punto débil de mi *enemigo*... y mi brazos se alzaron, llevando consigo la daga directamente a su garganta. La viscosa sangre oscura y fétida escurrió sobre mis manos y rostro, y luego el chillido agónico casi rompió mis tímpanos.

Su enorme ser se apartó, permitiéndome exhalar el aire contenido. Apenas comenzaba a sentarme, cuando divise una de sus patas con sus garras bien extendidas, dirigiéndose directamente a mí.

Moriré, pensé en esos segundos. La sensación de que era lo correcto me embargó, y cualquier reacción quedó apagada. Luego... mi espalda golpeó la roca, y mi cuerpo fue aplastado por una calidez dura y blanda. Algo demasiado extraño. Inhale profundamente, tratando de convencerme que aún vivía, solo para regañarme a mí misma y asegurar a mis sentidos que *definitivamente he muerto*.

Pergamino, tinta y cuero...

El peso disminuyó, y mis ojos divisaron los únicos rasgos que consiguen detener y avivar mi corazón.

—¿Estás bien, Hazel? ¿Estás herida? —preguntó, llenando mis oídos con su profunda voz.

Incapaz de conectar con mi boca, asentí lentamente. Mis sentidos poco a poco sintonizando con mi entorno, llevándome a descubrir el ahogado chillido del Monstruo, que pronto se extinguió.

Una vez sentada, gracias al firme agarre del príncipe, divise la familiar figura de Clim en medio de una humeante masa calcinada. Le vi coger la daga, y luego acercarse a nosotros con su mirada impasible.

La calidez y delicadeza con que Ambón deslizó su pañuelo por mis mejillas, atrajo toda mi atención. Su ceño fruncido no podía ocultar la preocupación en sus ojos, su labio inferior entre dientes y la gota de sudor que descendió por su mejilla, definitivamente no podían pasar desapercibidos, a pesar de mis pensamientos dispersos.

—¿Ambón? —gimotee, sujetando con mis manos la suya más fría. Había extrañado tanto su cercanía.

Clim se inclinó a su espalda, sujetando sus hombros con la preocupación

grabada en su repentino rostro lívido.

—N-no es nada —murmuró Ambón, tratando de desprenderse de su firme agarre.

Clim maldijo por lo bajo y comenzó a silbar con el rostro en dirección a Palacio, sin apartarse del príncipe. Mientras tanto, trate de inclinarme más cerca, incapaz de lograr que mis piernas respondiesen como quería, ansiosa por saber qué era capaz de quitar el color al rostro de un Bletsun como Clim.

Noemia y un puñado de soldados llegaron antes de lograr siquiera atisbar la supuesta herida. Ambón sostuvo mis manos con fuerza, cerrando los ojos mientras Noemia ocupaba el lugar de Clim y daba órdenes de traer una camilla. Mi pecho apretado en un nudo comenzó a dificultar mi respiración, y mis pensamientos se dirigieron al hecho puntual que hasta ese momento parecía lejano: *fue mi culpa*.

—¡Respira, Hazel! —gritó Noemia, sobresaltándome.

Parpadee, inhale y exhale varias veces, quitando las manchas que se aferraban a mi visión. Observando el rostro de Ambón, quien me devolvía la mirada con ojos entrecerrados, el peso de la culpa trato de aplastarme nuevamente. Sin embargo, lo único que mi ser necesitaba era la seguridad de tenerlo.

Sin pensarlo dos veces, me incline enterrando mi rostro en la curva de su cuello, tratando de ahogar los sollozos que pronto se convirtieron en un amargo llanto.

—Estoy bien... —murmuró con voz apagada—. Estoy bien... Hazel, no... no llores.

Capítulo 9

de hacer más que sujetar su mano y esperar que el ungüento de Noemia funcionase.

Negándome a dejar la habitación, termine cediendo a la petición de Noemia de ir al cuarto de aseo del príncipe, y quitar de mi piel y ropas los rastros de aquel día. Sabiendo que su recomendación de “no verme tan desastrosa cuando él despierte”, era una cuestión sensata.

—Se repondrá —decía Lorret, quitando la sangre de Monstruo de mi cabello con manos temblorosas—. Ya verá, la medicina de Noemia es muy efectiva.

Mara se limitó a colocar más brazas bajo la tina, asintiendo a las palabras de Lorret con la mirada perdida.

Ya limpia, volví a mi lugar junto a su lecho, recibiendo tazas con brebajes que apenas saboree, pan caliente y frutas en trozos que apenas lograba tragar. En un momento dado, deslice mi mano por su mejilla quitando su cabello de sus ojos. Un cabello que necesitaba ser cortado, pero *su* suave cabello color marrón, enmarcando unos ojos dorados.

Mis parpados pesaban y mi corazón retumbaba en mis oídos con una mezcla de amor y preocupación, mientras mi mente viajaba a la primera vez que le había visto así, durmiendo. Una de aquellas primera noches.

Me había dormido en su lecho, cálida y cómoda, sin embargo... algo me despertó. Abriendo los ojos con reticencia, me descubrí a unos diez centímetros de su rostro. Sus rasgos suavizados por el sueño aceleraron mi corazón, una reacción a la que ya estaba acostumbrada, pero sabía que esa no era la razón de mi repentina inquietud. Sobre mi cadera permanecía un agradable peso.

Me bastó una mirada entre nuestros cuerpos, para saber que uno de sus brazos me sostenía ahí, o se aferraba a mi, cualquiera fuese el caso, no sentí el menor impulso de apartarle.

Esperando que el sueño y la calma volvieran a mi, inhale su aroma y repase sus rasgos lentamente. La curva de sus cejas, sus pestañas, la pronunciación de su nariz, el contorno de sus labios, las puntas de su cabello que rozaban lo alto de su pómulos. Ahí, sobre la curva de su ceja izquierda, y a un centímetro de la raíz de su cabello: una peca. Solo una pintita marrón claro, pequeña y suave, casi imperceptible, que tenía toda la apariencia de llegar a ser el lunar distintivo de su madre, la fallecida Reina Bala. Me costó un largo minuto percatarme de su mirada, y mucha

voluntad no pegar un brinco.

—*¿No puedes dormir?* —inquirió con voz ronca. Su cercanía, un bálsamo inquietante y relajante a la vez.

Asentí lentamente, temiendo que mi voz delatase mi reciente inspección.

Él pestañeó somnoliento y apartó su brazo con lentitud dirigiéndolo a su nuca. Tras rascar su cabeza, desordenando aún más su cabello, hizo todo lo contrario a lo que temí. Me envolvió entre su brazos, jalándome hacia su pecho. Su aroma me embargó, y obedeciendo a su suave y silenciosa petición, cerré los ojos dejando de pensar. Deseche los planes, las preocupaciones, el dolor y me centre en él. Nada más que él.

—Hazel... —Tarde un momento en reconocer aquella voz—. Hazel, deja de pelear conmigo y métete bajo las mantas.

Pestañee varias veces, recobrando los sentidos lentamente. La cama, Ambón, los Monstruos del Abismo.

—Hazel —gruñó Clim.

Girando mi rostro, vi que Clim sujetaba mi mano libre, que yo mantenía firmemente cerrada en un puño, mientras que con la otra todavía sujetaba la mano de Ambón. La dureza de los músculos en mi brazo y su ceño fruncido, fueron la única señal de mi violenta reacción adormilada.

—Oh —murmuré, luchando contra las repentinas lágrimas.

—Métete bajo las mantas —dijo lentamente, soltando mi mano.

Obedeciendo, alce las mantas y me acurruque junto al príncipe, tratando de no pensar en las múltiples razones por las que no debía hacer aquello, y volví a aferrar su ya cálida mano. Noemia apareció en el lado opuesto de la cama y se inclinó para tocar la cabeza de Ambón. Apenas contuve el repentino impulso de apartar su mano, recordándome que jamás le lastimaría. Segundos después, ella se alejó hacia la suave penumbra soltando un suspiro.

—Pronto despertará. —Anunció.

Algo de alivio se filtró en mi, mientras volvía a cerrar los ojos permitiéndome dormir.

—Si vuelven actuar así... —comenzó Clim.

—Descuida, me encargare de golpear a ambos, y de paso les encerraré

bajo trece llaves —acotó Noemia, con un toque irritado.

—No creo que eso les detenga. —Medio gruñó él, antes de soltar un suspiro.

—Como sea —murmuró ella—. Vamos, tu también necesitas descansar.

—Si, claro.

Sus pasos resonaron, alejándose hacia las puertas, supuse. Abriendo los ojos brevemente, confirme que se habían marchado.

Durante los minutos siguientes, lo único que llenaba el silencio fue la respiración de Ambón y el martillear de su corazón, que mi corazón lentamente imitó. Su aroma, su calor, su presencia a la que me aferraba en busca de consuelo.

Si no hubiese sido tan terca.

Si hubiese obedecido sus órdenes y no hubiese buscado una excusa para aplazar su rechazo.

Si hubiese sido más valiente, él no habría puesto su vida en peligro por mi patético ser.

—¿Hazel? —El murmullo de mi nombre entre sus labios, reverbero en mis oídos—. ¿Hazel?

Luché contra el peso de mis párpados, apartándome del letargo somnoliento hacia su voz. La fuerza con que su mano se cerró, todavía entre las mías, aferrándose como si no quisiera soltarme nunca, fue lo único que bastó para que mis sentidos se desperezan y dirigiera mi mirada a la suya.

Sus ojos me observaban cargados de intensidad. Una intensidad tan palpable que me provocó escalofríos.

—Hazel, ¿estás bien? —Su suave voz con un borde ronco, me envolvió como una manta.

Una suave risa se deslizó entre mis labios, transformándose en un amargo sollozo mientras mis ojos se empañaban.

—¿Yo?... —gimotee—. ¿Me-me preguntas... a *mi*?

Gruesas lágrimas descendieron por mis mejillas. Solté la mano de Ambón

y trate de limpiarlas inútilmente, mientras me apartaba con torpeza.

—¿Có-cómo.... cómo puedes pre-preguntar... preguntar eso?... Si tu...

—Le señale con torpeza, incapaz de detener el balbuceo y los temblores que envolvían mi cuerpo.

Me jaló hacia su pecho, aferrándome mientras me retorció presa de un profundo dolor.

—Fui tan... oh, Dioses...

Pese a que una parte de mi sabía que las lágrimas y el lloriqueo no venían al caso, las confusas emociones que llevaban largos días arremolinándose en mi pecho no escuchaban razones. La culpa por sus heridas, mi cobardía de decirle cuánto lo amo y sus palabras tan desgarradoras pero ciertas.

Sus palabras cálidas apenas atravesaban el manto de dolor.

—No llores... tranquila, Hazel...

Negué contra su pecho, cerrando mis cansados ojos al perdón.

—Mi amor, por favor... Estoy bien, no te culpes... —Sus manos comenzaron a trazar círculos en mi espalda—. Fue para mejor.

No dejo de repetir su suave letanía, a pesar de que mis lágrimas disminuían.

Poco a poco, mis sentidos comenzaron a captar mi entorno con mayor claridad. Mi rostro se hallaba empapado y pegado a su pecho desnudo, donde su suave vello me recordó que ya no éramos unos niños. Su aroma habitual, contenía un tinte salado por el sudor y la fuerte fragancia del ungüento. Su corazón replicaba con fuerza contra mi oído, en un *pum-pum* que apartó la angustia.

¿Dijo... "mi amor"?

Suspiré y dejé caer las últimas pequeñas lágrimas.

—Tranquila —susurró sobre mi cabeza.

—Lo siento —musité con voz rota.

Sus brazos me apretaron un poco más, antes de suspirar cansado.

—No, yo lo siento —dijo, sin darme tiempo a replicar—. Debí ser honesto

desde el principio. Debí... yo debí...

La presión de sus brazos disminuyó, y sujetándome de los hombros, instó lentamente a que me apartara de su calor. A regañadientes obedecí, y algo enfadada, más conmigo que con él, alcé la mirada encontrándome con la suya.

—Te amo, Hazel. —Mi corazón dio un brinco, mientras su mirada se oscurecía—. Por eso mismo no debería tenerte.

Y así, sin más, el aire abandonó mis pulmones.

¿Qué?

—Tendría que haberte contado esto cuando nos conocimos —comenzó—, pero pensé que carecía de importancia...

Apartó sus manos, llevándose la poca calidez de la habitación. Y su mirada titubeo lejos de mí, mientras permanecía sentada aferrándome a una fuerza efímera.

—Estamos comprometidos —murmuró, comenzando a explicarse antes de que las palabras llegaran a tener sentido—. Nuestros padres firmaron un acuerdo; en vistas de que no escogiera a alguien, el Gran Consejo tendría el poder de llamarte a la corte para ser Reina. Cuando llegaste a Real, acababa de leer aquel acuerdo y esperaba nunca tener que usarlo.

»Pero con el tiempo, conociéndote... fue inevitable que te quisiera. —Volvió a conectar su mirada con la mía—. Hazel... —suspiró—, siempre he sabido que necesitaría una esposa, una Reina para Radwulf y una madre para mi heredero...

»Sin embargo, no creo poder soportarlo. Amar a alguien, formar una familia y luego perderla. —Negó, apartándose un poco más de mí—. No sé cómo lo logró mi padre, Hazel, pero yo no me siento capaz de soportarlo.

Intente alcanzarlo ante el dolor reflejado en su rostro, pero la fuerza que requería ese simple movimiento parecía estar demasiado lejos. La mezcolanza de agridulces emociones me apisonaban.

—Te amo, te amo y lamento haberte lastimado para percatarme de ello. —Sostuvo mi débil mano entre las suyas, y continuó—. Lamento haberme dejado llevar por el miedo y enfado, lamento que escucharas como negaba a Noemia cuánto te necesito, pero más lamento no ser capaz de apartarme, Hazel... —Medio gimoteo inclinándose hacia mí. La oscura intensidad en sus ojos provocando un estremecimiento en mí—. Te amo. Y aun cuando estoy asustado con la sola idea de que mueras, también me asusta la intensidad de mis sentimientos con solo pensarte en los brazos

de otro.

Las lágrimas irritaban mis ojos y una áspera piedra se deslizó por mi garganta, pero más allá del temblor de mi cuerpo y el calor que se extendía desde mi mano entre las suyas, no podía permitirme que sus temores se sumaran a los míos.

—N-no, yo nu-nunca podría... —gimotee apenas.

—No puedo prometerte que será sencillo —dijo, extendiendo una mano hacia mi mejilla, por donde caía una traicionera lágrima—. Ni que mis miedos desaparecerán, eso... eso sería mentirte, y odio mentirte.

Sostuvo mis mejillas con manos temblorosas y beso mi frente, dándome una triste sonrisa antes de envolverme con sus brazos acercándose a su pecho, mientras que yo cerraba los ojos disfrutando la cercanía.

—¿Es egoísta pedir que no me dejes? —murmuró sobre mi cabeza—. Te amo, Hazel. Nunca me perdonaré haber tenido que acercarme a perderte para admitirlo.

—Y-yo también... —murmuré apenas, obligándome a tomar un poco de distancia, y viendo a sus ojos finalmente le dije—; Te amo. Te amo muchísimo, Ambón.

Sonrió, y antes de que pudiera hacer otra cosa más que estremecerme por su aliento sobre mis labios... nuestras bocas se encontraron. Un segundo cargado con sorpresa, y pronto cerré los ojos, embriagándome con su sabor. Nuestros brazos envolviendo al otro y nuestras bocas deslizándose sobre la otra con tiento, explorando recovecos inesperados. El tiempo había desaparecido...

Pero demasiado pronto, Ambón pego un brinco y se apartó con una mueca.

Por un momento creí que le había hecho daño, a pesar de que mis manos habían permanecido en su cuello y cabello, sin embargo, mis ojos dieron rápidamente con la verdadera causa de su repentino dolor. Noemia. Ella estaba tras él, con su mirada satisfecha sobre nosotros, una mano envolviendo su cintura y la otra medio alzada hacia su rostro, agitando los dedos como diciendo "yo lo hice".

—Veo que te sientes mejor, Ambón. —Canturreo, con una sonrisa asomándose en sus labios.

—¿Ya puedo mirar? —gruñó Clim, atrayendo nuestra atención.

Él permanecía de pie en el marco de las puertas, con una mano sobre sus ojos. Mis mejillas ardieron y escondí el rostro entre mis manos, mientras Noemia le decía a mi amigo que quitara la mano de sus ojos bajo su propia responsabilidad.

—¿No podían volver más tarde? —refunfuñó Ambón, atrayéndome hacia su pecho.

—No. A no ser que quieras a un centenar de personas en la puerta de tu alcoba, preguntando si estas vivo o eternamente convaleciente. Si es así, les diré...

—Ya entendí. —Suspiró, besando mi cabeza un segundo después.

—Bien, entonces recuéstate. Aún no sanan del todo tus heridas. Y tu Hazel, deja de esconderte. —Ordenó Noemia, con ese tono suyo que no da lugar a réplicas.

Ambón me soltó a regañadientes y abrí mis ojos poco a poco, manteniendo mis manos sobre mis mejillas calientes. Él se recostó boca abajo con un gruñido, berreando por lo bajo que Noemia es una *mandamas injusta*, y vi con cierta incomodidad a Clim. Él evitaba mi mirada viendo a cualquier otro lugar de la habitación.

Deje caer mis manos, buscando un *cómo* y *por qué* que aliviase de alguna forma la incomodidad... cuando Ambón enlazó sus dedos con los míos, desviando mi atención a nuestras manos.

—¿Te quedarás conmigo? —murmuró.

Mi corazón brincó extasiado, reavivando los latidos frenéticos tan habituales por su cercanía.

—S-sí. —Asentí, cubriendo nuestras manos con mi mano libre.

Perdida en la intensidad de su mirada, tardé en percatarme de la insistente voz de Noemia.

—... ¡Hazel, ¿me escuchas?!

Volteé sorprendida, con un fuerte bochorno apoderándose de mi piel.

—¿S-s-sí?

Las risitas mal contenidas de Mara y Lorret, quienes habían aparecido junto a Noemia, contagiaron a Clim y Ambón.

—No se rían —murmuré apenas.

Noemia suspiró y se acercó con un cuadro en las manos. *Mi* cuadro.

—Te preguntaba: ¿qué hago con esto? —Volteó la imagen hacia mí, provocando que Ambón volteara tratando de sentarse.

—Hermoso —murmuró, volviendo la mirada con una sonrisa.

—Muy hermoso —dijeron mis Doncellas al unísono.

Mi rostro no podía calentarse más. Empero, una idea cayó sobre mi, jugueteando sobre mis sentimientos recientemente expresados.

—Es para ti —dije, ganándome miradas sorprendidas—. Es para ti, Noemia. —Insistí.

Su mirada se dirigió al cuadro, girándolo hacia ella una vez más. Sus ojos recorriendo la imagen de una ciudad Real vista por una niña, hace casi quince años, la única vez que había visitado Real cuando mi padre aún vivía.

—Gracias —susurró al fin.

Ambón envolvió mi mano con más fuerza, y tras una mirada a sus ojos cargados de calidez y orgullo, supe que él comprendía mis razones. Supe que valía la pena ser valiente.

—De nada.

Capítulo 10

La nueva realidad que se asentó sobre mí, llenándome de una alegría nerviosa, agravada cada que nos hallábamos a solas, fue mucho más de lo que había esperado. ¿Ser la prometida del príncipe? Un sueño del que temía despertar.

Con el paso de los días, y a medida que Ambón se reponía de sus heridas, la noticia provocó un alegre revuelo en la población. Cada noble y plebeyo, cada soldado y cadete, cada anciano y niño nos deseó felicidad y la buena fortuna a través de sus Dioses patronos.

Pero no todo era un paseo sobre pétalos.

Aún persistía cierta tensión provocada por nuestros miedos. Él, temeroso de eventualmente perderme a causa de la inevitable espera de un hijo, como a su madre. Yo, asustada de dar un mal paso y convertirme en una indigna Reina no sólo para él, sino para todo Radwulf. Todo sumado al incremento del frío y la cantidad de Monstruos del Abismo. Mi molestia por no poder salir al aire libre a pintar, no venía al caso.

Me senté entonces a su lado, titubeando en sí debía o no tenderme junto él, en su lecho, permitiendo que nuestra última discusión nos distanciara, o simplemente relajar mi tensión y regalarle una sonrisa con el recuerdo de sus dulces caricias justo antes de la misma. Decidiendo lo segundo, me recosté de lado observando su perfil con una sonrisa.

Rindiéndome al cosquilleo en mis dedos, alce mi mano hacia su mejilla, acomodando su rebelde cabello tras la oreja. Su cuerpo se tensó ante mi toque, pero una sonrisa se extendió por sus reflexivas facciones.

Tras un suspiro, dejó el documento que leía y volvió su atención a mí. Sus claros ojos analizándome mientras recargaba su mejilla en mi mano.

—A veces eres tan gruñón —murmuré.

—Mira quién lo dice —bufó, y luego giró su rostro plantando un beso en mi palma, antes de sostenerla entre las suyas.

Mis mejillas se calentaron suavemente ante la intensidad de su mirada, oscurecida tras silenciosos segundos.

—Debo recordarte tu falta de tiento para con nuestros soldados, tan solo esta mañana. —Medio inquirí.

Rodó los ojos y, sujetando mi mano, se recostó a mi lado dejando su rostro a pocos centímetros del mío. Bastaba con un suave movimiento y

habría rozado sus labios con los míos.

—La situación empeora a segundos y tu sólo quieres pintar. ¿Cómo se supone que evite gruñir? —murmuró con su voz cargada de un matiz tranquilo, disminuyendo su regaño.

Reprimí el impulso de rodar los ojos, sabiendo que él no mencionaba mi inseguridad adrede.

—Puedes concentrarte en algo más —sugerí. Sus ojos tomaron un brillo travieso.

—¿Algo más? —Su gutural voz fue la única advertencia.

En un ágil movimiento se abalanzo sobre mi, una de sus manos sostuvo mis brazos sobre la cabeza, y la otra bajó a mi vientre, comenzando una suave danza que me hizo retorcer.

—¡No! —chillé, sin poder aguantar la risa.

La tortura se extendió por lo que pareció una eternidad. Sus dedos rastrillando sobre mi abdomen, sin detenerse, ni inmutarse ante las contorsiones inútiles con que trate de huir. Mi vientre dolía, mis ojos se empañaban y el simple proceso de respirar se convirtió en una tarea imposible.

—Por favor... —gimotee.

—No sé. Me gusta este *algo más* —murmuró, deteniendo sus dedos.

—A mi... no... —jadee.

Él rió, deslizando sus traviesos dedos una vez más, en una caricia que quemó mis pulmones.

Sus dedos desaparecieron y sus labios rozaron mi frente antes de apartarse. Entre pequeñas lágrimas y contorsiones un tanto dolorosas, le vi ponerse de pie con su sonrisa desvaneciéndose. Un pensamiento cambiando su humor.

—¿Qué...? —murmuré apenas—. ¿Qué ocurre?

Frunció los labios y rasco su nuca antes de soltar un suspiro, y finalmente decirme algo, aunque no lo que repentinamente le molestaba.

—Yo... yo creo que deberías acompañarme.

Asentí algo reticente y me puse de pie, intentando respirar entre los vestigios de la dolorosa risa.

—¿Todo está bien? ¿Dónde vamos? —Le pregunté, colocándome la bata.

—Eres mi prometida, tienes que conocer este lugar —explicó fugazmente, con una sonrisa tímida asomándose en su labios—. Ponte tu abrigo largo.

—Bien. Solo espero que Noemia no nos descubra —murmuré, girándome para coger el abrigo.

Una vez lista, estreche su mano y nos dirigimos a la sala, donde él consiguió una lámpara de aceite del escondrijo secreto, y nos encaminamos hacia la puerta secreta del estudio. Salimos y continuamos por el pasillo, adentrándonos a la zona deshabitada que precisamente conocía por tal inactividad. El aire ahí era unas diez veces más viciado, húmedo, y definitivamente menos agradable.

—¿Tienes frío? —Me preguntó, cuando me estremecí al perder mi mirada en la oscuridad.

—No. —Negué, sacudiendo la cabeza para dar énfasis. No querido que preocuparle.

El hechizo de calidez que Noemia había extendido por las catacumbas, también se extendía hasta esos rincones, quizá no con tanta fuerza, pero de igual forma nos permitía conservar el calor corporal.

—Tenía unos seis años cuando mi padre me guió hasta aquí. —Comenzó a contarme, con una melancólica sonrisa en sus labios.

—Me cuesta imaginarte tan pequeño —dije, agradeciendo que su platica me apartara de la oscuridad.

—Pues... no era *tan* diferente. —Sonrió, estrechando mi mano con más fuerza.

Nos adentramos cada vez más, bajando, girando, subiendo y volviendo a bajar. Si no hubiese estado consciente de, prácticamente, la totalidad de la disposición en las catacumbas, habría jurado que dábamos vueltas en el mismo lugar. Pero sabía que nos movíamos, adentrándonos más y más en las profundidades.

—¿Dónde vamos? —Inquirí nuevamente, sintiendo en mis mejillas el frío roce del viciado aire.

—Hum... —murmuró, tensándose a medio paso—. Tengo... tengo que

enviar una pequeña fortuna a las ciudades.

Jaló mi mano más cerca, mientras nos internábamos por un nuevo pasillo. Un estremecimiento me recorrió, segundos antes de que plantara un beso en mis nudillos.

—¿Otra vez? —murmuré.

Él asintió, soltando mi mano mientras se acercaba a una pared para girar hacia la izquierda la estrella ahí grabada. Segundos después, la pared se agito y una abertura dos veces más grande que la de su despacho apareció.

—Ya casi —dijo, volviendo a sostener mi mano.

La irritación que picaba sobre mi piel, parecía volver con mayor ímpetu cada vez que escuchaba las “peticiones” de las ciudades. Especialmente Hishka.

Caminamos por un pasillo mucho más ancho y largo de lo normal, con agrestes paredes evidenciando su poco uso. Tras largos minutos finalmente fue visible la pared al fondo, que terminaba abruptamente en rocas afiladas. Detuve mis pasos de golpe, sintiendo un repentino y frío pánico atizando mis huesos.

Ambón volteo hacia mi, viéndose extrañado por mi reacción.

—¿Hazel? —murmuró—. ¿Qué ocurre?

Iluminó nuestro alrededor, buscando con la mirada la causa que ni yo lograba descifrar. Algo sobre estar bajo tierra, en rincones oscuros e inhabitados, tal vez.

—Er... no-no es nada. —Encogí un hombro evitando su mirada.

—Claro —masculó con un deje incrédulo—. Entonces, por aquí.

Me jaló hacia la derecha, guiándome a lo que parecía un trozo de accidentada pared más, pero alzando la lámpara, él dejó a la vista una brecha apenas lo suficientemente grande como para que cupiera. Teniendo en cuenta su estatura y complexión.

—Oh.

—Ten, ve por delante. —Me tendió la lámpara—. Es estrecho por unos diez metros —Explicó, empujándome un poco hacia la brecha—, y no hay a lo

cual temer. Tan solo ilumina el suelo, para que no tropieces.

El borde burlesco en sus últimas palabras, alivio una buena parte del pánico.

—Sí tú lo dices.

Aferrándome al asa de la lámpara, intente sonreírle con la mayor sinceridad posible, y luego me adentre por la brecha sobre piernas algo temblorosas, iluminando el rocoso espacio con mi corazón acelerado.

—No temas, este lugar está encantado. Un hechizo tan antiguo como el mismo Palacio. —Me explicó, colocando una mano en mi espalda baja.

Su calor filtrado a través de las escasas capas de ropa, además del mismo acto, insufló algo de valor a mi andar.

Forzando mis pensamientos en *algo más*, fuera de la dulce sensación de su mano en mi espalda, el replicar de nuestros pasos y las ansias nerviosas arraigadas a mi pecho, recordé sus anteriores palabras. Algo que explicaba nuestra incursión.

—¿Me llevas al tesoro Real? —Medio inquirí, medio afirmé.

—Sí. —Su mano se deslizó un poco más arriba, provocándome un escalofrío—. Como mi prometida, tienes derecho a conocer su ubicación.

Aquello me alagó y desconcertó en partes iguales. A pesar de habernos “comprometido”, no sentía merecer algo así... una cuestión tan secreta y familiar.

El suelo rocoso comenzó a empinarse poco a poco, al mismo tiempo en que la abertura crecía y el aire se tintaba con un sabor metálico. Detuve mis pasos cuando el espacio se abrió a lo que parecía una caverna, llena de una oscuridad densa y tenebrosa. Carámbanos y estalagmitas eran iluminadas por la lámpara, que apenas permitía ver las bases de estos.

—Aquí.

Ambón me jaló por un camino de húmeda tierra apisonada, internándonos en la penumbra por varios minutos. Frente a nosotros, prácticamente salido de la misma nada, aparecieron unas puertas de al menos dos metros de alto y cuatro de ancho. En su centro un resplandeciente sol con una media luna en medio —símbolo de la familia Real—, un Gibet a la derecha, un Ohsen a la izquierda y ramas de Jnah cubriendo los espacios vacíos. Y sobre todo, coronando lo alto de las puertas y apenas visible, un Phewn alado, con sus alas extendidas por todo lo ancho. Los ojos de las tres criaturas místicas de Radwulf, desaparecidas hace más de medio

milenio, parecían absorber la luz de la lámpara, resaltando los vivos colores de las joyas que les componían. Mi corazón dio un brinco ansioso mientras Ambón se acercaba y colocaba su mano en la gran cerradura en medio, con la familiar forma de una estrella de doce puntas.

—Guardián de lo que mi sangre resguardó para un día yo poder reclamar, permíteme proteger y procurar el mañana —murmuró, girando la estrella hacia la izquierda.

Un trueno apagado reverbero por el lugar, justo antes de que las puertas se abrieran de par en par revelando un interior oscuro. Segundos después, una serie de antorchas se encendieron y encendieron a cada lado, hasta perderse de vista en la ya iluminada estancia.

No pude evitar dejar caer mi mandíbula mientras él me empujaba dentro. Una cuantiosa cantidad de oro, plata y joyas diversas, cubrían más de la mitad del lugar visible, brillando como recién pulidas. El replicar de otro trueno me estremeció, llevando mi atención de vuelta a mi espalda. Ambón acababa de cerrar las puertas, y me dirigió una sonrisa antes de avanzar hacia un lado y sostener un saco tejido de tamaño medio.

—Te diría que cerraras la boca, Hazel. Pero es divertido verte así —dijo con humor.

Fruncí el ceño mientras me obligaba a cerrar la boca, intentando deshacerme de aquella primera impresión. Viendo todo con más atención, noté los vacíos entre cada pila cercana; muestras irrefutables de retiros cuantiosos.

—No... —Comencé—. No creo que sea apropiado...

—Ni se te ocurra terminar esa frase. —Me cortó, dirigiéndome esa mirada regañona, que últimamente se había vuelto habitual.

—Hum. —Me crucé de brazos, absteniéndome de soltar un alegato interminable—. Solo decía.

Él suspiró, acercándose a mi mientras extendía una mano. Sus dedos rozaron mi mejilla con tiento, deslizándose hacia mi garganta. La punta de sus dedos presionando esos lugares precisos que me hacían estremecer de pies a cabeza.

—Mi padre me condujo a este lugar cuando era pequeño, su padre antes de él y así... generaciones tras generaciones. —Explicó, atrayéndome más cerca—. Con todo lo que ha ocurrido pensé... —Titubeó, apartando su mano de mi piel mientras evitaba mi mirada.

—¿Qué? Sólo dime, Ambón. —Medio gruñí.

Sus ojos volvieron a mi, al igual que aquella sonrisa burlona que me comenzaba a irritar, cada vez más. Ser “su diversión” no era mi prioridad.

—Bueno, con todo lo que ha ocurrido, pensé que debía prevenir antes que lamentar. Así, compartiendo este secreto contigo, me aseguro de que no se pierda en caso de...

Corte sus palabras colocando un dedo sobre sus labios. La mueca que le siguió fue un claro indicio de su molestia por mi evasión, pero lo ignoré y aseguré con necedad;

—Ni siquiera pienses en semejante disparate.

Cruzando mis brazos sobre el pecho, di media vuelta y me aparté de él, intentando distraerme con la brillante y colorida visión de una caja llena de piedras preciosas.

Escuché su suspiro antes de que sus pasos replicarán cada vez más cerca.

—Bueno, está bien. Pero hay otra razón por la que te traje aquí.

El piquete de curiosidad que provocó su tono de voz, me llevó a detener mis pasos y medio voltear. Su media sonrisa satisfecha y el brillo de sus claros ojos, provocaron un agradable estremecimiento en mi vientre, a pesar de que mi pensamiento inmediato estaba cargado de disgusto.

—¿Qué? —gruñí.

—Aún no te he regalado el escudo Real, como dicta la tradición. —Explicó, señalando con un ademán las grandes cajas junto a la pared, en que lograba distinguir diversos objetos—. Creo que es mejor si lo escoges por ti misma.

Observe de las cajas hacia él, y de vuelta, tratando de que mis palabras rebasaran el extraño y repentino bochorno. No concebía merecer semejante honor.

—No lo digas —dijo, ya a mi lado—. No permitiré que seas de otro, así que simplemente escoge el que más te guste, y déjame reclamarte como corresponde.

Su tono imperioso lleno de mil objeciones mi lengua, pero solo bastó un breve titubeo para que me tragará el revoltijo de emociones, me alzaré

sobre las puntas de mis pies y envolviera con mis brazos su cuello. Mis labios sobre los suyos.

Capítulo 11

Ya se habían cumplido diez años desde que Tarsinno robase el Oscuro libro del Caos, asesinara a nuestro querido Rey Amilcar y otras miles de personas, y los Monstruos del Abismo comenzaron a vagar por las cada vez más frías tierras del extremo oriente de Radwulf. Diez años y Clim, a pesar de haber recuperado el pleno control de sus fuerzas, aún no poseía el suficiente “impulso”, como lo llamó Noemia, para llevar a cabo su cometido.

Por todo cuanto sabía ella, aunque enviásemos a Clim hacia Quajk, él pronto se agotaría y tendría que detenerse a descansar, o en el peor de los casos perdería la conciencia en medio del camino. Sin siquiera llegar más allá de Duhjía.

Así que la situación se extendía.

Aquel día, me hallaba sentada en el sofá del estudio de Ambón, envuelta en mantas y almohadas, mientras que él leía informe tras informe. Sabiendo de su preocupación por el aumento de los Monstruos y la disminución de la temperatura, sumado a la escasa frecuencia con que los mensajeros salían y entraban en la ciudad, entonces exclusivamente Bletsun, me limité a darle mi apoyo. Mientras me esforzaba por ignorar el frío.

—Estas muy callada. —Expresó lo obvio, dirigiendo su tensa mirada hacia mi.

—No quiero molestarte —dije con una sonrisa, logrando suavizar su tensión.

—Nunca serías una molestia, amor —replicó, esbozando una sonrisa que calentó la habitación y provocó un cosquilleo en mis manos.

Anhelaba deslizar mis dedos entre las oscuras hebras de su cabello, acariciar su mandíbula tensa y besar sus ásperas mejillas hasta llegar a sus labios...

—¿Interrumpo? —preguntó Noemia, asomándose por las puertas.

Mi corazón dio un brinco y mis mejillas ardieron, las últimas delatando el curso que habían tomado mis pensamientos.

—No, Noemia. ¿Qué te trae por aquí? —dijo Ambón, centrando su atención en ella.

Ella ingresó, acercándose al escritorio de Ambón con su mirada risueña todavía sobre mi, pese a que trate de ignorarla.

—Nada concreto. —Contestó—. Solo me preguntaba qué estaban haciendo. Se me hace extraño no verlos cada tanto.

Su sincera explicación no alivió mi bochorno, pero en gran parte contrarrestó la incomodidad.

—Es bueno saber que nos extrañas. —Espetó Ambón, dándole una radiante sonrisa mientras se apartaba del escritorio dirigiéndose a mi lado.

—No te creas tanto —bufó ella.

Ambón se dejó caer a mi lado, enlazando mi mano con la suya mientras la otra sujetaba el libro sobre mi regazo. Una sonrisa tiró de mis labios, e hice el ademán de hablar con la atención de ambos cayendo sobre mi.

—Dis-disculpen —jadeó un hombre en las puertas.

Un segundo después reconocí aquella inclinada figura como Garb, quien tomaba aire tras una obvia carrera.

—¿Garb? ¿Qué ocurre? —Inquirió Ambón, presionando mi mano con fuerza mientras la tensión le envolvía.

Garb tomó grandes bocanadas de aire, apartándose de Noemia cuando ella intentó alcanzarle.

—Ha... Ha llegado un mensajero... —Comenzó, recomponiéndose mientras veía directamente al príncipe—. El Bletsun de los rayos, Arzai, ha enviado una misiva urgente. Solo tres palabras; Kuejt ha despertado.

Tras un silencio expectante, Noemia fue la primera en hablar.

—Gracias a los Dioses —dijo, uniendo sus manos en una plegaria silenciosa.

—Llama a Clim y que algunas Doncellas preparen los enseres para... —decía Ambón, pero de repente vio hacia Noemia como si una idea imprevista le azotase—. ¿Irás con él?

La extraña sorpresa en las facciones de la mujer, aunque solo duro unos segundos, fue demasiado obvia.

—No puedo dejarte, Ambón. —Negó.

—Pero dijiste que necesitaría...

—Sé lo que dije. —Le detuvo, alzando una mano con su rostro inmutable—. No obstante, bien sabes que no puedo dejarte. Por otra parte, tienes que enviar a alguien que sea capaz de mantener sus pies sobre la tierra, y eso es algo que yo no podría hacer ni en un millón de años.

—Un momento. —Intervine al fin—. No comprendo de qué hablan.

Garb suspiró y fue a recargarse contra el escritorio, mientras que Noemia comenzaba un breve paseo frente a nosotros. Ambón sostuvo mis manos y me explicó con brevedad;

—Como Noemia viene diciendo desde hace diez años, Clim necesita un “impulso” para su fuego. Por lo cual llegó a la conclusión, gracias a los registros del maestro Balkar, que el mejor método vendría siendo las fuerzas naturales de Kuejt.

Sus suaves palabras no disminuyeron el piquete de dolor en medio de mi pecho. De todas las cosas que pudo ocultarme, no me esperaba que algo concerniente a uno de *mis* amigos, además del único Bletsun que podía llevar la victoria, fuera una de ellas.

—¿Por qué no me contaron? —Medio gruñí.

Con una mueca, él me soltó, apartándose un poco mientras rascaba su nuca con nerviosismo.

—Bueno... Hazel... —titubeo, evitando mi mirada.

—Yo le pedí que quedará entre nosotros. —Acotó Noemia, viéndose bastante impaciente gracias al golpeteo de su pie—. A pesar de ser una buena opción, tampoco era algo seguro a ocurrir brevemente, Hazel. —Sin darme tiempo a pensar una replica, ella se dirigió a Garb—. Ve por Clim, y que las Doncellas preparen enseres para él y Hazel.

Garb asintió y desapareció por el pasillo con rapidez, seguramente tratando de no estar en medio del pequeño conflicto que saltaría.

—No. Definitivamente no. —Negó Ambón, poniéndose en pie vio de mi hacia Noemia—. Hazel no irá...

—Es nuestra mejor opción, a no ser que pretendas retrasar los preparativos del ejército. —El príncipe entrecerró los ojos y abrió la boca, obviamente dispuesto a continuar con su negativa, pero ella lo ignoró—.

¿Esta bien por ti, Hazel?

No me atreví a pensarlo por más de un segundo.

—Sí. —Asentí.

—¿Qué?! ¡No, es peligroso...!

—Debiste pensarlo antes. —Le gruñí, deteniendo su vitoreo sin siquiera alzar la voz.

Su mirada cargada de pánico permaneció clavada en mi una eternidad, hasta que dejó caer sus hombros con un suspiro y volvió a sentarse a mi lado.

—Estupendo —refunfuñó por lo bajo.

—Bien —murmuró Noemia, colocando sus manos en su cintura mientras nos recorría con la mirada—. Lo único que debes hacer es hablarle, y mantenerlo con los pies sobre la tierra. Recalcar su misión.

Asentí, sintiendo como se asentaba un nuevo peso sobre mis hombros.

—No debería costarte tanto. Él te conoce y confía en ti, y eso es lo primordial. Sin embargo... —Sus ojos brillaron con tonos dorados—, debes tener en cuenta lo que significa Kuejt para él. Todo sería en vano si desata su fuerza ahí.

Y el peso sobre mis hombros aumentó, casi quitándome el aliento, segundos antes de que Clim ingresara como un vendaval por la puerta oculta tras el escritorio.

—¿Qué ocurre? —inquirió, un tanto falto de aire.

Ambón volvió a ponerse de pie y dándome una mirada de reojo, un tanto disgustado, le explico la situación.

—Kuejt ha despertado. Tu y Hazel acudirán a la brevedad, mientras que Lesson prepara la partida hacia Quajk como se tenía previsto.

La conmoción reflejada en el rostro de Clim, se extinguió por completo cuando se dejó caer sobre una rodilla, y con su palma abierta sobre su corazón, inclino su cabeza ante el príncipe heredero.

—Como su majestad ordene.

Las cosas se movieron con bastante velocidad luego de ello.

Ambón recalcó a Clim que mi vida era demasiado valiosa, claramente una sutil amenaza que fue ignorada, y nos entregó las misivas con sus órdenes para nuestra travesía.

Partimos aquella tarde rumbo a Zufhwyth montando dos de los más rápidos corceles, criados bajo cuidados especiales que Noemia había instruido de antemano, y que cambiamos en cada poblado y ciudad por otro par. Nuestra rápida marcha nos llevó a la periferia de Tallneh, un pueblo llamado Dorbën, Ro´ime y al fin, cuando los días y las noches se habían conjugado en una mancha fugaz, llegamos a las faldas de Kuejt. No siendo sorprendente encontrarnos con una larga caravana dirigiéndose en la dirección contraria.

Breves descansos no habían aliviado el cansancio nacido en lo profundo de mis huesos, ni la incomodidad de montar como varón. Algo que debí hacer por mayor velocidad.

El señor Arzai, Bletsun de segunda clase bendecido con el control de los rayos, nos esperaba en el ingreso al sector de las minas. Su imponente apariencia, apenas diezmada por los años, lograba que Clim pareciera un chiquillo a su lado.

—Milady, General. —Saludó brevemente, ayudándonos a atar los cansados corceles.

Mis piernas ansiaban ceder, pero me mantuve firme dando una mordida un panecillo de los que Noemia nos dio antes de partir, y cuyos ingredientes insuflaban algo de necesaria vitalidad a mi cuerpo. Algo que aparentemente Clim no necesitaba.

—Informanos, Arzai —bramó Clim, ganándose un golpe mío en sus costillas.

—Pónganos al tanto de la situación, por favor, Lord Arzai —dije en su lugar.

El moreno hombre ignoró nuestra interacción, comenzando a ascender por el escarpado camino. Por supuesto, le seguimos sin titubear.

—La población civil ha sido evacuada hacia Tallneh, según las medidas habituales. Las viviendas están siendo custodiadas por un reducido grupo

de soldados, que se retiraran cuando la situación llegue a su límite, lo cual obviamente ya está ocurriendo.

Arzai se detuvo, cortando mis pasos con la dureza de su mirada. Más no así a Clim.

—Hasta aquí, Lady Hazel. Ya no puede avanzar más o los gases tóxicos podrían lastimarla.

—Bien. —Asentí, viendo como Clim continuaba su camino dejándonos atrás, prácticamente inmune al aroma y cenizas que viajaba por el aire—. ¡Estaré aquí, Clim! ¡Pero más te vale volver!

Una breve mirada sobre su hombro me confirmó que fui oída, aunque su naturaleza de Bletsun, incrementada por la presencia del fuego natural, debía ser más que suficiente para permitirle escuchar mis palabras.

Solté un suspiro, recargue mi espalda contra una roca y me deslice hacia el suelo, negándome a siquiera pensar en un agradable lecho hasta que viera a mi amigo de vuelta. La tierra debajo comenzó a agitarse y la ya negra columna de humo de la cima aumentó considerablemente en cantidad y consistencia, alertando del próximo peligro.

Eso de diez meses atrás, el señor Frün, el mejor espadachín del reino, y cuya mano diestra había sido gravemente dañada durante el primer ataque de los Monstruos, había caído enfermo. Todos los jóvenes cadetes y soldados, todos los nobles y humildes ciudadanos, toda la gente se reunió bajo el mismo pesar. Empero, fue en aquellos últimos momentos del valiente y leal Frün, que los jóvenes sobrevivientes dieron el paso decisivo a *guerreros*.

—*Continúen luchando. Vivan y asegúrense de que Radwulf no perezca.*

Fueron sus últimas palabras. Dichas luego de confiar a Clim el liderazgo de sus *guerreros*, y tras haber destacado a Lesson como *maestro sobre maestro*. Las únicas lágrimas derramadas cayeron de los ojos de las señoras mayores y Noemia. Todos los demás, alzaron sus espadas y puños, y entonaron el himno a los héroes caídos.

Luego de aquella gran pérdida, Clim se concentró en los preparativos para la pronta batalla contra los Monstruos del Abismo, y su inminente enfrentamiento al Traidor. Por eso mismo, no cabía duda en mi de que él podía y lograría asimilar las grandes fuerzas naturales de Kuejt.

Sin dudar decidí acompañarle.

A pesar del distanciamiento de los últimos tiempos, conocía a Clim lo suficiente como para saber que, más allá de la ardiente furia, existe un

corazón profundamente herido.

Repasaba estos pensamientos, mientras la tierra a mis pies se agitaba descompasada y Arzai paseaba cerca, manteniéndose estoico y silencioso. La claridad del día pronto se desvaneció, dejando una oscuridad coloreada con rojos y naranjas, que de un momento a otro se atenuaron significativamente. Una extraña calma se apoderó del lugar, seguida por el lejano piar de algunas aves y el murmullo del mar.

Durante lo que me pareció una inquieta eternidad, me removí incomoda, poniéndome de pie unos segundos, para luego dejarme caer de vuelta a la tierra, y repetir el proceso varias veces más. Hasta que gruñí, molesta conmigo, y me puse de pie con una firme decisión plantada en mi cabeza.

Me dirigí por el camino que había tomado Clim, atando tras mi cabeza los extremos del pañuelo con que cubrí mi boca y nariz, e ignorando los llamados de Arzai. Avance entre rocas de diversos tamaños, mientras trataba de mantener un equilibrio escaso, luchando contra la irritación de mis ojos y piel. El mundo parecía envolverse en una sombra tétrica, engullendo mi temeroso corazón. Con cada paso, cada respiración, cada pequeño temblor de mi cuerpo. No me detuve hasta que divisé una figura descendiendo hacia mi.

El suave resplandor de la cima, ya más visible, no permitía que distinguiese sus rasgos, pero ello no impidió que reconociera a mi gruñón amigo.

—¿Qué haces aquí, Hazel? —Me gruñó.

Un suspiro escapó entre mis labios, y luche contra la debilidad de mis piernas.

—Tardaste mucho —murmuré, con una temblorosa sonrisa afortunadamente oculta por el pañuelo.

—Mujer, este aire te hará daño.

Por último, llegó hasta mí y me jaló cerca de su cálido cuerpo. Mucho, mucho más cálido de lo normal.

—¿Estás bien? —inquirí lentamente, dejándome arrastrar hacia abajo.

—Sí. —Asintió.

A pesar de su afirmación, podía sentir la tensión emanando de él. Encima del extremo calor, prácticamente podía palpar una fuerza invisible

burbujeando bajo su piel.

Según las instrucciones de Noemia, debía procurar que nadie se interpusiera entre él y su objetivo, o todo habría sido en vano. Por lo que él regresó a casa fue tenso. Sólo los Dioses nos permitieron llegar a Real, antes de que la furia ardiente en mi querido amigo consumiera todo cuanto había.

Sólo Déiw Dyhëu protegió a Clim de ser consumido.

Capítulo 12

Un día antes de llegar a Real, nos detuvimos a medio camino entre ésta y Zufhwyth, en un poblado escaso llamado Pyuwen. Ahí, dos corceles nos esperaban listos para partir al alba, una vez hubiésemos conseguido un descanso de al menos un puñado de horas.

Ignorando las miradas curiosas del dueño de la posada, con el que tuve que tratar para evitar que Clim interactuase demasiado con la gente, seguimos a la joven hija del hombre hacia las humildes alcobas en que dormiríamos. Tras dejar a un silencioso Clim en su puerta, la inquieta muchacha apenas lograba ocultar su curiosidad.

—¿Qué me quiere preguntar, señorita Raisa? —inquirí, ya frente a mi puerta.

Sus mejillas se tiñeron rojo, sus ojos se abrieron aún más y sus manos se engancharon en la gruesa tela de su falda.

—Y-yo... yo solo... me preguntaba... he escuchado... —balbuceó apenas.

Sacando paciencia y amabilidad, quizá de mis diez años de experiencia apaciguando gente, o el mero cansancio del viaje, alce su barbilla con la punta de mis dedos enguantados.

—¿Qué es? —murmuré suavemente.

—So-sólo me preguntaba... —murmuró, enderezándose mientras tomaba aliento—. He escuchado tantos rumores sobre los planes del príncipe, que yo... bueno, Lady Hazel, el joven que le acompaña es él, ¿verdad? ¿El Bletsun de Fuego?

Esperando unos segundos antes de contestar, decidí rápidamente que no había daño en la verdad.

—Si. Él es Clim de Kuejt, el Bletsun de Fuego que nos ayudará a acabar con los Monstruos del Abismo, el frío y el tirano Traidor.

Varias emociones navegaron por sus infantiles rasgos, entre ellas; la alegría, el miedo, el dolor y la esperanza.

—Oh —susurró al fin—. La-lamento mi impertinencia. —Se disculpó, sin convicción.

—Descuida. —Acaricie su mejilla e ingrese a la habitación, regalándole una

sonrisa.

—Que Suphnos Orbhö le brinde dulces sueños. —Se despidió, entonando su deseo cual cántico.

Apenas habiendo logrado quitarme el largo abrigo con capucha y la gruesa chaqueta abajo, me lance sobre la cama y comencé a quitarme las botas en una agotadora batalla de pies, mientras mis párpados se negaban a permanecer abiertos.

No mucho después, un par de fuertes golpes en la puerta seguidos de un familiar gruñido, me trajeron de vuelta de un sueño sin sueños. Me vestí con prisa y destreza, antes de apresurarme a salir tras sus pasos. Los corceles nos esperaban listos e inquietos, mientras nos desperezábamos con un dulce brebaje caliente dispensado por la joven Raisa. Y entonces partimos, aferrándonos a los corceles en una carrera que alzaba la fangosa tierra a nuestros pies, cruzando la bruma matutina con la mirada puesta en el este.

A pesar de que la capucha permanecía fuertemente calada en torno a mi rostro, el frío azotaba la piel de mis mejillas, nariz y barbilla sin clemencia. Sólo arropándome con la esperanza de la pronta victoria, logré evitar ser derribada.

Cuando divisamos el Palacio a lo lejos, avivamos el paso y logramos llegar antes de que la débil luz que se colaba entre las gruesas capas de nubes fuera bruscamente menguada. Pequeñas hogueras a cada lado del camino, alimentadas por los restos de los Monstruos que evidentemente habían sido liquidados, dieron paso a grupos de soldados que permanecían atentos mientras preparaban los carros con suministros que pronto secundarían las tropas rumbo a Duhjía, sólo deteniendo su labor brevemente para saludar a su General con la palma sobre el corazón. Un puñado nos rodearon en el último trecho, acompañándonos hasta las puertas principales. Ambón en persona nos recibió, viéndose aliviado cuando nuestros ojos se encontraron.

Inmediatamente, Noemia ordenó a un par de soldados que los trece Comandantes Mayores acudieran al lugar sin demora. Mientras que Clim y yo desmontamos los corceles, para luego descansar en la primera sala del área central. Mara y Lorret no hallaban la hora de arrastrarme a mi habitación, pero yo me negué a algo más que una lavada de manos y rostro. Quería estar ahí cuando mis amigos partieran, y nada en el mundo lo iba a impedir.

Ambón paseaba nervioso por el espacio libre frente a la mesa en que permanecía desplegado un mapa de Radwulf, con sus ojos sobre mi hasta que los Comandantes y el General se sentaron alrededor de la mesa, viéndose más ansiosos que temerosos. Noemia y Lesson fueron los

últimos en llegar, siendo él quien quedó de pie tras Clim.

Haciendo a un lado la silla, el príncipe dirigió una mirada a cada hombre, hasta detenerse brevemente en su Guardian.

—Eso es todo, señores. Llegó el día. —Comenzó.

Después de unos quince minutos en que él refresco las bases de la avanzada y los movimientos que debían realizar *en caso de*, señalando en el mapa el recorrido que no debía tomar más de tres días, finalmente les despidió, incluyendo al silencioso Bletsun, permitiéndoles unas horas de sueño antes de la partida programada al alba.

Por alguna razón, Lesson y Noemia se rezagaron, trasladándose a cada lado del príncipe.

—¿Qué? —inquirió él.

Tras intercambiar una mirada, Lesson giro hacia mi con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—Hiciste un buen trabajo, Hazel. —Me elogió, con un tono que no hizo más que preocuparme.

—Creímos que podría llegar peor —acotó Noemia—. Más inestable o...

—Quejumbroso. —Asintió Lesson, volviendo su atención al príncipe.

—Comprendo vuestra preocupación, pero... —comenzó Ambón.

—¿Qué intentan decir? No tenemos tiempo para rodeos. —Medio gruñí, dejando que el cansancio se filtrase en mi voz.

Volteando hacia mi, Ambón suspiró y se acercó para luego sentarse a mi lado. La luz de las lámparas y la lumbre en la chimenea, no menguaban mucho la humedad que se aferraba al Palacio, ni coloreaban correctamente los rasgos de mi prometido.

—Bueno... —Comenzó Noemia—, la verdad es que hay detalles sobre sus fuerzas, que *ustedes* no parecen comprender.

Su escueta declaración quebró el etéreo control sobre mi verborrea.

—¿Qué se supone que no conozco sobre mi amigo? —gruñí—. ¿Tienes algo que decir? Entonces, dilo.

—No es algo que...

—Solo dí lo que tengas que decir, Noemia —intervino Ambón, cogiendo una de mis manos entre las suyas.

La otra, jugaba inconscientemente con el sello Real que colgaba de mi cuello.

—Bien. —Medio berreo—. La bendición de Clim, así como a cualquier otro Bletsun, le dota de ciertas actitudes propias de su Dios. En su caso, su temperamento volátil. Por lo que, a pesar de su aparente calma, podemos estar seguros que a no ser que la fuerza que ha absorbido sea expulsada, él se verá envuelto en este “acentuado temperamento” propio a rebasar sus límites; a la mínima provocación y en cualquier momento.

El agudo silencio que siguió a su explicación, fue tardíamente menguado por el crepitar de las brasas. Mi corazón dolía con el sólo pensamiento de los días que le esperaban.

Ahpatijk Tpashti, Alléh. ¿Mi querido amigo saldrá indemne de esta lucha?

A pesar de la promesa de Lesson, de que cuidaría la espalda de Clim, no deje de sentir como si enviase a mi querido amigo en un viaje sin retorno.

—Sigo molesta contigo —murmuré a Ambón, horas después y mientras veíamos partir a los nuestros desde las puertas de Palacio.

—Dioses —gimoteo.

Tratando de aferrarme a mi menguado enfado con él, me encerré en mi alcoba y comencé a trazar una nueva imagen, directamente de mis frescos recuerdos. Esperaba terminarla antes de que Clim volviera, y dársela con la esperanza de que no desechará la luz ganada durante esos años. Bien sabía yo el peso que cargaba, y su latente renuencia a dar una mirada a sus recuerdos.

Cuando el sol del tercer día caía, las nubes que habían cubierto el cielo durante tantos años finalmente comenzaron a apartarse. La visión de los cálidos colores de un atardecer y las estrellas brillando en la inmensidad del espacio, empaparon mi corazón con orgullo y mis ojos con lágrimas.

Lo habían conseguido.

Los niños que perdieron a sus familias y hogares, consiguieron aplacar las fuerzas de los Monstruos del Abismo. Lo sabía. Muy dentro de mi, algo anunciaba el fin de una oscura década.

Capítulo 13

Mara y Lorret terminaron de atarme las cintas en la espalda de aquel vestido, obviando mis quejidos. La ligera seda azul grisácea se ajustaba a mi figura desde la mitad de mis caderas hasta el busto. Decorada con encaje en el escote en V, las mangas cortas y el bordillo que se alzaba por la izquierda hacia mi cadera. Un puñado de Jnah descendían desde ahí, regándose con sus ramas por toda la parte baja. Mi cabello marrón permanecía sujeto en lo alto, cayendo con suaves ondas sobre mis hombros. Y para resaltar mi lugar entre la gente, el escudo de la familia Real colgando en medio del escote, como único adorno relevante.

Todo como debía ser para la ceremonia de Coronación.

—Listo. —Canturreo Lorret.

Mi reflejo no podía verse más nervioso, aún si lo intentase. Así que asentí, y me encamine entre mis Doncellas hacia las puertas de mi alcoba.

Para mi mala fortuna, no había visto a Ambón en toda la mañana. Sólo recibí el anuncio de que Clim había vuelto y se llevaría a cabo la Coronación, tal y como se tenía previsto. El Gran Concejo ya se hallaba por completo en Palacio, y todos los nobles que pudieran iban a estar presentes. Sin embargo, él me había advertido que no permitiría la continuación de la ceremonia si no me hallaba presente.

Chantajista.

Finalmente fue visible la multitud de nobles que todavía no ingresaban al salón del trono, segundos antes de que, una a una, las miradas cayeran sobre mi. Hombres, mujeres y niños dieron una leve reverencia en mi dirección, despejando el camino hacia las puertas mientras luchaba contra mi bochorno e incomodidad. No veía que algún día me fuese acostumbrar a estos *tratos especiales*. Aunque había dado mi palabra de que me esforzaría.

Dentro del salón, las paredes terminaban de ser adornadas con lienzos rojos, dorados y azules. En medio del piso de piedra, desde la entrada hasta los peldaños hacia el trono, se extendía una alfombra dorado-rojiza ribeteada en azul grisáceo. El cielo raso tenía desgastes y manchas por el tiempo, estropeando gran parte de las figuras que lo decoraban, en un contraste abrumador con todo lo nuevo. Y al fondo, alzándose al final de los escalones, estaba el nuevo y reluciente trono de oro y plata entretejidos, acojinado con una réplica de la larga alfombra y el escudo de la familia Real en el respaldo.

Por unos minutos titubee en medio del salón, buscando a mi prometido en los rincones cubiertos por lienzos.

—Hazel. —Su voz alivio mi repentino pánico.

Le vi descender los escalones y me apresure a llegar a su lado. Sólo necesitando que sostuviera mi mano, nada más, *sólo su mano* para que me asentara en la realidad de las cosas. Para que ese día no fuera un simple sueño.

—Ambón —gimotee, sujetando la mano que él extendió hacia mí.

—Tranquila, amor —dijo, deslizando su mano libre por mi mejilla.

Su calor alivió mis inquietudes, y suspirando con placer recargue mi rostro en su palma, sus ojos trabados en los míos. Y por un precioso momento sólo éramos los dos. Ninguna persona, ningún título ni reino, sólo los dos personas entregando su corazón al otro.

—Este, majestad. —Carraspeó Mara, reventando nuestra preciosa burbuja.

—¿Eh? —Y mi hermoso prometido no podía verse más confundido, o apuesto.

Los nobles ya ingresaban al salón, dispersándose a cada costado de la alfombra mientras los doce miembros del Gran Concejo accedían por el pasaje a la izquierda del trono, medio cubierto por un lienzo, y permanecían de pie, seis a cada lado del trono. Entretanto los últimos nobles ingresaban, algunos humildes ciudadanos, Doncellas, Mozos y soldados, permanecían detrás con alegres sonrisas.

Ambón dio un apretón tembloroso a mi mano, atrayendo mi atención a él. Con sus ojos vagando por el salón y su labio inferior entre los dientes, era la viva imagen del nerviosismo.

—¿Lista? —murmuró.

Me trague mi réplica de “a ti debería preguntarte eso”, conformándome con un asentimiento. Segundos antes de sentir una mirada sobre mí. Al voltear, vi a Clim acercándose con paso tranquilo, y tras él los niños del coro comenzaron a entonar la evocación a los Dioses.

«Sublimes en su Reino de las Estrellas...»

De las cenizas siempre retornar...»

El impulso de ir hasta él y comprobar que se hallaba perfectamente, me golpeó justo antes de que Ambón susurrara en mi oído.

—Luego, mi amor.

Suspire, y centrándome en él me alcé sobre mis doradas zapatillas, plantando un beso en su mejilla. Su sorpresa y mi arrebató provocaron risitas y murmullos, pero por primera vez él era el más avergonzado.

Clim llegó a mi lado, y todavía luchando contra su bochorno, mi prometido lo saludo con un movimiento de cabeza.

—¿Hazel? —murmuró Clim, ofreciéndome su brazo.

Asentí y enlazando mi brazo derecho con el suyo sonreí a mi amado, dirigiéndome segundos después hacia la parte delantera de la congregación, justo a la izquierda del trono y a un paso de los escalones.

—Aún tienes que contarme cómo te fue —murmure a mi amigo, ganando un gruñido.

En respuesta pellizque su brazo, justo cuando Noemia aparecía por la puerta oculta a la derecha del trono. Los murmullos cesaron por completo, dejando el suave coro como sonido de fondo.

Ambón finalmente se acercó, viendo a su Guardiana y la corona que traía sobre un almohadón como si señalasen el fin de su vida. Por alguna razón, su habitual aplomo había desaparecido.

—Ambón de Real, Hijo de sus majestades Amilcar de Real y Bala de Dorbën; Nieto de sus majestades Lhunxer de Real y Jandie de Tallneh; Bisnieto de sus majestades Dalton y Nihz de Real; Y descendiente de tantos otros reyes y reinas de nuestro amado Radwulf —proclamó Noemia—, preséntese ante su pueblo y tome el lugar que le corresponde.

Con un casi imperceptible titubeo, Ambón subió el puñado de escalones y se sentó en el trono.

Inmediatamente toda la audiencia se hincó en reverencia, incluyéndome, siendo seguidos por los doce miembros del Concejo. Únicamente Ambón y Noemia se alzaban sobre los demás.

Sosteniendo la corona a la derecha del trono, ella entregó el almohadón al Concejal Dénot, y procedió a alzarla sobre la cabeza de Ambón.

—Bajo el favor de los Dioses, ¿jura ejecutar las leyes y estatutos cuando

se necesite? —comenzó.

—Lo juro, con mi corazón y alma —respondió él.

—¿Jura velar por el bienestar espiritual y físico de cada súbdito, sin importar título o edad?

—Lo juro, por cuanto me reste de vida. —Su mirada dio con la mía por un momento.

—¿Jura liderar al reino, ya sea en hambruna o abundancia, salud o enfermedad, y procurar su linaje para el mañana?

Por un tenso minuto vi la indecisión en sus ojos, pero él desvió la mirada a la multitud más allá de mi, y acepto su parte. Todo a lo que había nacido destinado.

—Lo juro. Así el Sol no ilumine y la Luna sea cubierta por tinieblas.

Un suspiro aliviado escapó entre mis labios, y el coro comenzó a detenerse lentamente.

—Por el poder que me ha sido conferido, nombró a Ambón de Real como nuevo Rey de Radwulf. —Noemia finalmente dejó la corona sobre su cabeza.

Segundos después, se apartó un paso y bajó sobre una rodilla, inclinándose mientras Clim se ponía de pie.

—Majestad, el espadachín Real, maestro sobre maestro, Lesson de Real.
—Anunció Clim, sorprendiendo a todos.

Las cabezas comenzaron a voltear hacia las puertas, donde un muy sonriente Lesson avanzaba a paso tranquilo en dirección al trono. En sus manos alzadas se hallaba recostada una larga forma envuelta en una tela dorada con ribetes plateados. Una breve mirada al Rey, me aseguro que él tampoco tenía alguna idea de que ocurriría aquello.

—Majestad Ambón —dijo Lesson, dando una leve reverencia al llegar frente a los escalones—. Una antigua tradición dictaba que cada Rey debía ser honrado por el mejor espadachín del reino. Sin embargo, dicha tradición se perdió en el tiempo, como tantas otras.

Jalé a Clim de vuelta a mi lado, en el suelo, y presione su brazo con fuerza dándole mi más molesta mirada. ¿Por qué habían tomado tal iniciativa? ¿No veían que ya era difícil para Ambón? Él simplemente frunció el ceño y

gruñó un poco.

—El maestro Frün me pidió, como su sucesor, que reviviera esta tradición en su nombre.

Tras un asentimiento a Clim, Lesson deshizo las vueltas de la tela dejándola caer, y alzó una preciosa espada de metal dorado oscuro, dando una pequeña vuelta para que todos los presentes pudieran observarla. Las diversas joyas que atravesaban su funda destellaban con vida propia, entre las franjas labradas que la recorrían cual ramas de vid. Su empuñadura terminaba con una flor demasiado familiar, pero igualmente desconocida para mi, que emitía un brillo blanquecino. Era delgada y aparentemente ligera, pero es bien sabido que las apariencias engañan.

—Es un honor para mi hacerle entrega de Telier. —Continuó Lesson, extendiendo la empuñadura hacia Ambón mientras se hincaba en los escalones con la mirada en el suelo.

La expectación saturaba el aire sobre la molestia no expresada de algunos miembros del Concejo, mientras se extendía un largo minuto. El eco del coro reverberaba en el silencio.

Ambón cerró los ojos, asintió casi imperceptiblemente poniéndose de pie, y extendió su mano derecha para asir con fuerza la preciosa empuñadura. Acercándola a su rostro, la desenfundó un poco, analizándola de lleno, y finalmente dijo con firmeza.

—Acepto este honor, maestro Lesson. Pero sólo porque el mismo maestro Frün me dijo antes de fallecer que “todo gran Rey merece llevar consigo una gran espada”. Aunque aún no me siento digno de tal, sé que él veía en mí mucho más de lo que puedo percibir, y desestimar su regalo sería una deshonra a su memoria. Así que gracias, Lesson.

Lesson le vio a los ojos con una gran sonrisa, y Clim se puso de pie alzando su espada.

—¡Larga vida al Rey Ambón! —bramó.

—¡¡Larga vida al Rey!! —Le imitaron todos, mientras yo me limitaba a ponerme en pie y sonreírle a mi prometido.

Un par de horas después, tras haber luchado contra la urgencia de abrazarlo entre deseos, felicitaciones y clamores, logre salir del salón del trono hacia el gran salón al otro lado del jardín, donde ya se servían bocadillos y bebidas. Iba, sin titubear, tras los pasos de Clim y Lesson.

—¡Debería estar furiosa con ustedes! —Les gruñí, cuando nos hallábamos

en un rincón lejos de ser oídos.

Ambos me enfrentaron, el primero soltando un suspiro y el otro con una sonrisa que me irritó como nunca.

—Calma, Haz...

—¡No me pidas calma, Lesson! ¡Ambos sabían cómo se sentía Ambón con todo esto...!

—Hazel —Comenzó Clim—, no pretendíamos incomodar al Rey. Sólo cumplíamos una promesa al maestro Frün.

Ancló su mirada en la mía, mientras me esforzaba por mantener un semblante serio, pero suspiré dándome por vencida y enterré mi rostro en su cálido pecho envolviendo su cintura con mis brazos. La tensión de sus músculos se deslizó lentamente, pero al final palmeo mi espalda con una mano. Su aroma familiar reconforta esa parte en mí que se hallaba apesada en un nudo de angustia.

—¿Estás bien? —murmuré.

—Si —dijo, casi imperceptiblemente.

—No pretendo molestar su “momento”, chicos, pero Ambón está viendo hacia aquí y no parece feliz —dijo Lesson, sobresaltándome.

Di un paso atrás, lejos de Clim, mientras mordía mi labio inferior y volteaba buscando a mi prometido. Tres segundos después di con su mirada y, precisamente, no se veía nada contento ni concentrado en la plática con dos miembros del Concejo.

El suspiro que Clim soltó atrajo mi atención de vuelta, dándome una mirada de no supe descifrar.

—Ve con él. —Señaló.

—Si, ve a colgarte de su brazo, Hazel —agregó Lesson socarrón, ganándose un puñetazo en su brazo, de *mi* parte.

Me dirigí hacia Ambón, intentando centrarme en él aunque por el rabillo del ojo noté algunas miradas reprobatorias. Pero llegue a su lado, e ignorando la presencia de todos los demás sujete su brazo, “colgándome” de él como Lesson había insinuado. Su mirada volvió a los hombres, pero su brazo me llevo lo más cerca posible de su cuerpo, mientras la plática continuaba.

En algo tenía razón Lesson, y es que *colgarme* de Ambón en ese momento tan crucial, brindándole mi apoyo, era algo que debía hacer sin importar las miradas. Sin importar nada más.

Capítulo 14

Mientras me paseaba por la extensión de aquel renovado salón privado de Palacio, ubicado en el ala perteneciente a la familia Real, no dejaba de pensar en Clim. Los breves minutos que estuvimos juntos después de la celebración, donde pude entregarle aquel cuadro de Kuejt que trace con tantas esperanzas y cariño, enterándome de su boca que el Traidor había muerto y Amace había huido, no fueron un alivio de forma alguna.

Quería poder hablarle, calmarle y convencerlo de no seguir con su necedad en juzgar a Amace. Pero sólo podía esperar a que volviera, consumiéndome en la preocupación.

—Abrirás un agujero a tus pies, amor —dijo Ambón desde las puertas, cargando un fajo de documentos.

Solté un quejido e intenté calmarme mientras le imitaba, dirigiéndome al sofá. Él palmeó el lugar a su lado, dándome una pequeña sonrisa.

—¿Qué es? —inquirió, acercándose más a su cuerpo mientras me acomodaba.

—Todo —gimotee, y luego solté un suspiro.

Me recargue en su costado, colocando mi cabeza sobre su hombro, en un intento por aliviar la tensión de mis músculos. Él deslizó una mano por mi espalda, avivando aquella cálida y familiar sensación, que cosquilleaba por toda mi piel.

Un suspiro quejumbroso escapó entre mis labios y él besó mi cabeza, antes de alzar con su mano libre una de las hojas que dejó en su regazo.

—Intenta distraerte —murmuró—. Tenemos demasiado trabajo por delante, como para que te preocupes en vano.

—Lo sé. —Suspiré.

Sentada ahí, junto al hombre que amo, sentía como poco a poco me comenzaba a relajar. Pero había algo que aún no dejaba mi mente, pese al esfuerzo que ponía en ello.

—Ambón, ¿Clim te contó cómo fue que su encuentro con Tarsinno?

—inquirí, sintiendo como de inmediato se detuvo su mano en mi espalda.

Su tensión reavivó mis preocupaciones, impulsándome a moverme a un

brazo de distancia y fruncir el ceño a su evasiva mirada.

—¿Ambón? —Medio gruñí.

—¿Hum? —Rasco su nuca dirigiendo su atención al fajo de papeles.

—¿Es necesario que te recuerde nuestra platica sobre los “secretos”?

—inquirí, estrujando mis puños sobre el regazo.

Devolvió su mirada a mi, con una mueca dolorida e incómoda. Él sabía que *nada*, absolutamente *nada* justificaría cualquier intento de su parte por ocultarme información, y que me era indispensable conocer si estábamos “juntos” en esta vida.

—No es... Dioses... —balbuceo—. Esperaba no tener...

—Sólo dímelo. —Le corte, cruzando mis brazos y dirigiéndole una mirada furiosa.

Suspiró y giró su cuerpo hacia mi, dejando los papeles a un lado mientras se serenaba con una inhalación.

—Esperaba que no me preguntaras. —Comenzó.

Sabiamente me abstuve de soltar una réplica desagradable, dándole oportunidad de decirlo todo. A pesar de no saber *qué* era ese *todo*.

—Con la rapidez que a ocurrido todo y la presión por restaurar lo destruido, esto... esperaba dejar las dudas en un segundo plano. Pero tienes razón; no te lo ocultare.

—¿Dudas? —murmuré.

Él asintió, inclinándose para sostener mis manos entre las suyas.

—Clim encontró al Traidor en su castillo y lo enfrentó, pero vencerlo le recordó lo que Noemia expresó hace diez años... sobre el Oscuro libro del Caos.

»Con todo el poder oculto en sus malditas páginas, ningún humano puede tocarlo sin que su alma sea devorada, Hazel. Es *tan* peligroso, que sólo los Bletsun de gran poder podrían sostenerlo, o al menos... eso es lo que siempre ha sabido.

»Cuando el Traidor lo robó, la muerte de Balkar y mi padre, además de los Monstruos que convocó entonces, fueron suficiente distracción como para que Noemia y yo tardásemos en meditar a fondo el hecho. Y lo ocurrido con Clim confirma nuestras sospechas: Tarsinno no fue el único

Traidor.

Un estremecimiento helado recorrió mi espalda, mi corazón se aceleró con miedo y mis manos, todavía entre las suyas, comenzaron a temblar.

—¿Tuvo un cómplice Bletsun? —Medio jadeé. Él asintió, soltando un suspiro.

—El Tarsinno que Clim enfrentó, sólo era un hombre acorralado. El libro se hallaba en otro lugar del castillo y ni siquiera trato de ir por el.

—No entiendo... ¿Por qué...? —titubeé, tratando de recordar y ordenar todos los relatos que había escuchado sobre ese día—. Habían algunos hombres con él —Asentí—, pero sí es cierto que ningún humano normal puede tocar ese libro, y un Bletsun le ayudó, ¿cómo es posible que Noemia no lo notara? ¿O algún otro? ¡por todos los Dioses, los Bletsun entraban y salían de Palacio a diario!...

Me obligue a cerrar la boca y meditar más allá de mi verborrea, ignorando el esbozo de una sonrisa en Ambón, que apenas lograba contener.

—¿Los Bletsun pueden hacer eso? ¿Esconder su presencia de otro? —inquirí más calmada.

Su humor se desapareció mientras acariciaba mis muñecas con sus pulgares.

—Por lo que dice Noemia, la única forma de que eso ocurra es llevando consigo una piedra *Hidedís*. Pero se hallan ocultas en lo alto de Quajk.

—¿Con lo “alto” te refieres...?

—Sí. Lo *más* alto. Ni siquiera un Bletsun tendría el valor de arriesgar su vida así...

—A menos que el frío no sea un problema. —Asentí, apartando mis manos de su gentil toque.

Por primera vez, me permití dudar de la inocencia de Amace de Quajk.

—Por eso es importante que Clim la encuentre. —Alzo mi rostro con sus dedos, clavando su mirada en la mía—. Noemia descarta esa posibilidad, Hazel. Ella no duda de su inocencia...

—Y no entiendo eso. ¿Por qué? Si todo apunta que es culpable, ¿por qué...?

—Ella confía en el criterio de Balkar, mi amor. —Me corto, atrayéndome a su regazo—. Puede que él ya no esté con nosotros, pero su palabra aún tiene valor. Sí él creía que Amace y Clim serían fieles al reino, entonces confiaremos en ello.

Cerré los ojos soltando un tembloroso suspiro y me acurruque en su pecho, inhalando su familiar aroma. Temía que errásemos, pero Ambón y Noemia no iban a rendirse, así que me puse de su lado. Sus brazos me estrecharon con fuerza, alejando cualquier atisbo de frío, y escuche los latidos de su corazón por un minuto antes de que mi mente tomara un nuevo rumbo.

—Entonces... —murmuré—, ¿cuándo exactamente me convertiré en tu Reina?

Su risa reverbero en mis oídos junto a su corazón, avivando el aleteo en mi pecho.

—¿Ansiosa?

—Sólo me pregunto cuando podre tenerte para mi —gimotee, aferrándome a él con mayor fuerza.

Sus labios encontraron mi frente, y sus brazos me apartaron lo justo para que nuestros ojos volvieran a encontrarse. El calor que cubría mis mejillas competía con el de mi pecho.

—¿Qué? ¿Ya quieres por ser la Reina y poder dar órdenes? —Fruncí en ceño y los labios, molesta por su boberia.

—¡Sabes que no me interesa! ¡Sólo quiero ser tu esposa, Ambón! ¡Por todos los Di...!

Selló mis labios con los suyos, mientras me estrechaba con mayor fuerza. Inmediatamente me vi envuelta en una dulce neblina de olvido. Mis manos se deslizaron por su firme pecho hasta su nuca, y ahí mis dedos se enredaron en su oscuro y grueso cabello. Él profundizó nuestro beso, extendiendo el agradable cosquilleo nacido de lo más profundo de mi ser, hacia cada pulgada de piel.

Un gemido reverbero en mi garganta, y él gruñó contra mi boca un “mía”. Mordisqueó mi labio inferior y se apartó un poco, recargando su frente contra la mía. Una gran sonrisa tiró de mis labios, mientras me esforzaba por recuperar el aliento. Abrí los ojos y me centre en los suyos, oscurecidos por deseo y amor.

Mi vientre se disolvió en una cálida papilla.

—Solo un par de meses —murmuró con voz ronca—. Dejaremos que las cosas se asienten un poco y luego podremos casarnos.

Asentí lentamente, sin ganas de disminuir nuestro contacto.

—¡Ma-majestad! —jadeó un hombre.

Ambos volteamos hacia las puertas, donde el agitado soldado se recargaba y jadeaba. Gruñendo con desgana un “debí cerrar la puerta”, Ambón me quito de su regazo dejándome a su lado, y centró su atención en el hombre.

—¿Qué ocurre, soldado? —inquirió, dirigiéndole una mirada molesta.

—Discúlpeme majestad. Han aparecido algunos Monstruos en el exterior de la ciudad, y se me envió a informarle —respondió con prisa y los ojos en las puntas de sus botas.

La calidez que hasta entonces me envolvía, se convirtió en una corriente fría sobre mi piel.

—Entendido. —Asintió Ambón, despidiendo al hombre con una sacudida de su mano.

Su atención volvió a mi, y sujetando mis frías manos entre las suyas más cálidas, beso suavemente mis labios, animándome con una media sonrisa.

—Sólo unos pocos meses, amor. La ciudad será más segura, y poco a poco reconstruiremos lo roto. Ya verás.

Los carpinteros y albañiles terminaban de quitar los trozos rotos de aquella pared, mientras les observaba a corta distancia. Pese a las tentativas de quejas, me impuse y logre que me permitieran estar ahí, en el pequeño salón que hasta entonces había resguardado algunas de mis pinturas. Ambón había ordenado que fuese reformado aquel rincón de Palacio, para que prontamente estuviera a mi disposición, y pese a que la mayor parte de los hombres presentes no comprendían cuál era el objetivo final, obedecían las órdenes de su Rey sin verbalizar del todo sus

inquietudes.

El sol, apenas cubierto por algunas nubes, despedía cálidos rayos que se colaban a través de la abertura que abarcaba la mitad del tejado y toda una pared. Motas de polvo danzaban en su luz y la cubierta de madera de las paredes restantes ya no estaba, dejando la piedra a la vista. Sin el mobiliario ni la decoración estropeada, mis ojos vagaron hacia el inmenso arco que terminaba de ser labrado por un par de hombres, y que conectaba la habitación contigua a esa. Toda una ampliación bien lograda.

Los hombres que trabajaban en la abertura se fueron, y la curiosidad me llevó a asomarme por ahí. A lo lejos, alzándose hacia las nubes que cubrían su cumbre, Quajk resaltaba con su blanco tintado de un suave azul violáceo.

Mis dedos hormigueaban por la necesidad de trazar sus bordes.

—Hazel.

Un estremecimiento recorrió mi columna ante la cálida profundidad de esa familiar voz. Voltee y le vi cruzado de brazos, con su ceño fruncido.

—¿Ambón? —inquirí, ignorando su obvia irritación.

—Ven —gruñó.

Guardándome una inapropiada réplica frente a los albañiles, sonreí abiertamente y retrocedí hasta él. A un paso, él sujetó mi cintura posesivamente y me jaló, hasta poder envolverme con sus brazos soltando un gruñido casi animal.

—Por Ahtaná —murmuró—, ¿no puedes mantenerte lejos del peligro por un momento?

Inhale lentamente, permitiendo que su cercanía se impregnase en mi.

—Bien —suspiré—, entiendo. ¿Hay alguna razón, menos gruñona, por la que me siguieras hasta aquí? —Inquirí, sosteniendo su mirada sin resistencia alguna.

Vi claramente el momento en que su enfado fue derrotado, y su amor por mi brillo en sus claros ojos.

—Si... yo... —Sus brazos se aflojaron un poco, y desvió la mirada hacia los hombres.

Tras un breve “intercambio de miradas”, los albañiles desaparecieron y su atención se enfocó en mi, plantando una pizca de inquietud en mi pecho.

—Clim llegará pronto. —Comenzó, sin darme tiempo a asimilar esa información—. Encontró a Amace en la cabaña de un viejo matrimonio, pero su estado físico no parece ser el mejor.

—¡Estupendo! Me preocupaba que fuera a tardar demasiado...

—Si, cariño, lo sé. —Me cortó, dando una mirada a nuestro alrededor—. Sin embargo, tengo que pedirte algo.

Fruncí el ceño a su tono, pero asentí, instándolo a hablar.

—Necesito que te mantengas apartada de Clim y...

—¡Ambón! ¡¿Por qué tendría...?!

—Déjame explicarte. —Me urgió, impidiendo que me apartara con su firme agarre en mi cintura—. Teníamos razón, Hazel, Amace no estaba junto al Traidor. Ella fue rota de formas que no podemos ni imaginar, por eso Clim está a su lado. Él contiene su poder.

Un nudo comenzó a formarse en mi garganta, en medio del silencio en que mi mente procesaba la situación.

—Pero... —murmuré apenas.

—No pretendo que te apartes de su lado por siempre, amor. Sé lo importante que es para ti —dijo, deslizando sus manos por mi espalda en una agradable caricia—. Por favor, únicamente te pido que mantengas la distancia durante un tiempo, ¿sí? No por Clim, Amace es quien me preocupa.

Sus ojos me rogaban. ¿Cómo negarme? Pese a que no hallaba la hora en que podría comprobar el estado de mi amigo con mis propios ojos, sentía la imperiosa necesidad de aliviar las preocupaciones de mi prometido.

—No es que no confié en Amace, pero temo que inconscientemente te pueda lastimar. —Acotó—. Desde hace algunas horas que Noemia puede sentirla.

—¿Sentirla? ¿Cómo es...?

—Su fuerza Bletsun. —Suspiro—. Está tan descontrolada que cualquier otro Bletsun puede sentirla a grandes distancias. Noemia me confesó que ha estado sintiendo algo similar durante estos años, y ahora está segura

de que se ha tratado de ella todo este tiempo.

Me estremecí al pensar en cuán fuerte debía ser, y Ambón me estrechó con mayor fuerza, plantando un beso en mi frente. Tenía excusas en la punta de mi lengua, listas para argumentar en contra de su petición. Empero, algo me susurró que debía aceptar, recordándome aquella vez en que Clim quemó las faldas de mi vestido... de manera accidental. Todo por su fuerza descontrolada.

—Por mi tranquilidad —murmuró sobre mi cabeza.

Mil cosas estaban por ocurrir, luego de mil cosas que apenas comenzábamos a superar. No obstante, nos teníamos.

—Bien, lo prometo. No me acercaré a Clim o Amace hasta que sea seguro.

Su cuerpo se relajó contra el mío, y sus manos sostuvieron mi rostro segundos antes de que pudiera asimilar lo que ocurría. Sus labios apresaron los míos en un beso hambriento, y mi corazón saltó emocionado, mientras me aferraba a él como si fuera lo único capaz de anclarme a la vida. Como si él fuera mi aire, mi alimento y mi hogar, mi todo por siempre.

Finalmente liberó mis labios, provocando una protesta en mi garganta que se convirtió en un vergonzoso gemido cuando beso mi cuello, justo donde latía mi pulso.

—Pronto —prometió—. Un poco más, y serás mía por siempre.

Capítulo 15

"Epílogo".

Era casi mediodía y el sol brillaba en lo alto, creando suaves sombras en el jardín central de Palacio, en medio del cual se ubica la gran estructura de la *Glorieta de Unión*. Los asistentes de la nobleza se movían incómodos entre los doce pequeños matorrales de Jnah, que se aferraban a los pilares y que representaban las doce puntas de la estrella guía, mientras que los humildes ciudadanos y los orgullosos soldados comenzaban congregarse alrededor.

Antiguamente, la presencia de los *plebeyos* en una ceremonia Real estaba prohibida. Sin embargo, el fallecido Rey Amilcar se había desecho de una norma tan absurda, demostrando con su propia Unión que no había cabida para la exclusividad en una ceremonia que compete a todo Radwulf. Y Ambón, no sería una excepción.

Desde hace más de una semana que habían comenzado a llegar carruajes y carros desde todas las ciudades y pueblos, con cientos y cientos de personas que ansiaban presenciar el hecho. La unión entre Hazel de Duhjía y Ambón de Real era celebrada por todo el reino. Las peticiones a los Dioses de una plena vida y muchos hijos para el Rey y la nueva Reina, se escuchaban allá donde fueran. Cánticos a los Dioses se alzaban uno tras otro, y hasta una nueva tonada en honor a ellos había sido creada. Los malos presagios quedando completamente descartados.

Pero dentro de Palacio, en el área de la familia Real, Lady Hazel se observaba en el espejo de pie dentro de su alcoba. El vestido de un suave dorado que caía sobre sus muslos, cuyo corsé se ceñía a la suave curva de su cintura y realzaba el sutil escote de su busto, terminando e iniciando con una franja de encaje con flores de Jnah, soles y lunas entretejidas, y compuesto por ligeras capas de los tres materiales ceremoniales; lana, lino y seda. Daba un toque extraño a sus ojos grises.

Sin maquillaje, con la piel suave por los aceites y pomadas con que había sido tratada por sus doncellas, y el cabello suelto en naturales y suaves rizos, se veía más hermosa de lo que creyó posible. Bien sabía que su belleza "de niña" era la que más destacaba en su día a día, pero su reflejo entonces era el de una *mujer*.

Una digna Reina para Radwulf.

Suspirando, volteo para verse en los cálidos ojos de Noemia. La mujer le había dado un cariño incondicional todos esos años, y pese a la brusquedad de un inicio, sin su insistencia de involucrarla en los asuntos de Ambón quizá ese día nunca habría llegado. ¿Qué habría sido de

Radwulf sin ella? ¿Qué habría sido de Ambón sin su leal protección y cuidado?

Hazel, ni en sus más alocados sueños de infancia se imaginó que terminaría casada con él, el príncipe, el joven Rey de Radwulf. Necio y sobreprotector, que le había dado tanto y que amaba irrevocablemente.

—Que los Dioses bendigan tu Unión y el fruto de esta, Hazel.

Los ojos de la nueva Reina se empañaron por la emoción. Sin poder hablar se abalanzó a los brazos de Noemia, agradeciendo a los Dioses haberla conocido.

—Gracias —murmuró, siendo envuelta por el calor maternal de la mujer.

Aquel mediodía, la gran multitud que se congregó en el jardín central de Palacio y en los pasillos exteriores de los pisos superiores en torno, fueron testigos de un juramento sincero entre dos personas que dieron y darían todo por las tierras que aman. Atestiguaron con inmenso orgullo, como su tierra se pintaba con nuevos colores.

Aquel día, fue coronada una nueva Reina para Radwulf.

Fin de la *precuela*.

Continuar la lectura con “Hielo en mis venas”.